

**Mario Roso de Luna**

**POR EL REINO  
ENCANTADO DE MAYA**

Parábolas y símbolos

*A mi heroico amigo el doctor Enrique Jaramillo y Guillén,  
el más querido, antiguo y sacrificado de los  
naturistas españoles y editor de este libro en su  
revista, fraternalmente.*  
M. Roso de Luna.

Digitalizado por Frater:.Alastor  
Para la biblioteca electrónica  
Upasika, hoy 29 de junio de 2004

## PROLOGO

### I

Una parábola es un símbolo hablado que parece mera fábula o cuento de niños, cuando en realidad es la representación alegórica de hechos que se han verificado o se verifican efectivamente, y de los cuales además se deduce siempre una enseñanza moral. Por eso dice Jesús a sus discípulos (Mateo XIII 10-18) "a vosotros, mis discípulos, os hablo cara a cara, pero a los demás, al vulgo, les hablo por parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan..., porque no debéis dar 'os tesoros del Reino del Padre (Significado Esotérico) a los vulgares, a los cerdos, pues que los pisotearán, y, si pueden, os devorarán".

En efecto, las parábolas de Jesús, tomadas todas, por cierto, de las de Hillel, su maestro, tienen, como las de todos los grandes Instructores o "Maestros de la Compasión hacia la pobre humanidad desvalida" un doble significado: como fábula primorosísima y como profunda enseñanza moral, la cual, a su vez, no es sino un velo —el clásico Velo de Isis- que hay que levantar si se quieren encontrar tras ellas las supremas verdades del Simbolismo Universal o Sabiduría Primitiva y perdida, que hay que reconstituir. Verdadera Ciencia de la

Naturaleza, el mismo Ernesto Renán, por eso, en su conocidísima Vida de Jesús nos dice que "en la parábola era donde más sobresalía el Maestro, y en ese género delicioso nada había en el judaísmo que pudiera servirle de modelo. Verdad es que en los libros budhistas se encuentran parábolas cuyo tono y forma son exactamente iguales a los de las parábolas evangélicas, pero no es admisible que una influencia budhista llegase hasta Jesús. Estas analogías pueden explicarse por el espíritu de mansedumbre y la profundidad del sentimiento que fueron comunes al buddhismo y al naciente cristianismo".

Pero nosotros no podemos estar conformes por completo con el poeta-escritor francés, tan discutido. ¿Qué son, en efecto, todas las narraciones episódicas del Antiguo Testamento hebreo, sino símbolos y parábolas, cuyo múltiple sentido astronómico, matemático, filológico, histórico, etcétera, hay que desentrañar?

¿Qué son también la mayor parte de las Suras coránicas, sino "Agadas", es decir deliciosas parábolas y símbolos, conservados antes por la tradición como todos los libros de Oriente, llámense Vedas hindúes, Jashnas y Mil y una noches, parsis; Itiasas, jainos, Iliada y Odisea griegas, Eddas y Nibelungo-Sagas escandinavos, etcétera?

Harto lo dice, en efecto, Mahoma en la Sura II, y. 24, cuando expresa que "Alah no se avergüenza de poner como parábola ora un mosquito ora otra cosa cualquiera para símbolo de su enseñanza. Los creyentes saben que la verdad les proviene de su Señor, pero los infieles dicen: "¿qué es lo que ha querido decirnos Alah al ofrecernos aquélla como objeto de comparación?" "Con tales parábolas, pues, el Señor dirige a los unos y extravía a los otros, porque los únicos verdaderamente extraviados son los perversos, los desventurados, los perturbadores de la Tierra." Por eso también cuida de añadir que (Sura XIV, 30), Alah (el Señor, el Instructor), "habla a los hombres por medio de parábolas, a fin de que reflexionen" y en la "Sura III" consigna que "el Señor es quien nos ha en-

viado este Libro (el Corán) en el que se hallan versículos inmutables que son como la ‘matriz del mismo, y otros que son alegóricos. Aquellos a quienes su corazón desvía de la verdadera senda corren detrás de las metáforas por afán de desorden y por deseo de interpretación, pero la verdad está dentro”.

Todas las cosas visibles y cuantas apreciamos por nuestros aparatos científicos, no son sino ilusión, “maya”, “sombra” o “proyectiva de invisibles realidades superiores”. Esta doctrina no es exclusiva del buddhismo, sino que aparece, más o menos desfigurada, en todas las religiones, y es un postulado necesario de nuestra geometría moderna de las “ene” dimensiones. Por eso ha dicho el axioma cabalista: “Si quieres ver en lo invisible, abre tus ojos a lo visible”, y San Pablo, reproduciendo el pasaje de Platón en su República que alude a la “Cárcel” o “limitación geométrica” de este mundo, ha cuidado de añadir: “Cuando era ‘niño’, como niño pensaba, hablaba y sentía, mas, cuando llegué a ‘hombre’ (es decir, a Iniciado), di de mano las cosas infantiles: ahora, las cosas que más tarde veremos cara a cara, las vemos como por espejo y en la oscuridad”.

Por eso fue un gran acierto el de nuestro queridísimo y antiguo espiritualista Quintín López, el fundador de la revista Lumen, cuando nos habló de “las ilusiones de la realidad y de la realidad de las ilusiones”.

“El mundo es sólo apariencia”, ha escrito nuestro amigo Vicente Risco en notable artículo: tal es la primera verdad estética Como una araña que se enredase en su propia tela, el espíritu es el prisionero de su representación; la víctima de su sueño. El Bienaventurado Buddha ha dicho: “Toda creencia pertenece al mundo de la vida. El universo sólo: existe en la imaginación”. Somos los hijos de Kama y de Maya, del Deseo y de la Ilusión. Así se despliega ante nosotros el velo de Tanit, la mágica fantasmagoría de la vida. Esta verdad no pertenece sólo al pensamiento oriental, a la doctrina del Corazón. La doctrina del Ojo la ha formulado también. Manuel Kant, el seco y frío metafísico de la Prusia filisteas, llega a esta conclusión en la Crítica de la Razón Pura: “Nosotros no conocemos el ‘ser’ de las cosas (nómeno) sino tan sólo el ‘parecer’ de ellas (fenómeno). Ahora bien, el ‘parecer’ es humano; no depende del objeto, sino del sujeto. Por eso ha dicho con razón Protágoras que el hombre es la medida de todas las cosas, porque todo lo que el hombre conoce de ellas está en el hombre mismo, y no en ellas. También ha dicho por la misma razón el grande y desconocido Claudio de Saint-Martin, que la verdadera ciencia es la que explica las cosas por el hombre y no el hombre por las cosas, como pretende hacerlo la ciencia materialista. Después de todo, lo único que realmente conocemos es el hombre, y todo nuestro conocimiento ha de partir de ahí si es que hemos de explicar lo desconocido en función de lo conocido, aunque acaso no sea ese el único, ni aun el verdadero camino de la ciencia. En esto estriba la futura. importancia del arte y de la emoción estética, que acaso está llamada a revelarnos lo que hay detrás del ‘parecer’ de las cosas, el más adentro de su apariencia convencional. Está probado que el espíritu artista ve en las cosas lo que los demás no ven, posee un sentido más, por lo menos, que los demás mortales, y acaso tal sentido sea ‘aquella especie de anteojos para ver directamente en el ser’, de que habla Nietzsche. Porque el que podemos llamar ‘pensamiento poético’ es por naturaleza ultraconvencional. El artista se pone en contacto con las cosas muy de otra manera que el sabio. Hay dos maneras de afrontar el problema del mundo: se puede adoptar la actitud crítica del filósofo, la actitud analítica fundada en la duda, una desconfianza que se confía en lo convencional, y se puede adoptar la actitud mística del poeta, fundada en la fe, la actitud simpática y no

defensiva del que ama las cosas sin interrogarlas.. El artista sabe qué no se vive tan sólo con la verdad, que además de la verdad hay en la vida otras cosas adorables, y es posible que en su tortuoso camino, por el que marcha con la lámpara apagada, llegue al fin al palacio de la verdad por no haberla buscado, y aun sin llegar a él, y yendo hacia otra parte, puede descubrir cien verdades en su camino”.

Encendamos, pues, nuestra lámpara —la lámpara de este libro— y para que el lector no se llame a engaño he aquí el resumen de las ideas que vamos a desarrollar apoyadas en otras tantas parábolas de los grandes Maestros:

En edades primitivas o “de Oro” reinó soberana la Verdad hasta que la Mentira logró disfrazarse de Verdad y engañar al mundo con su Maya o ilusión. La Verdad desnuda fue rechazada desde entonces por los hombres, enamorados ya de las apariencias de la Mentira, pero ella, a su vez, se disfrazó con el “Velo de Isis” transformándose así en mito o fábula, y en Parábola sus consiguientes enseñanzas.

Hubo un hombre, sin embargo —¡habría y hay tantos en todas las Edades!.—, que buscó decidido la verdad en el mundo, en la corte, en el claustro, y doquiera le dijeron “hace ya muchísimo tiempo que estuvo aquí, pero desapareció y nadie ya ha vuelto a encontrarla”. ¡ Los dioses, envidiosos de la grandeza del hombre, la habían hurtado, y escondido nada menos que en el propio corazón humano, porque si lo hubieran hecho en otra parte, monte, abismo, nube o desierto, el incansable anhelo progresivo del hombre le habría encontrado al cabo, mientras que llevándola él, sin saberlo, dentro de su pecho, donde no mira por desgracia nunca, le sería imposible el volverla, a hallar. Aleccionada, al fin, la Humanidad por el rebelde Prometeo logra encontrarla mediante esa máquina terrible de invención y hallazgo que se Wa llamado desde entonces Filosofía, o “noscete ipsum socrático”.

Con la Filosofía, en efecto, caemos en la cuenta de que la “Verdad Absoluta o Suprema”, no está en ninguna percepción concreta, ni en ninguna ciencia particular llámese como se llame, sino en el augusto y abstracto misterio del Símbolo porque en el Símbolo concurren, se aúnan y hacen compatibles las revelaciones parciales de las diversas ciencias ya que éstas últimas no son sino ramas de un gran tronco primitivo y oculto. .

Porque nosotros, ciegos sempiternos, tenemos siempre interpuesto entre nuestra vista y el mundo superior de la Verdad un tupido velo que se ha llamado por los poetas el “Velo de Maya” y por los matemáticos modernos “el misterio geométrico del mundo de las ene dimensiones del espacio”, desde el día memorable que se cortaron las comunicaciones entre este pobre mundo de los mortales y los “supermundos” de héroes, semidioses y dioses antiguos.

Aislados así y todo semejantes mundos superiores, los verdaderos héroes pueden escalar esos mundos o Jardines de Utgard como lo hizo Thor, el héroe de Carlyle, y los verdaderos místicos, en alas del arte, la ciencia y el amor, pueden evocar de ellos la augusta sombra de sus Maestros, como lo realizó el gran filósofo y legislador chino Kung-tseu con el alma del maestro Ven-yang en alas de su música. Cuando se llega a tales alturas se comprende ya la terrible verdad de que este mundo no es nuestro mundo, como el niño Buddha lo comprendió a la vista de la primavera. El alma humana, entonces, como la Psiquis de la leyenda, se une a su divino Espíritu, no sin pasar las pruebas más terribles de purificación, pruebas que resultarían a veces duras hasta para los seres que parecen superiores al hombre. De aquí la consoladora frase de San Pablo

relativa a nuestro vencimiento de las potestades del aire, de la divina condición latente o dormida hoy en el hombre y de su efectiva superioridad sobre los mismos ángeles, al tenor de sus maravillosas “Epístolas”.

¿Cómo lograr el despertamiento de semejante superioridad, dormida hoy en el fondo del corazón humano? —Nada más sencillo de saber en teoría, ni más difícil de hacer en la práctica:

He aquí algunas de las condiciones requeridas: las unas son negativas o de remoción de obstáculos y las otras positivas o de fe y de esfuerzo liberador.

Entre las primeras aparece el buscar el Sendero sin hacer caso a los ladridos de los perros que tratan de detenernos; sin escuchar la voz de la adulación como la escuchó en mala hora el Dragón de la parábola, que guardaba un vano tesoro; ni incurrir en la ambiciosa credulidad del niño con la mala fruta o la del lego con el pajarillo, ni imitar el materialismo del discípulo mentecato que quería asir lo inasequible, ni el atrevimiento de aquel otro que quiso pintar ojos a unos dragones celestes, sin comprender que al ver con ellos el triste mundo inferior a que el Maestro los trajera, forzosamente tenían que escapar a su mundo primitivo...

Pero, ¿a qué seguir esta pobre “sinfonía”, preludiando en ella los divinos motivos de las parábolas respectivas del libro?; ¿a qué profanar el maravilloso contenido de ellas hasta tanto que el lector las saboree por sí mismo? —Harto atrevimiento supone ya en nosotros el empequeñecerlas con los deficientes pero bien intencionados comentarios que a cada una de ellas subsigue.

No cerraremos, sin embargo, este prólogo sin decir algo acerca de la parábola en matemática y en filosofía para demostrar que en ambas disciplinas tiene ella idéntico simbolismo.

La Matemática nos enseña que si tomamos dos puntos A y B existe entre ambos un tercer punto C y nada más que un punto, dotado de la propiedad de hallarse a la mitad exacta del camino o segmento rectilíneo entre uno y otro, o sea en términos matemáticos, “que equidista de ellos”.

Ahora bien, si consideramos que el primer punto A permanece fijo mientras que el segundo punto B se mueve perpendicularmente al segmento A B, tanto hacia arriba como hacia abajo, habremos construido una T o “tau”, la más antigua de las formas de la cruz, el simbolismo de la doble escuadra, de la balanza y de la Justicia o Karma, que dice la filosofía de Oriente, como veremos en otro lugar. .

Pero si además de esto queremos que el tercer punto C se mueva también como se mueve el segundo B —y sin perder la equidistancia con las respectivas posiciones de éste, mientras que el punto A permanece invariable o fijo— dicho tercer punto C, no describirá una línea recta como el B, sino la célebre curva que se llama “parábola”, curva cuyos puntos están caracterizados, según la definición o construcción anterior, por equidistar siempre del punto fijo A y de las sucesivas posiciones que en aquella recta perpendicular va tomando al moverse el punto B.

Prescindamos de las notables propiedades que la Geometría asigna a la parábola<sup>1</sup> porque son aún más de admirar las que a tan típica curva atribuye la ciencia universal del SIMBOLO, cosa no ignorada por los Maestros que la usaran en sus predicaciones como palabra de doble sentido matemático y filosófico.

En efecto, la voz “parábola”, tanto en griego como en latín, equivale a colación, a comparación, a un modo el más excelso, en fin, de relacionar entre sí (“paraballo”) las cosas desemejantes. “Parabolanoi”, asimismo, es según Cicerón (3, “Ver... c. 1) el nombre latino asignado a cuantos hombres de paupérrima suerte tratan de esforzarse en lograr la curación por sí mismos de sus pecados y errores, causa de todas sus enfermedades, y quienes, para conseguir tan excelso fin, siguen la senda de los Maestros antiguos y practican las enseñanzas de éstos, alejándose así, según Vossio (L. 4 “Institut”, c 19), de la peste y las negruras del vicio. A los tales “parabolanoi”, u “hombres a quienes se les predica en parábola”, que diría Jesús (Mateo XIII, 28), se los llama también “audaces”, en lengua latina, y bien merecen tal nombre por cuanto los “audaces”, en dicha lengua, los que buscan la senda verdadera cueste lo que cueste, son aquellos que con astucia saben sortear las bestias feroces, “físicamente más fuertes que ellos” (Calepinuss, “Septem linguarum”, en las voces respectivas).

En suma que, al tenor de estos significados clásicos, “parábola” es cosa así como “medicina del alma y santa regla universal de conducta” según se ha entendido desde que el mundo es mundo; algo, en fin, como para evitar que el alma caiga envuelta en las miserias del cuerpo animal y no las imite jamás, porque “su línea” es otra que la del cuerpo, y otro también su destino futuro.

Y aquí de la grandeza insuperable de la parábola como símbolo, porque si, dentro de la triple distinción de “cuerpo, alma y espíritu”, que hacen todas las lenguas sabias y también todas las religiones rectamente entendidas, llamamos “Espíritu” al punto A o foco inmóvil; “Cuerpo” al punto B móvil a lo largo de los dos brazos de la “tau”, y “Alma” en fin, al punto C equidistante siempre del foco A y de la recta o brazos de la “tau” ya dicha, veremos que estos tres elementos del Hombre, están ligados entre sí, como en Geometría lo están el punto-foco, la recta directriz y la curva parabólica que nace del consorcio de estos dos últimos elementos que sirven para caracterizarla bajo la repetida ley de equidistancia. Un Instructor, un Adepto, pues, que, como todos los de la Historia, tenga precisión de dar una doctrina eterna para guiar la ceguera de los hombres, o hermanos menores (sus “parabolanoi”), no lo harán sino por “parábolas”, pero

---

<sup>1</sup> Las propiedades dichas son, como es sabido, las siguientes, que pueden verse en cualquier Tratado de Geometría Analítica, aunque no hacen al caso ya para nuestro objeto de momento: a) la parábola es un lugar geométrico de puntos simétricos con relación al eje o línea A B; b) Si su foco o punto A está a la derecha de B, no puede tener punto alguno a la izquierda de la perpendicular descrita por los puntos B (línea directriz) en el movimiento que le hemos supuesto; c) es ilimitada a la derecha, pues que es el lugar geométrico de los centros de todas las circunferencias que pasen por el punto A (foco) y sean tangentes a la línea A B y por una directriz, o de los puntos B; d) puede ser ella gráficamente trazada por un movimiento continuo de una regla que se deslice perpendicularmente a otra y por un hilo de igual longitud que se apoye por un lado en el foco y por otro en el punto hasta donde puede él alcanzar a la regla; e) la parábola es el límite de la elipse cuyo eje mayor crezca indefinidamente conservándose constante la distancia entre un foco y el vértice más inmediato; f) otro tanto, analógicamente sucede con la hipérbola, de la que la parábola es límite también; g) los cuadrados de las ordenadas cuyas perpendiculares al eje son proporcionales a las abscisas correspondientes, etcétera. .



entiéndase bien, por parábolas no ya en el mero significado que se asigna, verbigracia, a las divinas parábolas de Jesús que leemos en el Evangelio, sino en el más riguroso sentido matemático de dar una doctrina del alma rigurosamente equidistante del cuerpo como del espíritu, es decir una doctrina justa y única.

Y quédese esto aquí, porque el tema es tan inmenso que lejos de caber en un mísero prólogo, habrá de desbordar incoercible por todos los ulteriores simbolismos de este libro.

# I

## Origen de la Parábola

(Célebre alegoría de Lichtwehr)

Cierto día —el último día de la Edad de Oro—, la Mentira sorprendió a la Verdad mientras dormía; la arrebató sus albas vestiduras; se revistió con ellas, y quedó así constituida en única soberana de la Tierra. ,

Seducido el mundo por el falso brillo de la Mentira disfrazada de Verdad, hubo de perder bien pronto su primitiva inocencia, renunciando a toda sabiduría, a toda probidad y a toda justicia. Expulsada y menospreciada la Verdad, rindióse desde entonces a la Mentira, que le había usurpado su nombre, el culto que antaño sólo se rendía a lo verdadero y justo. Todo cuanto la Verdad decía, era al punto calificado de visión, y todo cuanto hacía, se deputaba como lo más intolerable de las extravagancias. A despecho, pues, de sus legítimos fueros, llegó la Verdad hasta suplicar doquiera por que se la oyese y atendiese, pero fue rechazada con los peores modos, de todos cuantos lugares visitara. ¡Hubo hasta insolente que se atrevió a calificar de libertinaje su casta en ingenua desnudez! ... “¡Vete. noramala! —le decían—. Vete lejos de aquí, mujer odiosa, que así te atreves a presentarte desnuda ante nuestros pudorosos ojos! ¡Jamás lograrás seducirnos con tus absurdos!”

Convencida la Verdad de que la Humanidad cordialmente la execraba, huyó al desierto. No bien hubo llegado a él, encontró junto a unas zarzas las chillonas vestiduras que había dejado la Mentira cuando a ella le robó las suyas, y, como no tenía otras, se las puso, quedando así la Verdad siempre verdadera, pero disfrazada ya con el vestido propio y característica de la Mentira...

La Verdad, así metamorfoseada, pudo ya retornar entre los hombres, que la acogieron entonces con asombro y alegría. Aquellos mismos que antes se habían escandalizado con su desnudez, fueron los que mejor la recibieron bajo tamaña apariencia extranjera y bajo el bellissimo nombre de fábula c “Parábola”, que ella entonces adoptó.

### COMENTARIO

La hermosísima alegoría que precede no es sino una glosa feliz de los versículos 38 y 30 de la Sura segunda del Corán conocida por “La Vaca”, donde el Profeta Mahoma, dirigiéndose a su pueblo, le dice: “¡Oh hijos de Israel! Acordaos siempre de los beneficios, con que he colmado vuestros anhelos; sed fieles a mi alianza, que yo lo seré también... No ocultéis la verdad una vez conocida, “ni la vistáis jamás con. e. ropaje de la mentira”.

Y en el versículo 64 de la Sura siguiente, repite: “¡Oh vos otros, ingratos, los que habéis recibido las Escrituras! (judíos cristianos y árabes). ¿Por qué ocultáis lo verdadero, vosotros que ya lo conocéis? “¿Por qué, perversos, vestís a la Verdad con el manto de la Mentira?”

La vibrante invectiva de Jesús contra los fariseos, llamándolos “lobos vestidos con piel de oveja”, y “sepulcros blanqueados”, como se lee en repetidísimos pasajes del Evangelio, pudo, a su vez, servir de base a Mahoma para decir sustancialmente igual en los versículos transcritos.

El mito universal, por su parte, nps presenta doquiera el mismo símil, que no es, en el fondo, sino la idea oriental relativa a la “maya” o ilusión que nos cerca siempre en este mundo y contra la que tenemos que luchar si queremos realizar nuestra misión terrestre de buscar la senda de la verdad desenmascarando gallardos a la mentira que constantemente se nos muestra con el engañoso disfraz de lo verdadero y de lo justo.

Diríase, en efecto, que las dos evoluciones, animal y propiamente humana que hay en el hombre, luchan constantemente por la hegemonía, armada la una de la mentira o “ilusión de verdad” y la otra con la verdad misma, aunque siempre verdad más o menos relativa y perfectible. Por eso nuestro vivir no es sino una continua, pérdida de ilusiones tomadas por verdad, y de tal verdad enmascaradas al presentarse a nuestros torpes ojos.

¿Qué se hicieron de aquellos encantos de los juegos de la niñez, nuestra única y absorbente verdad de entonces? ¿Qué de nuestras amorosas ilusiones juveniles cuya pérdida brutal ha llevado a tantos hasta el suicidio, el escepticismo o la locura? ¿Qué, en fin, de nuestros anhelos de riqueza, honra, fama y poder que han subseguido?... Verduras de las eras, que dice el Libro de Job, no eran sino ilusiones, disfrazadas de cosas verdaderas y tangibles.

Mas, este camino de ver en cada paso a lo largo de nuestra vida la correspondiente muerte de una ilusión, nos conduciría derecho al negro pesimismo, si ante la desilusión de ver apareciendo más y más las lacerias de la mentira a medida que con el conocimiento la vamos despojando de las vestiduras a la Verdad robadas, no se correspondiese, en la más lógica y perfecta de las simetrías, la “anti-ilusión”, valga la palabra, representada por la parábola, la fábula o la alegoría, “anti ilusión” de la busca de la verdad, que en los hombres de vida normal y pura va llenando con ventaja notoria el vacío aquel que la ilusión dejara al marchitarse. Nadie, sin embargo, puede gloriarse aquí abajo de haber arrancado á la Verdad la ultima de sus vestiduras, el “Velo de Isis” que decían los antiguos, velo quizá de piedad suprema que entibia los ardores volcánicos de una Suprema Verdad a la que no podríamos mirar cara a cara sin morir, como tampoco podemos mirar cara a cara al Sol horas y horas sin que quedemos ciegos.

Porque la mentira absoluta no existe, como no existe ningún otro de los conceptos negativos, meros efectos de contraste con los opuestos conceptos positivos, los hombres llamamos mentira a todas aquellas verdades relativas, o de grado inferior a otras verdades más altas, que ya poseemos, mientras que yacemos en la ignorancia respecto de nuevas verdades que nos esperan y que son aún más excelsas que las que ya hemos logrado alcanzar antes con el continuo esfuerzo de nuestra mente. Por eso ha podido decir Ragón que es preciso *dévoiler ce qui est faux pour arriver a ce qui est vrai*, es decir quitar a la mentira o al error los velos de que se reviste, para llegar hasta la verdad que yace oculta en el fondo de ellos. Por eso también Espronceda ha podido cantar el titanismo gallardo que la conquista de la verdad exige si se le han de quitar los velos para poderla ver cara a cara, y cantar al mismo tiempo ese ilusorio cristal de la mentira, cristal en el que la verdad se refleja con toda la vaguedad y falsía que la estrella en el lago. Semejante cristal, en fin, es el cristal cuyo color, interpuesto entre nuestra vista y el exterior, nos hace ver a este último coloreado siempre por las correspondientes ilusiones, al tenor de la

consabida Dolora. del vate filósofo asturiano, dolora nunca bastante alabada por los pensadores sensatos.

Ya lo dijo, además, con el insuperable gracejo de la musa picaresca gallega, el “Cancionero” de la Vaticana, núm. 455” al consignar la profunda sátira que subsigue y que tiene todo el valor de una parábola efectiva.

## II

### El hombre que buscó la Verdad

(Paráfrasis de la traducción castellana del libro Las Mejores Poesías gallegas, coleccionadas por Eugenia López-A ydillo)

Apenadísimo un día cierto buen hombre viendo que en el mundo había menguado del modo más alarmante la Verdad hasta el punto de que se la daba ya por perdida, se dijo:

“Una cosa tan sublime tendrá que hallarse por fuerza en alguna parte, y para ello no tendré sino preguntar por ella a cualquiera de los que me vaya encontrando en mi camino.”

Pero, contra lo que soñó, cuantos fue encontrando le contestaron inevitablemente como si se hubiesen puesto de acuerdo para su daño:

—Es completamente inútil que hagas el tonto buscando la Verdad porque, según cuentan las gentes viejas, cuando ella se perdió lo hizo tan por completo, que ya no está en la Hermandad de los hombres, ni aun en la de aquellos que se llaman buenos.

Fue, pues, donde los frailes estaban, quienes, al interrogarles le dijeron con perfecta donosura: .

—No sék no esta. aquí desde hace muchísimos años, sino que, no obstante nuestros desvelos, ni sabemos dónde pueda ella estar, ni a muchos mortales les importa un bledo el averiguarlo.

Cada vez más preocupado, fuese el cuitado al Císter, cuya regla severísima no dejaba lugar a dudas respecto de que allí se encontraría la Verdad, caso de encontrarse en alguna parte. Mas; ¡que si quieres! la verdad ni aun se dignó aparecer entre aquellos santos hombres constantemente ocupados con el salvador pensamiento de la muerte.

—Por aquí sí que anduvo antaño bastante tiempo, pero lo que es ahora ninguno de nosotros, abad, fraile, o lego, la vemos hace años ni por el forro —le dijo el más anciano y virtuoso del monasterio—. Debes irte a buscarla pues, fuera de la abadía.

El buen hombre, desesperado ya sin saber qué hacer, se agregó a una de las grandes peregrinaciones que iban camino de Santiago.

“Tal vez algún santo romero la traiga de Roma o de Jerusalén”, se dijo.

Pero su ilusión fue yana también esta vez como las otras. ¡Sin duda la Verdad estaba enterrada bajo el frío mármol del Apóstol bendito de Compostela!

Y el cuitado no se atrevió a intentar la última prueba alzando la losa del sepulcro, porque ello le habría naturalmente costado la vida...

¿Cómo había de encontrar el buen hombre la Verdad, si ella es la irreconciliable enemiga de todas nuestras pasiones miserables?

## COMENTARIO

“Un instinto secreto —observa Emile Faquet en su estudio sobre el filósofo Bayle — nos dice que la ‘verdad verdadera’ es el enemigo más temible que tenemos, ¡y lo tenemos, ay, en nuestra propia casa siempre! Si por un solo momento la dejásemos empuñar las riendas del gobierno de nuestra ‘bestia’, llegaríamos a ser unos seres tan absolutamente razonables, que pereceríamos de hastío. No más deseos, no más odios, no más temores. Por ignorante que el hombre sea, presiente siempre, de un modo vago e inconsciente, que la verdad, el simple buen sentido dado oídos por breves horas, le colmaría en el acto de bienes, mas, no obstante, retrocede ante ello como al borde de no sé qué abismo horroroso o qué desierto sin límites. ¿Cómo queréis que nunca se entregue en brazos de la Verdad cuando en ella ha de encontrar la fuente de todo reposo y el término de todos sus tormentos y anhelos?... El hombre es un animal místico, que ama sólo lo que no comprende, e instintivamente rechaza toda doctrina que se deje comprender demasiado para impedir el soñar acerca de ella. La razón, nuestro indiscutible soberano, único capaz de comprender a la Verdad, es para el hombre una especie de ‘enemigo íntimo’ al que en vano trata de sujetar. El querer entronizar, como lo hizo la Enciclopedia, el mero racionalismo entre los hombres es una absoluta falta de conocimiento del humano corazón.”

¿Pero cómo, si la Verdad lució entre los hombres durante el millón y setecientos veintiocho mil años que duró la Edad de Oro según el calendario de los tamiles, ha podido perderse de ese modo?

¿Dónde, cómo y por qué ella se ha escondido? ¿Podemos tener en su busca más suerte que la que tuvo el galleguito de marras?

Veamos antes lo que nos enseña la parábola siguiente.

### III

## El tesoro escondido

(Roso de Luna)

Escrito está en letras de fuego en los viejos libros iniciáticos que consultó Platón para escribir su Banquete de los dioses, que los hombres de la Edad de Oro alcanzaron tal felicidad, tan inmenso saber y un poder tan gigantesco, que los dioses sintieron envidia hacia ellos, temiendo muy fundadamente que les usurpasen los hombres algún día todo su inmenso y secular poderío.

Diéronse, pues, trazas un día los dioses de lograr arrebatarse el tesoro de la felicidad a los mortales, quienes, al perder tamaña riqueza, cayeron bien pronto en la orfandad y en la abnegación más tristes. En ese mismo y desdichadísimo estado de miseria en que hoy le adivina la ciencia de la Prehistoria.

Pero, como sucede siempre, no cayeron en la cuenta los dioses de que tamaño despojo tenía una segunda parte archipeliaguda, a saber, que los hombres, como buenos

rebeldes de nacimiento, no se resignaron jamás con aquella su desgracia, sino que trataron desde el primer día, que siguió al despojo, de reconquistar el tesoro perdido. Con ello se anticipaban simplemente a la famosísima empresa que muchos siglos más tarde intentaron los griegos de Jassón cuando fueron en busca del áureo “Vellochino” de la Cólquide o “Calcedonia”.

No cabe en lengua humana en efecto la narración de los locos, de los inauditos esfuerzos que, desde entonces, siglo tras siglo e instante tras instante, lleva realizados la Humanidad para reconquistar lo que antaño le fue robado de tan protervo modo. Tanto, que los dioses se convencieron bien pronto de que estaban perdidos a la corta o a la larga si no escondían convenientemente el “Tesoro de la Felicidad” en un sitio tal y tan oculto que jamás volviesen, a dar con él los pícaros hombres.

—Pero, ¿dónde está ese adecuado sitio para que sirva de escondite? —se preguntaron los dioses llenos de preocupación.

¡En las entrañas más recónditas de los montes más enhiestos! —dijo uno de ellos.

—Sí, ¡buen escondite —replicó otro—, cuando esos terribles “nibelungos” vendrían bien pronto con sus minas y trabajos de topes, hasta sacarle de nuevo a luz...

—Sumerjámosle, pues, en lo profundo del Océano —dijo un tercero.

—...De dónde le sacarán un día con sus buzos malditos, con sus redes o con sus submarinos —opuso el de antes.

Y así cada uno de los dioses fue formulando sucesivamente el expediente salvador que le dictaba su prudencia, ora de ocultar el Tesoro en las cumbres nevadas, ora en el antro de los volcanes, bien, en fin, en las nubes y capas atmosféricas. Pero el espectro de “skis”, del aeroplano, del dirigible, de la radiotelegrafía, etcétera, hacía bien pronto comprender a los dioses que ni en tales sitios estaba el tesoro seguro. Ningún lugar había absolutamente seguro para ocultarlo pues los hombres (que son dioses también sólo que lo han olvidado porque bebieron antaño las soporíferas aguas del Leteo que les tiene dormidos desde entonces), despertarán al fin algún día de tamaño letargo o “encantamiento” y ¡ay, luego, de los dioses!, porque sonará para ellos la hora de su ocaso, al tenor de lo que después ha dicho San Pablo, de que hasta los ángeles serán juzgados un día por los hombres, y al tenor también de lo que Wagner nos ha cantado gigante en la última parte de su drama musical El Anillo de Nibelungo...

Deseando acabar de una vez con tantas perplejidades, el más experto de los dioses —no se sabe bien si Narada o Mercurio— les dio al fin a sus compañeros este consejo práctico, expedito, infalible:

— ¡Necios! Si queréis que el hombre jamás encuentre lo que busca, esconded su Tesoro en su propio e inconstante corazón... Seguros de que, mientras de mil modos se afanen en buscar fuera el perdido “Vellochino”, no se le ocurrirá ni una sola vez mirar a su propio interior pensando lógicamente que si, en justicia, el Tesoro es suyo, en verdad este último no se podrá apartar jamás del hombre mismo, al tenor de las leyes inexorables del Karma, es de la Justicia que sujeta a los hombres... de igual modo que a los dioses.

El consejo fue aceptado por unanimidad y seguido al pie de la letra. El Tesoro, por arte mágico poco o nada, explicable para nuestra obtusa mente, hubo así de pasar al corazón de todos y de cada uno de los mortales, quienes aunque notaron luego algo extraño en sí propios, ni remotamente pudieron pensar que aquel “algo” era precisamente lo que con tan insaciable ahínco habían perdido. ¡Así, mientras buscaban el Tesoro, resultó lo llevaban dentro a todas partes, y ellos no lo sabían!

Pasaron de este modo cruel edades tras edades, con gran mofa y escarnio por parte de los dioses, quienes, desde sus alturas olímpicas, veían cómo y de qué manera, por la busca de un vano fantasma de felicidad, los dormidos hombres se destrozaban como fieras unos a otros. \* .

Pero los inmortales no contaban con lo que fatalmente tuvo que cumplirse, al fin, es a saber que llegó la plenitud de los tiempos anunciada por la profecía, es decir el día, agosto en que el titán Prometeo, extendiendo su brazo gallardo, encendió la Antorcha del Pensamiento en ese mismo e inextinguible Fuego de Amor que alimenta al Sol y hace resplandecer a los cielos. Con la antorcha mental así encendida fue despertando sucesivamente y más o menos en todos los hombres un fuego igual al suyo primitivo. A los destellos de semejante Luz, pudieron mirar al fin, en el fondo de su pecho: ¡allí vieron brillar más pura que nunca al “Ascu de Oro”: ¡el Tesoro de la Felicidad Oculta!

Desde entonces los hombres se esforzaron más y más en sacar fuera de nuevo el Tesoro, como lo estaba antaño, pero para ello les faltaba un punto de apoyo, como a Arquímedes para levantar el mundo. Y así siguieron no poco tiempo, hasta que alguien hubo de inventar un artefacto mental, verdaderamente pasmoso, sin segundo, con el que desde entonces, viene explotándose, sin que se extinga, la divina MINA...

“Este artefacto del pensamiento, movido por el sentimiento y montado sobre diamantinos ejes de verdad que nadie ni nada puede destruir, se llamó FILOSOFIA.”

Y en el frontispicio del templo, donde el artefacto se guarda desde aquel día feliz, oculto cuidadosamente a las miradas e indiscreciones profanas de los que son malos porque son ignorantes, aparece desde entonces escrito:

¡NOSCE TE IPSUM!

o sea, en castellano:

OH HOMBRE, ¡CONOCETE A TI MISMO!

## COMENTARIO

“El espíritu interno o NOUS conserva un vago recuerdo del anterior estado de bienaventuranza de que antes ha gozado y late instintivamente con la esperanza de volver a él. Haciendo un uso conveniente de todo lo que es una reminiscencia de la vida primera, y perfeccionándose por medio de misterios perfectos, puede el hombre llegar a la perfección absoluta, y ser entonces, dice Platón en el Theetetus, un iniciado en la Sabiduría Divina.”

Estas frases del divino filósofo griego compendian en sí toda la honda significación de la fábula que antecede, porque, como dice un conocido cronista, el sabio Antonio Zozaya, “llevamos todos oculto en nuestros corazones un ideal de exaltación moral”. Semejante ideal será pequeño o grande, miserable o magnífico, pero es ideal, al fin, es decir anhelo vivo de mejoramiento. Hay quien ama la vida en la ciencia, en el arte, o simplemente en su mediocridad cotidiana. El triunfo de semejante ideal es para cada hombre “el momento de oro” del que habla Daudet: la planta apoyada por fin, tras áspera subida, en la alta cima o en el leve montículo de las aspiraciones. Así, cada uno

tiene su respectiva gloria en el ensueño de sus horas silenciosas, en el momento callado y recogido en que el alma encamina hacia la tendencia eterna, hacia la felicidad suprema.

Se dice que media vida es la esperanza y la otra media el desengaño. El instante de tránsito de una a otra es la felicidad, momento que, por lo común, nos sorprende, añaden, dormidos, siendo aun más triste que el no hallar nunca en el mundo la felicidad completa, el obstinarnos en creer que se ha encontrado al fin allí, lo que ni remotamente existe... Por eso, lo que más admiraba en efecto al filósofo Aristón era el que fuesen tenidos aquí por más felices los poseedores de cosas superfluas que los que abundaban en las necesarias y útiles.

Nos adormecemos en el bienestar de los paraísos que con nuestra imaginación nos forjamos y despertamos al perderlos, siendo la vida toda por eso, como alguien ha dicho, la tortura eterna de los paraísos perdidos. .

Pero cuando libertándonos de todo y de todos, logramos descubrir al fin el tesoro inmenso que yace oculto en nuestro propio corazón, todas las cosas cambian mágicamente por nuestra dicha. Vese entonces con gran sorpresa que, con diría Franz Hartmann, “el objeto verdadero de la vida no es la vida misma, sino la consecución de un grado más y más alto en la escala evolutiva”; un grado superior de conciencia, debido ya al descubrimiento de semejante “tesoro” ennobleciendo la “conducta integral”, la buena conducta en pensamiento en palabra y en obra, no la hipócrita máscara de buenas apariencias, ocultándose tras de ellas la podredumbre del sepulcro blanqueado evangélico, el sepulcro de los malos pensamientos y peores deseos, ni tampoco la necesidad de aquellos otros que creen que el dinero lo hace todo y que, según Voltaire, “están sujetos a hacerlo todo por el dinero”. -

“Nemo autem regere potest nisi qui est regi”, ha dicho Seneca ensalzando en su tratado De ira (libro 2, cap. 15) a esa ponderación integrada de todas las buenas tendencias bajo la suprema dirección del corazón recto, modo especial del ser al que llamaron “sofrosine” los griegos, y cuyo alcance salvador está resumido en esos preceptos del Libro de Oro del filósofo latino:

“Es libertad el obedecer a la propia conciencia. No es muy grande el ánimo de quien se deleita en cosas terrenas. Espera que te hagan a ti lo que tú haces a otro. Sé útil primero a demás si quieres ser útil a ti mismo. Recibe beneficio quien hace al que lo merece. Desdichado es el que por tal se tiene. La desgracia es a veces ocasión de virtud. Causa de obrar mal es el haber obrado; Despreciable cosa es el hombre cuando no se levanta sobre su esfera. Tanto más crece el esfuerzo cuanto más consideramos la grandeza de lo emprendido. Merece salir engañado el que, al hacer un beneficio, tenía cuenta con la recompensa. Deberíamos recibir bien los trabajos, sabiendo que vienen por providencia divina. Hasta el que se aparta de la virtud, la reconoce. Muchos deleites, afeminan los espíritus.”

Todos estos preceptos se pueden resumir en uno que se da en ese maravilloso librito iniciático llamado El Bhagavad Gita, o Diálogos entre Krishna y Arjuna, libro en el que, a centenares, se leen sentencias como éstas:

“Cuando, el hombre arranca de sí todos los deseos capaces de agitar su corazón, y cuando encuentra dentro de sí mismo el contento y la felicidad, entonces puede asegurarse que está afianzado en la suprema sabiduría.”



“Aquel que conserva su calma en medio del dolor y no siente una sed insaciable cuando bebe la copa del placer, aquel que es desinteresado y se halla exento de aflicción, de temor y de cólera, aquel está afianzado en la suprema sabiduría de KRISHNA.”

Cerremos, pues, el presente capítulo de la felicidad, con esta joya literaria en prosa del eximio poeta Amado Nervo, acerca del optimismo o “sofrosine”.

El poeta, bajo suprema inspiración, nos dice:

Cada época trae su enfermedad, pero también encuentra su remedio. Las panaceas se suceden a través de los siglos paralelamente a las dolencias, y no ha habido ninguna que carezca de eficacia real..., a condición de emplearla con fe.

La característica de nuestro tiempo es la fiebre del negocio, la ávida busca del bienestar material, el ansia de placeres inmediatos, el desenfrenado amor a la riqueza.

Pero decíamos que cada época trae también su remedio. ¿Cuál es el de este desequilibrio? Hay uno que apunta desde hace tiempo y asoma por todas partes. Se basa en una filosofía que arranca desde la antigüedad, pero que adquiere hoy intensidades insólitas. Puesto que los fenómenos exteriores no tienen en el “yo” más influencia que la que le da nuestra concepción acerca de ellos; puesto que todo lo que pasa no nos hiere sino en la medida de nuestra aceptación íntima; puesto que los sucesos y las cosas en sí nada son, y para nosotros no tienen otro ascendiente que el que les confiere el concepto que de ellos nos formamos si por medio de una educación relativamente fácil de la voluntad llegamos a un concepto luminoso, riente, de la vida; nada logrará ya herirnos ni desconsolarnos; los incidentes diarios esperarán a la puerta de nuestra alma, para volverse malos o buenos, según el color de que nuestra alma los vista, y ella, sin duda, los vestirá, a todos, de colores claros y resplandecientes.

No es éste, no, el panglossismo con que Voltaire se burlaba de las teorías de Leibnitz: es el optimismo de Teodoro Parker, de Everett Hale, y, si querernos buscarle antecesores entre los grandes hombres de otros siglos, es el optimismo maravilloso de San Agustín y de San Francisco de Asís. Es la convicción que Rousseau en sus primeros escritos, Diderot, Bernardino de Saint Pierre, etcétera, tenían de la bondad esencial de la Naturaleza, unida a un ímpetu de amor cordial y generoso de todo, que ellos no podían tener porque es preciso, para sentirlo, un poco de misticismo, pero que tienen muchos de los grandes espíritus modernos.

Veamos en Whitman, por ejemplo, los efectos de este estado, de alma infinitamente simpático y eficaz.

El Dr. Bucke, discípulo del gran poeta, nos dice: “Su ocupación favorita parecía ser el divagar solitario por el campo, mirando las hierbas, los árboles, las flores, ‘os juegos de luz, los aspectos cambiantes del cielo: escuchando a los pájaros, a los grillos, a las ranas y a los mil rumores de la Naturaleza. Era manifiesto que gozaba más, infinitamente más de lo que nosotros gozamos normalmente. Antes de conocerle, no me ha~ bfa venido a las mientes que, ante un espectáculo tal, pudiese experimentarse la dicha perfecta que sabía extraer de todas las cosas... Para él todo objeto natural parecía tener un atractivo. Todos los espectáculos, todos los sonidos parecían agradarle. Se veía que amaba a todos ‘os hombres, a todas las mujeres, a todos los niños que encontraba a su paso. “Quizá no ha existido nunca un hombre que haya amado tantas criaturas y que haya desdeñado tan pocas...” Sin embargo, nunca le oí decir que amaba a alguien; pero todos aquellos a quienes

conocía sentían que los amaba, y a muchos otros aún. Jamás le vi discutir o enojarse; jamás hablaba de dinero. Defendía, siempre, ya riendo, ya en serio, a sus detractores y a sus críticos y hasta he llegado a pensar que hallaba cierto placer en los ataques que suscitaban sus escritos o su persona. Cuando le conocí, creí que se dominaba y no permitía a su impaciencia o su rencor que se manifestasen por las palabras. No me había venido al espíritu que tales sentimientos pudiesen no existir en él. Pero después advertí, merced a una larga observación, que tenía este género de insensibilidad. Jamás se expresaba mal de ninguna época, de ninguna nación, de ninguna clase social, de ningún oficio, ni siquiera de un animal, de un insecto, de un objeto inanimado, de las leyes naturales o de sus consecuencias, como la enfermedad, la deformidad o la muerte. jamás se quejaba del mal tiempo; no juraba jamás. Nunca hablaba con ira, y según todas las apariencias, nunca se encolerizó. Por último, nunca experimentó miedo alguno.

¡Qué espléndida ecuanimidad! Comparada con la pasión de ánimo de media humanidad, con la neurastenia aguda de la otra media, y sentiréis por vuestros semejantes cierta conmisericordia desdeñosa... o cierta caritativa piedad.

Pero, objetaréis, ¿qué le vamos a hacer? No todos podemos ser Walt Whitman.

Los psicoterápicos sajones, afirman, empero, que sí.

Todos podemos ser Walt Whitman o Emerson, no por el ingenio, sino por la alegría y la paz.

“El optimismo —dice William James—, es como la salud del alma. Esta salud moral puede indudablemente ser espontánea o voluntaria y sistemática. Cuando es voluntaria, produce una alegría inmediata en presencia de las cosas. cuando es involuntaria, supone un esfuerzo para concebir abstractamente las cosas como buenas.”

El optimismo sistemático ve en el bien el carácter esencial de todo lo que existe: excluye deliberadamente el mal de su Cuerpo visual...

Una gran parte de lo que nosotros llamamos el mal, no. viene sino de la manera que tenemos de considerar las cosas. El mal puede frecuentemente ser transformado en un tónico, es decir, en un bien, por la simple sustitución de una actitud de combate, al desaliento y al temor. Frecuentemente el aguijón del sufrimiento cede el sitio a una atracción verdadera, cuando, después de haber tratado en vano de evitarlo, nos decidimos a mirarlo frente a frente y a soportarlo con buena voluntad. Sería, pues, indigno de un hombre, no recurrir a este medio de salud en presencia de ‘os hechos dolorosos que amenazan la paz interior. Admitamos que los hechos subsisten: si rehusáis en ver en ello un mal, si desdeñáis su poder, si hacéis como si no existiesen, habrán perdido con relación a vosotros lo que tienen de perjudicial. Si sólo gracias a vuestro pensamiento se vuelven buenos o malos, eso prueba que, ante todo, debéis aprender a dirigir bien vuestro pensamiento.

“Dolor —dijo el filósofo antiguo— nunca confesaré que eres un mal...”

Pero, replicaréis, ¿y quién va a ejercitarnos en esta actitud optimista? ¿A qué hora, entre el continuo trabajo, preguntarán los pobres, recurriremos a la admirable panacea? ¿A qué hora, interrogarán los ricos, recurriremos a ella, si al menor minuto de tregua que nos dan el automóvil, el tango, el bridge o los deportes violentos, se nos cuele el tedio por todas puertas?...

Los apóstoles de la “mind cure” os responderán que con media hora diaria de un recogimiento sistemático, siquiera para empezar, ya podríais ganar mucho, sobre todo si eligiéseis además tales o cuales lecturas.

Santa Teresa ofrecía el cielo, en nombre de Cristo, a todo el que practicase a diario un cuarto de hora de oración mental. Los de la “mind cure” os ofrecen el paraíso en la Tierra si aprendéis con ellos a ser optimistas. -

¿Cuál es el primer paso que ha de darse para este optimismo liberador?

La supresión del miedo.

“El miedo —dice Horacio Fletcher— ha podido tener su utilidad en el curso de la evolución. Toda la previsión de los animales consiste en tener miedo; pero es absurdo el que este estado de ánimo represente un papel en el espíritu del hombre civilizado. He observado que el temor, lejos de ser un estimulante, debilita y paraliza aun a los hombres bastante instruidos ya para dejarse dirigir por el imán del bien y del deber. Para ello el temor no sirve ya de defensa, se convierte en obstáculo; hay que suprimirlo como se cortan las carnes muertas de un órgano todavía vivo... Yo defino el temor ‘una autosugestión más o menos voluntaria de inferioridad’, a fin de mostrar que pertenece a la categoría de las cosas perjudiciales y de ninguna manera respetables.”

La idea de que todo lo que sucede está bien; de que la naturaleza universal no puede dañarnos sin dañarse, como pensaba el gran Marco Aurelio; de que nuestro “yo” es inexpugnable, aun cuando contra él se conjurasen todas las tempestades; de que estamos unidos íntimamente con el principio del Universo, sea él cual fuere; de que el infinito no puede querer nuestro mal, ni en la vida, ni más allá de la vida, suprime en la mente toda posibilidad de temor. Recordemos a este propósito las palabras de Maeterlinck, en su libro *La Muerte*:

“Sea que el universo haya encontrado ya su conciencia, la encuentre un día o la busque eternamente, no podría existir ni en su conjunto ni en una sola de sus partes; para ser desgraciado y sufrir, poco importa que esta parte sea invisible o Ínconmensurable, ya que el más pequeño es tan grande como el más grande en aquello que no tiene término ni medida. Torturar un punto es lo mismo que torturar todos los mundos, y si el infinito tortura los mundos, tortura su propia sustancia. “

El miedo no tiene, pues, razón de existir en el ser consciente, ni aun con respecto al misterio. Ahora bien: suprimid el miedo, y habréis suprimido todas las fobias modernas y con el propio golpe, habréis matado la raíz misma de la neurastenia. Y si a esta disciplina mental pudieseis añadir una vida sencilla, si fueseis “snobs”...

¿Sabéis cómo define el “esnobismo” un “pince-sans rire” francés? “El esnobismo —dice— es la molestia que se imponen algunos imbéciles, privándose de lo que les gusta, para hacer creer que les gusta lo que les molesta”...

No os quejaréis pues de mí. Parodiando la célebre frase de Itúrbide cuando consumó la independencia de Méjico, os repetiré:

“Ya os enseñé a ser libres; aprended vosotros a ser dichosos.” Ya os enseñé a libertaros del miedo: ensáyad vivir sin él; veréis cómo en el más impensado momento, encontraréis la felicidad duradera; y si nunca más dejáis entrar temores en vuestra alma, si sólo dais acceso a las ideas optimistas que vuestra imaginación os sugiera, llegará un día en que exciaméis:

—No creía que fuera tan fácil el ser feliz.

O como se expresa la maravillosa Aglavaine del ya citado Maeterlinck:

—Jamás creí que, siendo yo tan pequeña, pudiese albergar un paraíso tan grande en mi corazón...

Tal es la enseñanza del teósofo Amado Nervo.

## IV

### El Simbolismo del Círculo

(Roso de Luna)

En aquella tarde, el Tres veces sabio y poderoso Tattágata, el bienaventurado Buddha, el Maestro de Maestros, en fin, dibujó con su divino dedo algo redondo sobre la arena sagrada del Ganges.

— ¡El señor bendito ha trazado un redondel! —exclamó candoroso el benjamín de los discípulos, recién llegado de entre los infantiles malayos polinesios.

—Más bien lo que ha querido diseñar, sin duda, el Maestro —replicó un alumno guanchi-tinerfe canario —es la letra O; la inicial del Nombre Inefable; el sacrosanto “Aum” u “Om-Mani-Padme-Hum” de mis antepasados los atlantes; la letra que, con la A y la M, representa todos los poderes creadores, conservadores y destructivos de la Trimurti.

—Antes yo colijo —objetó el discípulo tercero originario del misterioso Gaedhil o la Galicia irlandesa—, que el bienaventurado gurú nos ha trazado el símbolo aritmético de la nada; el “cerolímite” hacia el que, decreciendo sin cesar, tienden todos los infinitamente pequeños diferenciales; ese punto de origen de todo sistema de numeración; ese límite matemático, en fin, de donde nunca se pasa...

— ¡O, por el contrario, donde nunca se llega! —interrumpió el discípulo rajputano de los valles de Kuen-Lun, la Montaña lunar que es centro orográfico del Planeta.

— ¡No, no! —exclamó vivamente un geómetra griego de la Escuela de Elea—. Lo que pretende representar el Maestro, para que sobre ello meditemos, es meramente el círculo, como límite de todas las hipérbolas, parábolas y elipses, con su centro admirabilísimo, que es el “Punto Trino y Uno” formado por los dos focos y el centro de estas últimas. Nos lo demuestra el mismo nombre egipcio o jeroglífico de IO o (1), que es el Diez Sagrado inicial; la Nada y la Mónada primievals; el número “pi” o razón suprema, paterno-materna, de la circunferencia al diámetro, y radical, por tanto, de cuantas palabras lleven implícito el concepto de paternidad: “pitar, pitri, pater, padreS..”

—Mas me figuro —dijo el discípulo caldeo, constante observador de los cielos en la Torre de Belo en Babilonia— que el Tattágata, con diseño tan sublimemente sencillo, ha querido invitarnos a que meditemos acerca de las eternas armonías del Cosmos, en el que planetas, satélites, soles y nebulosas, describen círculos o elipses en torno de su respectivo centro de atracción, en las más concertadas Danzas Celestes...

—Y también nos ha querido recordar el gran Shamano —añadió el miniaturista chino —la ley complementaria de lo infinitamente pequeño cosmogónico, pues que lo que ha dibujado es la proyección de esa esfera característica de todo átomo, en la que el “ion” central es a manera de un sol y los electrones giratorios otros tantos planetas; el agrupamiento circular de la molécula orgánica en torno del

exágono-círculo nuclear del benceno; la esfera, en fin, de la primitiva célula masculino-femenina del óvulo recién fecundado, antes de comenzar su primera cariocinesis...

—O bien el simbolismo que algún día, según nuestras profecías brahmánicas, emplearán los bárbaros “miechas” o europeos, en los comienzos de su ciencia química, para designar al Oxígeno, el cuerpo dador de toda vida —insinuó un vindhya de las montañas Nilgiri.

O la sección del tallo de toda planta; la figura de toda semilla; la forma que toma sobre la verde hoja la gota matinal de rocío; la forma del astro, de la perla, de la lágrima, de todo cuanto, en suma, se separa de lo que le ha dado el ser, para iniciar su nueva e independiente vida —dijeron varios discípulos a una.

—Y también el simbolismo de cuanto se repliega sobre sí mismo, al modo de la Serpiente egipcia de los Tiempos, que se muerde la cola; de todo cuanto decae, se arruga, se reconcentra o muere.

¡Cuán inocentes sois al querer particularizar en lo que es abstracto! —exclamó el más cauto y viejo de los discípulos—. Bien está cuanto decís y cuanto añadirse podría; pero el dibujo en sí es algo mucho más alto, como Símbolo de símbolos de la Ciencia tres veces sagrada, o de la Traividhya; es decir: la “negación” filosófica; el “Cero-Aster” o “no astro”; la “Nada-Todo”, emblema inefable y único de la Divinidad. Abstracta e Incognoscible, Matriz de todos los universos pasados y futuros, Seno Insondable de donde todo emana y a donde todo vuelve en el eterno devenir de “lo Uno” en el Espacio y en el Tiempo...

Cuando todos hubieron así hablado, trayendo a colación los postulados más fundamentales de las diversas ciencias, se hizo un gran silencio en la asamblea. La fronda y el río parecieron cesar también en su monorritmo, deseosos de oír y de entender al Maestro a su manera.

Entonces el Tattágata, el célico Instructor de dioses, de demonios y de hombres, pronunció esta memorable parábola que subsigue.

## V

### Los cuatro ciegos y el elefante

Cierto día, cuatro ciegos amigos fueron a ver a un elefante para formarse una idea acerca del rey de las selvas. Sucesivamente le fueron palpando. Pero acaeció que obraron harto de ligera, como siempre ocurre entre los hombres, porque uno, con sus brazos abiertos, le abarcó la panza; otro le abrazó una de las patas traseras; otro le palpó la trompa, y otro se limitó a percibir junto a su rostro la sacudida de las orejas... Este último, sin pararse a más, salió gritando:

¡El elefante es como un gran abanico, que echa aire!

—¡es sino una grande y flexible serpiente! —opuso el que le había tocado la trompa.

— ¡Más bien se parece a una firme columna! —exclamó aquel que le había abarcado la pata trasera.

— ¡O, mejor, una gran tinaja! —terminó diciendo el cuarto ciego, aquel que con sus brazos no alcanzó a abarcarle la panza.

Los ciegos se separaron casi riñendo, porque a su ceguera material, que era bien triste, añadían esa otra ceguera peor que nace de las pasiones exclusivistas, hijas de una manera de ver el mundo que es ciega, sorda y necia...

—En verdad, en verdad os digo —terminó diciendo el Maestro —que todo cuanto habéis visto en el símbolo, e infinitas cosas más en él implícitamente contenidas, son ciertas; pero el Símbolo en sí no lo agotaréis jamás, como no podréis agotar el agua del Océano. De su abstracción, que es Ciencia de ciencias, podréis estar deduciendo indefinidamente verdades concretas, que sólo vuestras pasiones y limitación pueden hacer contradictorias, pues cada una de vuestras particulares ciencias no es sino una visión parcial, relativa, una “maya”, o ilusión, en fin, como la de los consabidos ciegos, ya que las cosas todas no son sino Sombras de sombras de aquella Suprema Oscuridad que es la Unica Luz; de aquella Inefable Divinidad también que en nosotros mora, sin que vosotros, cegados como estáis por vuestras pasiones, podáis, no ya verla, sino ni aun casi presentirla todavía...

El rostro del Maestro, al decir esto, se transfiguró, brillando más que el Sol.

Los discípulos, deslumbrados por aquella trascendente Luz, no vieron ya más con los ojos materiales de las diversas ciencias, sino con el Ojo Uno de la Intuición, o de Dagma, de ese Amor-Sabiduría que, por derivar del bienaventurado Tattágata, Instructor, de dioses, de dehionios y de hombre nuevamente vuelto entonces a la Tierra, se viene denominando “Buddhi”, en lengua sanscritánica, y en lengua griega, “El Ungido” o “Christhos”.

## COMENTARIO

La parábola primera nos muestra que ante la augusta, la suprema majestad de la abstracción del Símbolo, todas nuestras verdades son meras verdades relativas, y las ciencias correspondientes, encargadas de conquistarlas tras duro esfuerzo, son relativas también, no más que relativas, pese a nuestro orgullo, porque son colosos que tienen más que de barro los pies. La segunda, al par, se encarga de demostrarnos que siéndolo infinitos los aspectos de la Verdad, caben sobre la Verdad infinitos puntos parciales de vista, puntos de vista que, lejos de contradecirse, se complementan, como en lógica no son incompatibles sino complementarias las proposiciones contrarias parciales o relativas: algún hombre es criminal; “algún hombre es santo; algún hombre no es ni criminal ni santo”, que nos enseñaban en el Instituto para hacernos... ¡bachilleres!

De aquí surge una de las más altas lecciones de tolerancia y de circunspección en el juzgar que podemos imaginarnos. ¿Qué habría pasado, ciertamente, entre los excelentes discípulos del Tattágata, si, ausente éste, hubiesen continuado discutiendo acerca de la verdadera interpretación del famoso redondel trazado en la arena del Ganges, por el divino dedo del Maestro? Pues igual que les pasó a los ciegos con el elefante de marras, por pretender insensatos estos últimos, que sus percepciones y juicios parciales estaban identificados con la abstracción integral de “lo Absoluto”.

No. Como ha dicho sabiamente Goethe, para definir bien una cosa, habría que conocerlas todas, y esto es imposible, razón por la cual nos sería - mejor no tratar de definir. “La única Verdad Verdadera es el Símbolo”, es decir lo suprainteligible, lo

trascendente, lo indefinible, lo inabarcable precisamente por abstracto. Contra lo que pudiera creerse, pues, el concretar es errar, a la manera de aquel que hablaba en griego “para mayor claridad”. En el momento en que en el redondel veamos nuestro símbolo químico del oxígeno, ya hemos dejado de ver en él ipsofacto “el cero, la nada, el círculo, la órbita” y todas las demás cosas que, al concretar cada cual por su cuenta propia, iban viendo respectivamente en aquélla los discípulos del Bhagavad.

La célebre paradoja de Silvela que dice “cuando sepas bien una cosa, concreta; cuando la ignores; generaliza”, representa efectivamente y expresada a la inversa, aquella realidad cognoscitiva que viene a ser hermana gemela de esotro principio de Mecánica que nos enseña que lo que se gana en

fuerza se pierde en velocidad, dentro de la eterna ley de las razones inversas.

¿Concretáis? Pues sabréis más intensamente al parecer; pero al mismo tiempo perderéis en radio de acción, en horizontes, en esperanza, en soberanía y hasta en felicidad, ya que, como instruyó Bartrina:

si quieres ser feliz, como me dices;

¡no analices, muchacho, no analices!

- ¿Abstraéis? Pues iréis perdiendo más y más de vista como. otras tantas ilusiones de finitud, las llamadas “realidades con cretas” de este mundo, como el aeroplano que se eleva más y más aumentando, al par que el peligro de una catástrofe, el radio de sus horizontes.

¿No queréis, en fin, en vista de esto, ni concretar ni abstraer? Pues, renunciad a pensar. Pero, ¿quién puede renunciar a pensar, si el pensamiento es la vida misma? No hay un solo hombre en el mundo capaz de cambiar, si pudiese, las torturas de la existencia consciente por un mundo estúpido en el que no existiese el pensar. ¡Terrible y eterno dilema de la ponderación ideológica y de su “justicia”!<sup>2</sup>

Hay sólo, sí, que pensar con absoluta tolerancia, respecto a la que puedan pensár otros, porque repetimos nuestras ciencias parciales no son “la Ciencia”, ni nuestras concreciones ideológicas son “la Idea”, ni la gota de agua es “el Mar”, ni la hoja es “el Arbol”, ni el esfuerzo es “la Tierra”, ni el diez es “la decena” ni la estrella es “el Cielo”...

Aunque nuestra capacidad mental fuese indefinida y la aplicásemos en un tiempo y un espacio inacabables al esclarecimiento total del más simple problema simbólico, no agotaríamos ni siquiera haríamos empobrecer al dicho símbolo. Por eso es gran pecado

---

<sup>2</sup> He aquí, en efecto, la tremenda dificultad ideológica que nos tiene crucificados y encadenados aquí abajo al tenor del simbolismo de las cadenas y la roca del rebelde Prometeo. Si abstraemos demasiado, acabamos perdiendo de vista, como efectivamente ilusorias, todas las “realidades” concretas de nuestro vivir animal, y ya no vemos, por ejemplo, en el “redondel” de marras ni al cero ni al círculo, ni a la órbita, ni a la o, ni a la nada, ni al oxígeno, y nos perdemos como el globo sin lastre se pierde y estalla en las alturas. Si en cambio, concretamos y especializamos también demasiado nuestra mente, se acortan más y más los radios mentales y los divinos panoramas del pensamiento abstracto, únicos capaces de engrandecernos, y, como el globo sin gas, caemos al fin animalmente a la tierra y nos estrellamos como se ha estrellado ya la humanidad positivista que desencadenó la guerra mundial, amenazando acabar con todos los ideales y hasta con la vida misma de la Humanidad. Henos, pues, efectivamente crucificados entre los dos brazos que alternativamente suben y bajan de esa balanza ponderadora de lo concreto y de lo abstracto; henos, por tanto, obligados siempre a orientar nuestra conducta en términos de perpetua ponderación entre estos conceptos contrarios, como entre todos los demás de luz y tinieblas, vida y muerte, actividad y reposo o, en suma, entre el par de opuestos de nuestra pitagórica Dúada.

de vanidad el decir “este símbolo significa tal cosa y estotro tal otra” sino que sumisos y humildes para con el Misterio; pletóricos de fraternal santa tolerancia para con las múltiples maneras que tengan cada cual de ver el símbolo, debemos limitarnos simplemente a decir “ya veo en el símbolo esto o aquello” y nada más.

¿No queréis, lectores, seguir tan buen consejo? Pues seguramente os pasará lo que cuenta un gran filósofo español acerca de los sabios que resucitaron y a los que hubo casi que matar a poco por su misma intolerancia exclusivista.

Ved el donoso cuento de nuestro Jaime Balmes, Los sabios resucitados (“El Criterio XII, 3.”) y en él hallaréis una enseñanza idéntica.

## VI

### Los sabios resucitados

(JAIME BALMES — El Criterio, XII, 3.0)

Yo me imagino reunidos en un vasto establecimiento a un gran número de hombres célebres, los que, resucitados tales como eran en vida, con los mismos talentos e inclinaciones, pasan algunos días encerrados allí, bien que con amplia libertad de ocuparse cada cual en lo que fuere de su agrado.

La mansión está preparada como tales huéspedes se merecen: un riquísimo archivo, una inmensa biblioteca, un museo, donde se hallan reunidas las mayores maravillas de la Naturaleza y del arte; espaciosos jardines adornados con todo linaje de plantas, largas hileras de jaulas, donde rugen, braman, aúllan, silban, se revuelven y se agitan todos los animales de Europa, Asia, Africa y América. Allí están Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Richelieu, Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Napoleón Tasso, Milton, Boileau, Corneille, Racine, Lope de Vega, Calderón, Moliere Bossuet, Massillon, Bourdaloue, Descartes, Malebranche, Erasmo, Pascal, Newton, Leibnitz, Miguel Angel, Rafael, Lulio, Bufon y otros que han transmitido a la posteridad su nombre inmortal.

Dejadlos hasta que se hayan hecho cargo de la distribución de las piezas y cada cual haya podido entregarse a los impulsos de su inclinación favorita. El Gran Gonzalo leerá con preferencia las hazañas de Escipión en España desbaratando a sus enemigos con su estrategia, aterrándolos con su valor, y atrayéndose el ánimo de los naturales con su gallarda postura y conducta generosa.. Napoleón se ocupará en el paso de los Alpes por Aníbal, en las batallas de Cannas y Trasimeno; se indignará al ver a César vacilante a la orilla del Rubicón, golpeará la mesa con entusiasmo a! mirarle cuál marcha sobre Roma, vence en Farsalia, sojuzga el Africa y se reviste de la dictadura. Tasso y Milton tendrán en sus mans la Biblia, Homero y Virgilio; Corneille y Racine a Sófocles y Eurípides; Moliere a Aristófanes, Lope de Vega y Calderón; Boileau a Horacio; Bossuet, Massillon y Bourdaloue a San Juan Crisóstomo, San Agustín y San Bernardo, mientras que Erasmo, Mabillon y Luis Vives estarán revolviendo el archivo, andando a caza de polvorientos manuscritos para completar un texto truncado, aclarar una frase dudosa, enmendar una



expresión incorrecta o resolver un punto de crítica. Entre tanto sus ilustres compañeros se habrán acomodado conforme a su gusto respectivo. Quién estará con el microscopio en la mano, quién con el telescopio, quién con otros instrumentos, al paso que algunos, inclinados sobre un papel cubierto de signos, letras y figuras geométricas, estarán absortos en la resolución de los problemas más abstrusos. No estarán ociosos los maquinistas, ni los artistas, ni los naturalistas, y bien se deja entender que encontraremos a Buffon junto a las verjas de una jaula, a Linneo en el jardín, a Watt examinando los modelos de maquinaria, y a Rafael y Miguel Angel en las galerías de cuadros y estatuas.

Todos pensarán, todos juzgarán y sin duda que sus pensamientos serán preciosos y sus fallos respetables, y, sin embargo, estos hombres no se entenderían unos a otros si se hablaren los de profesiones diferentes. Si trocáis los papeles, será posible que de una sociedad de genios hagáis una reunión de capacidades vulgares, que tal vez llegue a ser divertida con los disparates del insensato.

¿Veis a ese, cuyos ojos centellean; que se agita en su asiento, da recias palmadas sobre la mesa, y al fin se deja caer el libro de la mano, exclamando: “bien, muy bien, magnífico...” ¿Notáis aquel otro que tiene delante de sí un libro cerrado, y que con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos fijos y la frente contraída y torva, manifiesta que está sumido en meditación profunda, y que al fin vuelve de repente en sí y levanta diciendo: “evidente, exacto, no puede ser de otra manera”...? Pues el uno es Boileau, que lee un trozo escogido de la Carta a los Pisones o de las Sátiras, y que, a pesar de saberlo de memoria, lo encuentra todavía nuevo, sorprendente, y no puede contener los impulsos de su entusiasmo: el otro es Descartes que medita sobre los colores y resuelve que no son más que una sensación. Aproximados ahora y haced que se comuniquen recíprocamente sus pensamientos. Descartes tendrá a Boileau por muy frívolo, pues que tanto le afecta una imagen bella y oportuna, o una expresión enérgica y concisa; y Boileau se desquitará a su vez sonriendo desdeñosamente del filósofo, cuya doctrina choca con el sentido común y tiende a desencantar la Naturaleza.

Rafael contempla extasiado un cuadro antiguo de raro mérito. En la escena, el Sol se ha ocultado en el ocaso; las sombras van cubriendo la Tierra, descúbrese en el firmamento el creciente de la Luna y algunas estrellas que brillan como antorchas en la inmensidad de los cielos. Descuella en el grupo una figura que, con los ojos clavados en el astro de la noche, y con ademán dolorido y suplicante, diríase que le cuenta sus penas y le conjura que le dé auxilio en tremada cuita. Entre tanto acierta a pasar por allí un personaje que anda meditabundo de una parte a otra y reparando en la Luna y estrellas y en la actitud de la mujer que las mira, se detiene y articula entre dientes no sé qué cosas sobre paralaje,

planos que pasan por el ojo del espectador, semidiámetros terrestres, tangentes a la órbita, focos de la elipse y otras cosas por este tenor, que distraen a Rafael y le hacen marchar a grandes pasos hacia otro lado, maldiciendo al bárbaro astrónomo y a su astronomía.

Allí está Mabilon con un viejo pergamino calándose mil veces los anteojos y ora tomando la iuz en mi dirección, ora en otra, por si puede sacar en limpio una línea medio borrada, donde sospecha que ha de encontrar lo que busca, y mientras el buen monje se halla atareado en su faena, se le llega un naturista rogándole que disimule, y armando su microscopio se pone a observar si descubre en el pergamino algunos huevos de polilla. El pobre Linneo tenía recogidas unas florecillas y las estaba distribuyendo, cuando pasan

por allí Tasso y Milton recitando en alta y sentida voz un soberbio pasaje, sin advertir que lo echan todo a rodar y que con una pisada destruyen el trabajo de muchas horas.

En fin, aquellos hombres acabaron por no entenderse, y fue preciso encerrarlos de nuevo en sus tumbas para que no se desacreditasen y no perdiesen sus títulos a la inmortalidad.

Lo que veía uno, no acertaba a verlo el otro: aquél reputaba a éste por estúpido y éste, a su vez, le pagaba con la misma moneda. Lo que el uno apreciaba con admirable tino, el otro lo juzgaba disparatado; lo que uno miraba como inestimable tesoro, considerábalo el otro cual miserable bagatela. ¿Y esto por qué? ¿Cómo es que grandes pensadores discuerden hasta tal punto? ¿Cómo es que las verdades no se presenten a los ojos de todos de la misma manera? Es que estas verdades son de especie muy diferentes; es que el compás y la regla no sirven para apreciar lo que afecta al corazón; es que los sentimientos nada valen en el cálculo y en la geometría; es que las abstracciones metafísicas nada tienen que ver con las ciencias sociales, es que la verdad pertenece a órdenes tan diferentes cuanto lo son las naturalezas de las cosas, porque la verdad es la misma realidad.

El empeño de pensar sobre todos los objetos de un mismo modo, es un abundante manantial de errores; es trastornar las facultades humanas, es transferir a unas lo que es propio exclusivamente de las otras. Hasta los hombres más privilegiados a quienes el Creador ha dotado de una comprensión universal, no podrán ejercerla cual coiwiniere, si cuando se ocupan de una materia no se ‘despojan en cierto modo de sí mismos, para obrar las facultades que mejor se adopten al objeto de que se trata.

## COMENTARIO

A bien decir, la parábola de los sabios resucitados no es en el fondo sino la leyenda de la Torre de Babel, y si queréis, también, la eterna historia del mundo en el que, si hay unos cuantos millares de lenguas y dialectos hablados diferentes, hay, para mayor desgracia, tantos “lenguajes” mentales como hombres, y cada hombre en cada instante de su vida diríase que tiene un “lenguaje” mental distinto, al tenor de las circunstancias exteriores que sobre él influyen y del oleaje continuo de sus ideas, pasiones y afectos.

¿Qué es esto, pues, sino la imagen perfecta del caos en el que cada átomo obra por cuenta propia, absolutamente libre y desligado de todo vínculo con los átomos vecinos?... ¡Y, sin embargo, de semejante caos, cuyo oleaje furioso es aún peor que el de la mar embravecida, tiene que salir en cada instante la idea-moción que ha de ir determinando a nuestra conducta!

Diríase por ello que el mundo de la Mente, es el primero, el más extenso, el más activo y movido de los diversos planos o mundos concretos del Cosmos, y que la triste barquilla del Conocedor, del Ego humano, está condenada, mientras yace encarnada aquí abajo, a fluctuar eternamente sin sumergirse.

Cuando la onda está revuelta, los bajos y sucios fondos se remueven: cuando se mantiene plácida y tranquila, por el contrario en la tersura de su superficie refleja la luz de los astros del cielo. Lo mismo pasa con la Mente, límite separador entre el Espíritu Abstracto y la Materia Concreta. Por eso

está ella fatalmente sujeta al dilema del espejo, es a saber: el de no poder reflejar a un tiempo el cielo y la tierra...

¿Supondrá entonces la mente el supremo Velo de Maya o de Isis que nos oculta las sublimidades abstractas e indefinibles del espíritu?

La Eterna Parábola, nos la enseña sin duda, si la escuchamos atentamente.

Veamos primero lo que sobre cosas altamente relacionadas con esto nos dice el Profeta de los árabes.

## VII

### Los siete durmientes de la caverna

(Paráfrasis de la Sura XVIII del Corán)

Siete jóvenes de una de las tribus más distinguidas entre las que rodeaban al templo de la Caba se sintieron hastiados de la vanidad y de la maldad del mundo, y decidieron retirarse a una recóndita caverna, exclamando: “Señor, Señor: concédenos toda tu misericordia para que encontremos el Sendero de la rectitud: otórganos el extraordinario signo del Al-Rakim!”

Conviene advertir que el Al-Rakim, no es, como alguien ha creído, el nombre del perro que acompañaba a los siete ilustres jóvenes, sino “el Rakama” o sea la tablilla sagrada cubierta con los signos mágicos de la verdad y de la iniciación.

Entonces el Señor les hirió a todos de sordera, es decir, les dejó inertes y adormecidos durante cierto tiempo, y los despertó luego para ver quién de entre ellos podía contar mejor o sea dar mejor cargo del tiempo así transcurrido y de las cosas que les habían pasado allí.

Como eran siete jóvenes creyentes en Alah y seguidores de la línea recta, fueron conducidos luego a la presencia del emperador Decio; pero ellos, fortificados en sus corazones con las cosas inauditas que en la caverna habían visto, se levantaron gallardamente ante el príncipe, diciéndole: “Nuestro Señor es el dueño de los Cielos y de la Tierra. No invocaremos jamás otro nombre que su divino Nombre, porque, de lo contrario, cometeríamos el mayor de los crímenes. Nuestros conciudadanos adoran a otras falsas divinidades. ¿Quién puede forjar tales mentiras con cargo a Alah? Si vosotros dejaseis de un lado a semejantes ídolos y os retiraseis también a una caverna, Alah os concedería su Gracia y dispondría todas vuestras cosas para bien”.

Porque, en efecto, los jóvenes habfan visto al Sol cuando salía dar en el lado derecho de la ventana y en el izquierdo cuando se ocultaba, y esto es único de los signos de Alah. Ellos, mientras tanto, dormían y creían que velaban, y su perro yacía acostado con las patas tendidas a la puerta de la caverna. Si tú, oh creyente, los hubieras visto en semejante estado, te habrías alejado más que deprisa de aquel lugar, transido de espanto.

Cuando el Señor, al fin, les despertó de nuevo a esta vida, uno de ellos preguntó a sus compañeros:

— ¿Cuánto tiempo hemos llevado así aquí? Y otro de ellos respondió:

—A mí me parece que un día tan sólo ¡Quizás unas breves horas!

—El Señor es, en verdad, quien sabe sólo el tiempo que hemos pasado aquí. ¿No habéis oído hablar de aquel buen hombre que cruzando cierto día una ciudad derruida y abandonada de la que no se conservaba ni el nombre, exclamó:

“¿Cómo hará Alah revivir a esta ciudad muerta?” El Señor en aquel instante hizo morir al que tal decía y así le tuvo durante cien años, hasta que luego le resucitó y le preguntó:

“¿Cuánto tiempo has permanecido aquí?” Un día, ¡quizás unas breves horas, tan sólo! —respondió el viajero—. No —le replicó el Señor— has estado aquí cien años: si miras a tu alimento y a

tu bebida verás que no se ha corrompido todavía, pero, en cambio, mira a tu asno del que no quedan ya más que cuatro huesos que se desmoronan. Verás, no obstante, ahora cómo hacemos de él un signo o prueba para los hombres, recogiendo la osamenta y cubriéndola de carne...”

Al ver este prodigio el buen hombre, exclamó: “¡Reconozco que Alah es omnipotente!”<sup>3</sup>

El más anciano y cauto de los siete durmientes se apresuró entonces a decir a sus compañeros:

—Enviad prontamente a alguno para que nos traiga ahmentas de la villa próxima, pero que no diga a nadie nuestro retiro ni lo que en él nos ha pasado, porque si los habitantes de aquélla lo conociesen nos obligarían a adoptar sus creencias idolátricas o nos lapidarian... ¡Desde el momento en que entramos en la cueva ya no podremos ser felices jamás al uso de los mundanos!

Entonces los siete compañeros ocultaron con rosas la entrada exterior de la caverna; alzaron sobre la cumbre una mezquita que secretamente se comunicaba con ella, y dijeron:

—El Señor es sólo quien conoce la verdad. Cuando los hombres vengan por esta mezquita y recuerden la leyenda de los Siete Durmientes, disputerán entre sí, porque no sabrán a qué atenerse: Uno dirá: “los durmientes eran tres, y su perro el cuarto”; otros porfiarán diciendo: “no eran sino cinco, y su perro el sexto”. Se escudriñará así el misterio, pero sólo un número muy pequeño de elegidos será el que lo sabrá. No dispute, pues, con los hombres sobre ese punto, ni pida sobre ello su opinión a ningún cristiano porque nada sabrá...”

En efecto, dice el versículo 24 de la sura XVIII, que el tiempo que permanecieron los siete jóvenes y su perro en la caverna fue el de trescientos nueve años, día tras día. La filosofía encerrada en la parábola coránica de los siete durmientes de la caverna es más profunda y compleja de lo que parece a primera vista. Así el Profeta, que lo sabía muy bien, cuida de añadir: “cuando los hombres vengan a nuestra mezquita —es decir a

---

<sup>3</sup>Este relato, que aquí se añade, no pertenece a la sura XVIII, que nos ocupa, sino al versículo 261 de la sura II, versículo intimamente concordado con dicha sura.

nuestro ‘Libro’<sup>4</sup> disputarán entre sí, porque no sabrán a qué atenerse... Se escudriñará el misterio, pero sólo lo sabrán descubrir un corto número de elegidos”.

Por de pronto, el eterno mito de la “caverna iniciática”, que es universal, aparece aquí para enseñarnos las iniciáticas andanzas de aquellos “siete” jóvenes que, para buscar “el Sendero de la Liberación”, renunciaron, como todos los ascetas, a las ilusorias vanidades del mundo a fin de poder recibir el extraordinario signo o señal del Al-Rakim, es decir, de poder desarrollar en sí ese “tercer ojo” de la intuición que simbólicamente se ve fulgurar también en las frentes de las estatuas budhistas: el “uraeus” egipcio. Las leyes de semejante distintivo de “divina elección” están, por otra parte, escritas en las tablillas sagradas que eran llevadas por el hierofante en la ceremonia de la iniciación operada en la “pirámide” o “caverna” correspondiente.

Además, en la ceremonia de la iniciación en los Misterios del más allá, el candidato era “desdoblado”, es decir, sufría la separación de su cuerpo astral que volaba libre, mientras que quedaba inerte, cual cadáver, su cuerpo físico ni más ni menos que aún hoy se verifica simbólicamente en ciertos ritos. Y que ello no era no, cosa “de este mundo”, lo corrobora la frase del versículo 17 que dice: “si, llegado de improviso, los hubieses visto en semejante estado, te habrías sentido transido de espanto y, lleno de terror, habrías huido”.

Por eso el texto hace resaltar las características de semejante estado de desdoblamiento diciendo que los jóvenes “dormían” —es decir, yacían inertes en su cuerpo físico— y “creían que velaban” sin embargo, porque efectivamente estaban despiertos en aquel su segundo cuerpo, el cuerpo astral, donde sin duda alguna recibirían las correspondientes enseñanzas iniciáticas por cuanto uno de los versículos de la sura cuida de añadir que Alah, el iniciador, “les despertó luego a los durmientes para ver quién de ellos podrá contar mejores cosas

---

<sup>4</sup> . Respecto de la verdadera índole del Corán nos dicen lo siguiente los primeros versículos de la Sura II:

“He aquí el libro que no ofrece duda... He aquí el libro de los que creen en las cosas ocultas, de los que están seguros de la vida futura. Ellos solos serán conducidos por su Señor; ellos solos serán bienaventurados. En cuanto a los infieles, les es igual que les haga o no las advertencias, porque no creerán. Dios ha puesto un sello en sus oídos y en sus corazones, sus ojos están cubiertos por una venda y les espera el castigo cruel. Hay hombres en efecto, que dicen: ‘Creemos en Dios y en la vida futura, y sin embargo no son del número de los creyentes, porque procuran engañar a Dios y a los que creen, cuando sólo se engañan a sí mismos...’ “ Y si se les dice: “No cometáis desórdenes en la Tierra”, ellos responden: “Muy lejos estamos de ella, pues antes bien introduciremos en ella el buen orden”, sin embargo, cometen toda clase de desórdenes... Cuando se encuentran entre los creyentes, dicen: “Somos creyentes”, pero tan luego como vuelven secretamente a sus obsesores, dicen a estos últimos: “Estamos con vosotros y nos reímos de aquéllos”. Dios será quien se reirá de ellos y los mantendrá en su rebelión, dejándoles vagar errantes y desorientados de aquí para allá, porque ellos son los que han comprado el error con la moneda de la verdad. Su comercio, empero, no les ha aprovechado: sordos, mudos y ciegos, no pueden ya volver atrás”.

En cuanto al nombre del hermosísimo libro de Mahoma conviene recordar que se le denominó “Al-Kur’en” como “el libro solar” “el libro por excelencia”. También suele llamársele “Kitab-ullah”, o libro de Dios; “kelimet-ulluah”, o libro de la Divina Palabra; el “tenil”, o libro enviado desde lo alto; “el forkan” o libro que nos permite discernir entre lo justo y lo injusto; “el mos’haf», o libro del paraíso, siendo no menos de notar respecto de esta última denominación, que ella está fundada en la palabra sanscritánica de “moksha” o “el paraíso budhista”, cosa que constituye una prueba más acerca del hondo parentesco espiritual que liga entre sí a todas las religiones positivas.



por haberse hecho más completo cargo, respecto de cuanto en dicho segundo estado de lucidez ellos habían visto”.

Y al despertar de nuevo los siete durmientes a ésta nuestra triste vida física, pasmados de cuanto en la vida astral habían visto, hubieron de advertir, como sucede siempre en tales casos, que la noción del tiempo, que no es en sí sino la de continuidad entre fenómenos sucesivos, la habían perdido completamente, ya que uno creía que en aquel extraño estado habían permanecido un solo instante, otro pensaba que un día, y ninguno, en verdad, sabía a qué atenerse, puesto que, si por un lado, sus alimentos y bebida habían permanecido sin corromperse, del asno que los había llevado no quedaba ni siquiera la osamenta, porque lo astral y lo físico tienen leyes de tiempo distinto, como en otro lugar se encarga el texto de añadir<sup>5</sup> (Sura XVII y. 54). “El día en que Alah os evoque y haga salir de vuestras tumbas —es decir, en el día de la iniciación o bien en el de la muerte— y vosotros salgáis de ésta entonando sus alabanzas, os parecerá que efectivamente no habéis permanecido en ellas sino un instante”...

El texto coránico, pone, en fin, el sello del sigilo iniciático a los siete jóvenes al ordenarles en nombre de Alah “que no dijese a nadie el verdadero emplazamiento de la cueva, ni las escenas que allí habían pasado, porque si el mundo ignorante se enterase de ello, los lapidarían u obligarían a apostatar. Entonces los siete compañeros cuidaron de ocultar con rocas la entrada exterior de la caverna y alzaron sobre su cumbre una mezquita que secretamente se comunicaba con ella.”<sup>6</sup> Luego se separaron diciéndose: — ¡Desde el momento en que entramos en la cueva ya no podemos ser felices jamás a la usanza de los profanos y pecadores!”

Y como si todo esto fuera poco, termina Mahoma el notabilísimo pasaje de referencia entrando en efectivas consideraciones numérico-cabalistas acerca de los siete primeros números, números que, como dirían los pitagóricos, “son más sagrados que todos los demás”.

En efecto, aunque los durmientes eran “siete” y sólo “siete” como número del misterio perfecto, para unos profanos “serán sólo tres” y el perro o la “bestia” será el “cuarto”. Para otros, ignorantes también de la verdadera numeración sagrada, los durmientes serán “cinco”, y su perro o “bestia” el seis: el número vacío”. “¡Solamente los iniciados, los conocedores del augusto misterio del ‘Siete’, son los que saben la verdad!”...

Finalmente: ¿de dónde pudo Mahoma sacar todas estas cosas relativas a la “numeración sagrada u oculta”? ¿Acaso de sus revelaciones místicas en sus viajes

---

<sup>5</sup>. El lector que sienta extrañeza ante este último aserto, no tiene sino meditar acerca de lo que nos acaece durante el ensueño —momento en el que también se desdobra, como es sabido, nuestro cuerpo astral despierto, de nuestro cuerpo físico dormido—. También puede ver en la obra de Berheim sobre “Hipnotismo” el caso aquel que soñó toda una tragedia en los breves instantes que mediaron entre su entrada en el vagón del ferrocarril, donde al punto quedó dormido, y los golpes que al ser cerrada, produjo el empleado cerrando la portezuela.

<sup>6</sup> Aquí tenemos efectivamente la consabida ocultación de los Misterios iniciáticos a la que se alude en mil textos religiosos, tales como en San Mateo (cap. XIII) San Marcos (cap. IV) y San Lucas (cap. VIII), respecto del Cristianismo.

Todo ello, por supuesto, equivale a la simbólica huida de la Verdad al desierto al verse víctima de los ultrajes de los necios hombres que no querían verla “desnuda” o cara a cara, según consignamos en el cap. L.

celestes, como creen los secuaces de su doctrina? ¿Acaso de sus maestros el griego Djebber-Rumi, el árabe Jesar y el persa Salmán, según se dibuja en la sura XVI? ¿Acaso de una hondísima influencia budhista, que existía aún, no ya en tiempos de Jesús y de Mahoma, sino en tiempos muy posteriores, hasta llegar a los nuestros?...

No lo sabemos, pero lo que sí no cabe duda es que esto de las tablillas y signo de “A1-Rakín”, como igualmente lo de la numeración sagrada e iniciática con que la sura en cuestión

termina, está soberbiamente ampliado en los pasajes orientales que subsiguen y que, honradamente hablando, nos pasman de admiración, más por lo que encubren que por lo que dicen:

Helos aquí:

## VIII

### El joven Buddha ante sus maestros

(Edwin Arnold.—La Luz de Asia)

“Cuando Siddartha (el señor Buddha) hubo cumplido los ocho años, el rey, previsor, pensó en enseñar a su hijo todo lo que un príncipe debe aprender, pues, trataba de apartar de él el maravilloso y demasiado sublime destino que le había sido predicho: las glorias y los sufrimientos de un Buddha. Al efecto preguntó a sus ministros cuál era el hombre más sabio para enseñarle cuanto un príncipe debe saber. ¡Oh rey, le dijeron todos, Viswamitra es el más sabio, el más versado en las escrituras, en las artes manuales y en todo lo demás. Vino, pues, Viswamitra, y el príncipe, con la mirada baja, tomó sus tablillas de sándalo rojo recubiertas de esmeril y adornadas con piedras preciosas y en ellas escribió la estrofa sagrada reservada sólo a los brahmanes en Nagri, en Dakshin, Ní, Mangal, Parusha, Yaya, Tirthi, Ouk, Darad, Sikhyari, Mana y Madhyachar. Empleó también las escrituras gráficas y el lenguaje de los signos; los idiomas del hombre de las cavernas y los de los pueblos ribereños; los de los que adoran a las serpientes vivas y los de quienes profesan el culto del fuego y del Sol: de los magos y de los que habitan en las fortalezas. Una después de otra, trazo con una varilla las escrituras de todas las naciones, leyendo en cada idioma los versos del maestro, hasta que Viswamitra dijo: “Basta ya de lenguaje, y pasemos a los números. Repetid conmigo la numeración hasta llegar al ‘lakh’ (100.000).” El niño fue nombrando las unidades, decenas, centenas, etcétera, pero al llegar al lakh murmuró con angelical modestia: “después siguen el ‘Koti’, el ‘Nahut’, el ‘Ninnahut’, el ‘Khamba’, el ‘Bis-Khamba’, el ‘Abab’, y el ‘Attata’; después se llega a los ‘Kumuds’, ‘Gundhikas’ y ‘Utpalas’; a los ‘Pundarikas’ y, por último a los ‘Padumas’ que sirven para contar las moléculas más ínfimas de la tierra de Hastinapur y el polvo más tenue; pero aún hay después otra numeración: el ‘Katha’, que se emplea para contar las estrellas; el ‘Koti-Kátha’ para poder nombrar las gotas del Océano; el ‘Ingga’, para el cálculo del círculo; el ‘Sarvanitkchepa’, por el que se cuentan las arenas del Ganges, y, al fin,



llegamos al ‘Anthakalpas’, cuya unidad es la arena de diez crores del Ganges. Pero si aún se precisa una escala mayor, la aritmética, emplea el ‘Asankya’, que es la enumeración de las gotas de agua que caerían sobre los mundos en una lluvia continua que durase diez mil años, y están también los ‘Maha-Kapas’, por los que los Dioses cuentan su pasado y su futuro.”

—Está bien, muy noble príncipe —replicó el sabio—; más si tú sabes todo esto, ¿estará de más que te pregunte la medida de las líneas? El niño contestó modestamente: “Maestro, hacedme la merced de escuchar. Diez ‘paramanus’ componen un ‘parasukshma’; diez de estos últimos forman el ‘trasareno’ y siete trasarenos tienen la longitud de un ‘átomo’ que flota en un rayo de sol; siete átomos forman el grueso de un ‘pelo de mostacho de un ratón’, y diez de éstos hacen un ‘likya’; diez likyas un ‘yuka’; diez yukas ‘el corazón de un grano de cebada’, que a su vez está contenido siete veces en el espesor del ‘talle de la avispa’; así se llega al grano de ‘mung’ y de ‘mostaza’ y ‘al grano de cebada’ de los que diez hacen ‘una pulgada’; doce de éstas forman el ‘palmo’; enseguida tenemos el ‘codo’, la ‘pértiga’, la longitud del ‘arco’, y de la ‘lanza’; el largo de veinte lanzas que forma lo que se llama ‘un resuello’ o aliento, es decir el espacio que un hombre puede recorrer sin respirar; un ‘gow’ que es cuarenta veces la medida precedente; cuarenta gows hacen un ‘yod-jana’ y si lo deseáis, Maestro, yo os diré cuántos átomos hay en un ‘yodjana’...” Pero Voswamitra, maravilloso, ya no podía más y se posternó delante del niño, exclamando: “¡Tú eres el maestro de tus maestros; no yo, sino tú, eres el Gurú...! Yo te adoro en fin, oh dulce príncipe, que no has venido a mi escuela más que para demostrarme que tu ciencia es divina e innata y, lo que es aún más grande, que a pesar de ella sabes practicar también el respeto sincero a la ancianidad.”

## COMENTARIO

En la sublime parábola que antecede va reunido todo el sistema de la numeración primitiva aria, de donde, por intermediación de los árabes la hemos recibido en la Edad Media, todos los pueblos de Occidente; la numeración, en fin, de esas maravillosas e inestudiadas cronologías que suenan tantas veces en los "Puranas" y demás comentarios védicos:

las cronologías de Ykswakú, Yndhrithira, Sumitra, Pradyota, Sisunaga, Nanda, Chandragupta, Asoka, Balin y Chandrabiya; las cronologías, sin fin, de los “yugas” de una, dos, tres y cuatro veces, 432.000 años; ‘a de los “mahayugas” o décuples yugas; la de los “manús” con sesenta y un mahayugas; la de los “Kalpas” cada uno de ellos con catorce ciclos o reinados de manú; la de los “maha-Kalpas” compuestos por diez de los anteriores; la del “día de Brahmá” con un millar de yugas, y la noche del mismo, con otros tantos; el “año de Brahma” con 360 de dichos días; la “edad de Brahmá” con ciento de estos años y, en fin, “la vida de Brahmá” con cuatro de estas edades, o sea la total duración del Universo. Como quiera que semejante materia cronológica supone un sistema decimal que alcanzar puede, según parece, hasta la unidad seguida de veinte o más ceros<sup>7</sup> acaso agradecerá el lector que le demos aquí el cuadro probable de

<sup>7</sup> El detalle de semejantes cronologías que trae el tomo 1 de La Doctrina Secreta de J. P. Blavatsky, puede verse, muy por extenso, en nuestras Conferencias teosóficas en América del Sur, capítulo de

semejantes unidades reveladoras de la enorme cultura del viejo pueblo ario-hindú, padre y tronco de toda la Quinta Raza humana, sucesora de las primitivas Razas Tercera y Cuarta o lemuriana y atlante.

---

“Astronomía y Astrología”.

Lakh =	100.000	CUADRO DE LAS GRANDES
Nahut	1.000.000	UNIDADES HINDUES
Nin-nahut —	10.000.000	
Kharnba —	100.000.000	
Bis-khamba	1.000.000.000	
Abab	10.000.000.000	
Attata	100.000.000.000	
Kumud	1.000.000.000.000	
Bis humud =	10.000.000.000.000	
Gundhikas =	100.000.000.000.000	
Río-gundhikas=	1.000.000.000.000.000	
Utpala	10.000.000.000.000.000	
Bis-u tpala =	100.000.000.000.000.000	
Pundarika	1.000.000.000.000.000.000	
Bis -pundarika=	10,000.000.000.000.000.000	
Paduma =	100.000.000.000.000.000.000	
Bis-padu ma	1.000.000.000.000.000.000.000	
Kdtha	10.000.000.000.000.000.000.000	
Koti-Kdtha =	100.000.000.000.000.000.000.000	
Yugga =	1.000.000.000.000.000.000.000.000	
Sarvanitkctepa	10.000.000.000.000.000.000.000.000	
Anthakalpas	100.000.000.000.000.000.000.000.000	
Asankya	1.000.000.000.000.000.000.000.000.000	
Maha-kalpa 1.0	1 0.000.000.000.000.000.000.000.000.000	
2.º =	1 00.000.000.000.000.000.000.000.000.000	

He aquí, pues, esbozo tan sólo de la gran palanca numeral que semejaron para sus cronologías astronómicas y cosmogónicas los sucesores de Narada y de Asuramaya. Pero si esto es lo que salta meramente a la superficie en los libros sagrados de los brahmanes, ¿qué no podría deducir para su provecho y para el provecho histórico una investigación cuidadosa y desprovista de los consabidos prejuicios de nuestra ciencia actual, tan dispuesta siempre a hacer silencio en torno de la ciencia de sus mayores?

Porque, hay que decirlo muy alto: nuestra ciencia actual es más detallista, más “tacaña”, si vale la frase que la antigua. Esta última, en cambio, era más sintética, más señorial, más armónica y poligráfica, y por consiguiente más asequible y bella. ¿ Lo dudáis lectores? —Pues recordad la ramplonería con que se os han señalado en las escuelas los llamados “cuatro puntos cardinales” o fundamentales. Colocándonos de cara al Norte, donde brilla la Estrella polar —nos han dicho como máquinas nuestros pobres preceptores— tendremos el Este hacia nuestra mano derecha, el Oeste hacia la izquierda y el Sur a la espalda.

Veamos ahora esta misma enseñanza en labios del Maestro.

## IX

### Los siete puntos cardinales

(Paul Carús — El Evangelio de Buddha)

Traducción de Rafael Urbano

- 1.— Mientras el Bhagavat (o el Señor Buddhá) moraba en el bosque de bambúes inmediato a Radjagriha, halló una vez en su camino a Srigala, un buen padre de familia que, con las manos juntas se volvía reverentemente hacia el Norte, hacia el Sur, hacia el Este, hacia el Oeste, hacia el Cenit y hacia el Nadir. El Bienaventurado Bhagavat, conociendo que se trataba de una superstición religiosa tradicional a fin de alejar el mal, preguntó a Srigala: “Dime, buen hombre, ¿por qué practicas esa extraña ceremonia?”
- 2.— Y Srigala respondió: “¿Es que encuentras extraño el que proteja mi hogar contra las influencias de los espíritus malignos? Yo sé bien que vas a decirme que ‘os encantamientos no tienen ninguna utilidad ni poseen ningún poder salvador, pero has de saber que, ejecutando este rito, honro, respeto y venero las palabras de mi padre y las que a este último dijo el padre de mi padre, de generación en generación’”.
- 3.— Entonces el bendito Tattagata, le replicó: “Bienaventurado tú ¡oh Srigala! que así honras y santificas la veneranda memoria de tus mayores, para proteger tu hogar, tu mujer, tus hijos y los hijos de tus hijos contra los malévolos asaltos de los demonios, pero al propio tiempo advierto que no conoces el verdadero significado de la ceremonia que practicas por tradición. El que así te habla en estos momentos como un verdadero padre espiritual que no os ama menos que vuestros padres físicos, te va a enseñar el alcance y significado de la dicha ceremonia”.
- 4.— “Has de saber, pues, continuó el bendito Bhagavat, que no te basta para proteger tu casa la práctica de ceremonias más o menos misteriosas e incomprensibles sino que antes bien debes protegerlas contra los malignos por medio de buenas acciones.”
- 5.— “Al dirigirte, reverente, hacia el Este, deberás pensar amorosamente en tus padres y demás ascendientes, a quienes debes el ser, y a quienes no pagarías llevándolos cien años sobre tus hombros, y al dirigirte luego al Oeste, pensarás no menos amorosamente en tus descendientes todos, que de ti derivan su vida. Cuando te orientes hacia el Norte, evocarás amante a tus Maestros los que te formaron el ser intelectual y moral, que vale más que la vida física y cuyas divinas enseñanzas y ejemplos deben dirigir siempre tus pasos en la Tierra camino de una morada mejor que es la morada suya, mientras que, al orientarse hacia el Sur te preocuparás a tu vez de todas aquellas mentes inferiores a la tuya y de las cuales forzosamente eres el Maestro. Cuando alces tu vista al Cenit, recordarás el cumplimiento de todos tus deberes religiosos y sociales, en demanda del excelso ideal humano, y cuando al Nadir, pensarás en tus muchas y grandes culpas, que te ligan kármicamente con todo tu pasado muerto!...

6.— “Y luego que así te hayas dirigido al Norte, y al Sur; al Este y al Oeste, al Cenit y al Nadir, concentrarás toda tu atención sublime en el Loto de tu Corazón, y allí encontrarás a la Divinidad. Tal es y ha sido siempre la Religión Eterna que tu padre te quiso hacer recordar con la ceremonia que, sin saberlo, practicabas.”

7.— Entonces, asombrado Srigala, miró con ojos de pasmo al Bhagavat, cual habría mirado a su propio padre si resucitase, y le dijo: “¡Me has revelado hoy, amante, la Verdad Oculta, como quien pone rutilante lámpara en medio de las tinieblas. ¡Tú eres, pues, el Maestro, tú eres el Tattagata; tú eres el Buddha excelso a cuyo señor me acojo para mejor buscar la Verdad que ilumina, el Sendero de los Hermanos que así han logrado la Salvación!” -

## COMENTARIO

—¿Qué singularísima moda de enseñar es ésta —se habrá preguntado lleno de asombro el lector—, que en medio de la más dulce y redentora poesía, nos da simbólicamente, es decir en trascendente síntesis, enseñanzas de Moral, de Ciencia y de Arte, como quien no quiere la cosa, y ampliando además nuestros horizontes mentales, tan reducidos por nuestro cretinismo egoísta? ¿Qué clase de maestros son estos Maestros de Oriente que saben aunar de un modo tan artístico y tan decisivo el sentimiento con el pensamiento, haciéndoles merecedores del nombre de “Mahátmas”, o “Grandes Almas” con que allí son conocidos?

Porque no se diga, en efecto, que la tal enseñanza de los puntos cardinales es de mera Geografía. Es, también de Historia, puesto que, con razón o sin ella, se atribuye al último Buddha; es de Geometría; puesto que diseña límpidamente que es el punto del observador mismo: “el loto de su corazón” como tan gráficamente dice, pero es asimismo la enseñanza de la “setena” o sagrada y Sintético “Siete”, es decir de una como que es muy seguida por la Naturaleza merced a la suprema regularidad de sus aplicaciones geométricas.

Y al ser la sublime parábola todo esto, es también una enseñanza de los ejes de cristalización en los sistemas minerales; un recuerdo del famoso “prisma” o exágono típico del benceno, base de todos los derivados orgánicos ciclos que comienzan con la sencillez de dicho hidrocarburo para acabar en esas inmensas arborizaciones moleculares de las albúminas, lecitinas, protagonistas y demás organizaciones complejísimas de nuestros cuerpos. También es ella un símbolo de nuestra dinámica entera, dado que siempre que actuemos, la sublime abstracción del símbolo se hará patente y real una vez más en nuestra marcha, con “nuestras piernas” que siempre mirarán hacia el Nadir porque sus plantas están fatalmente ligadas a la gravedad que no es sino “el amor de la Madre Tierra” y la tara de nuestra “karma” o pasadas culpas; con “nuestra cabeza” que, si ha de hacer honor a su nobleza augusta ha de estar alta siempre en dirección al Cenit, donde se halla el ideal celeste que la inspira; con “nuestros brazos, derecho e izquierdo”, que completan la cruz fatídica al par que redentora de la crucifixión inflingida a nuestra alma en nuestro cuerpo y con la línea, en fin, demarcada por nuestra rectitud, entre “la obra ya ejecutada”, que se queda atrás hacia la espalda y “la obra por ejecutar”, que hacia adelante nos obliga a caminar heroicos, y digo heroicos porque sabemos siempre que allá lejos, más o menos lejos pero indefectibles, nos aguardan esos tres monstruos de la

enfermedad, la vejez y la muerte que, como veremos luego, son los que decidieron con su perfidia la divina vocación redentora de Sidharta Sakya Muni...

Hasta la oscura ciencia de la Astrología diríase que está íntimamente relacionada con la sin igual parábola, por cuanto es un hecho que la evolución misma de nuestra mente— y no hablemos, para no cansar, de la evolución en toda la naturaleza— no es sino la sucesiva identificación mental de las siete sublimes direcciones, puesto que desde el nacimiento hasta la muerte, la mente no hace sino mirar ora en una de estas direcciones, ora en otra, dado que el niño, partiendo de la inconciencia originaria o punto central, determina primero “la dirección” de su madre, de su padre y de los demás ascendientes, pero tiene corrido un velo en la dirección contraria de los futuros descendientes, o sea del sexo y sus secretos. Al alborar su razón, va determinando más y más la dirección de sus maestros y sólo ya cuando su razón madura empieza a descorrerse el velo que oculta a los futuros discípulos. En la llamada “edad de los cristos”, o gran crisis ideológica, moral, física o “integral” para hablar mejor, que decide de un modo inapelable el porvenir del joven hecho hombre determinanse, en fin, las dos restantes direcciones, y el hombre sube al pináculo de su ideal, de su cénit, o rotas las alas de su ilusión como las céreas a las de Icaro, cae al “nadir” del escepticismo, cuando no de la locura o del crimen...

Ved, pues, lectores —y conste que la cosa no acaba, sino que se deja aquí como inagotable —cuán infinitas son las humanas aplicaciones de la parábola maravillosa. No olvidemos, por tanto, las “seis escuadras de rectitud” que semejantes direcciones nos marcan y, al par que tratemos de eliminar de nuestra conducta “las oblicuas” que las contradicen, pongamos de hoy en adelante en nuestros pobres textos de Geografía esotros tres puntos cardinales del “observador, el Cenit y el Nadir”, dado que si cardinal viene del latino “cardo”, base, quicio o fundamento, tan fundamentales como los otros cuatro son estos tres últimos, sobre todo el del observador, sin el cual no hay “direcciones” posibles.

## X

### El poder de las palabras

#### Diálogo celeste

EDGAR POE. — Poems and Essays

“Oinos”. — ¡Perdona, Agathos, la flaqueza de un espíritu recientemente adornado con la inmortalidad!

“Agathos”.— Nada has dicho, querido Oinos, que te obligue a demandar mi perdón. El conocimiento, ni aun en esta excelsa región es una cosa intuitiva.

“Oinos”.— Yo soñé, sin embargo, que en esta existencia se llegaría finalmente al conocimiento de todas las cosas y que sería así dichoso poseyendo el saber universal...

“Agathos”.— ¡Ah, y cuánto te equivocas! ¡La felicidad no está en el conocimiento, sino en la adquisición del conocimiento! El estar siempre conociendo es nuestra eterna bienaventura. La comprensión absoluta sería la maldición de un enemigo.

“Oinos”.— Pero... “el más alto” ¿eso lo conoce todo?

“Agathos”.— Ese, aun siendo “el más alto”, debe no obstante tener algo desconocido para El.

“Oinos”.— Acrecentando diariamente el conocimiento, ¿no llegarían a sernos conocida, “por último”, todas las cosas?

“Agathos”.— Contempla el abismo cerúleo; observa los innumerables astros entre los cuales nos deslizamos lentamente. ¡Aun la visión espiritual se encuentra detenida ante los indefinidos muros áureos del universo, muros de miríadas de creaciones resplandecientes, que parecen confundirse con la unidad!

“Oinos”.— Comprendo perfectamente que lo infinito de la materia no es un sueño...

“Agathos”.— En el Edén “no” hay sueños de sueños sino realidad, más, se susurra que el “único” fin de esta infinitud de la materia es el de proporcionar al espíritu medios infinitos para satisfacer su insaciable sed de “conocimiento”. Interrógame, pues, Oinos ¡pregúntame con libertad y sin temor!

“Oinos”.— Dime, pues, Agathos, ¿cómo progresamos? ¡Háblame con palabras que sean familiares a mi corazón! No comprendo, no, lo que acabas de indicarme respecto a los modos que durante la vida mortal acostumbramos a llamar Creación. ¿Qué has querido expresar al decir que Dios no era el Creador?

“Agathos”.— Pues, sencillamente, que la Divinidad no crea.

“Oinos”.— ¡Dímelo más claro!

“Agathos”.— Que únicamente “en el principio” es cuando Dios pudo crear. Por eso las aparentes creaciones que brotan a través del universo, no pueden ser consideradas sino como remotos e indirectos productos del Poder Creador divino, no como sus resultados directos e inmediatos.

“Oinos”.— Semejante idea, empero, sería considerado entre los hombres como completamente herética.

“Agathos”.— Sin embargo, está considerada como absoluta verdad entre los ángeles.

“Oinos”.— Yo sé que ciertas operaciones de la que denominamos Naturaleza pueden originar en determinadas circunstancias algo con todas las apariencias de una creación. Poco antes del último trastorno terrestre se verificaron —lo recuerdo bien— multitud de experimentos afortunadísimos acerca de lo que algunos filósofos tuvieron la debilidad de estimo como creación de animáculos.

“Agathos”.— Los casos de que hablas fueron, en efecto, ejemplos auténticos de creación secundaria, de la única especie de creación que ha existido desde que se pronunció la primera palabra relacionada con la existencia y su primera ley.

“Oinos”.— ¿Pues qué, esos mundos estrellados que desde los abismos de la inexistencia brotan continuamente en el espacio, esas pasmosas estrellas, Agathos, no son la obra directa del Señor?

“Agathos”.— Voy a intentar, querido Oinos, el llevarte gradualmente a la concepción que deseo formar en tu mente. Sabes demasiado que ningún pensamiento puede perecer una vez formado, así como que ningún acto una vez realizado, deja de

producir resultados hasta lo infinito. Cuando nosotros, por ejemplo, mientras habitamos en la Tierra, hacemos vibrar la atmósfera que nos rodea, estas vibraciones se extienden indefinidamente e impulsan para siempre a cada una de las partículas del aire, quien desde este momento, y “para siempre” también, queda afectado por semejante movimiento, cosa harto conocida ya por los matemáticos de nuestro globo que acabas de abandonar. Ellos, operando sobre el fluido cósmico mediante impulsos determinados, producían efectos especiales y sabían formular cálculos exactos. Ahora bien, al comprender tales matemáticos que los resultados de un determinado impulso eran indefinidos en absoluto y que una parte de éstos podía ser exactamente precisable merced al análisis matemático, comprendieron también que este mismo análisis implicaba la posibilidad del progreso indefinido o sin límites, aunque forzosamente tuvieran relativo Rmite sus repetidos análisis. En esta posición se han detenido, por ahora, todos nuestros matemáticos. “Oinos”.— ¿Crees, Agathos, que ellos debieron haber proseguido?

“Agathos”.— ¡Desde luego! Habrá para ello consideraciones del más alto interés, pues, por lo que aquéllos habían logrado ya saber, debieron deducir que a un ser de comprensibilidad infinita —uno de los que hubiesen alcanzado la posesión “perfecta” de análisis matemático— no le sería difícil el seguir las huellas de un impulso cualquiera dado a través del aire y aun del éter, hasta sus más remotas consecuencias y a través de un período infinito de tiempo.

Es efectivamente demostrable que tal impulso, “por último”, debería impresionar a todas y a cada una de las cosas que existen “en el universo”... Semejante ser de infinita comprensión que hemos imaginado, podría, por tanto, calcular y trazar las ondulaciones más remotas del impulso, seguir sus huellas en todas direcciones y a través de todas las partículas de la materia, y a lo largo de las modificaciones todas de la forma...; en otros términos, “en su creación de nuevo”, hasta encontrarlas reflejadas e inimpresionables ya, “por último” en la meta del trono divino... Y un ser semejante, no tan sólo podría hacer todo esto, sino que, en cualquier época, retrogradando de etapa en etapa, podría ser determinado en cuanto a su origen un efecto cualquiera que se le presentase —uno de los innumerables cometas de los cielos, por ejemplo, previamente sometido a tales análisis—. Este poder, esta mirada retrospectiva y potente en su perfección y plenitud absolutos, esta facultad de poderse referir a “todos” los tiempos, a “todas” las causas y a “todos” los efectos, que es prerrogativa divina tan sola, es en distintos grados de la relativa y creciente perfección, el poder mismo ejercido por la divina Hueste de las Inteligencias Angélicas, hasta el dintel mismo de aquella Perfección Absoluta de la Divinidad...

“Oinos”.— Pero advierto que no hablas nunca sino de impulsos operados en el aire.

“Agathos”.— Al hablar del aire me refiero a la Tierra solamente, pero la proposición es general y se refiere a los impulsos enviados a través del éter que llena el espacio todo y compenetra a todas las cosas, como el mediador plástico que es él de toda la “creación”.

“Oinos”.— ¿Luego todo movimiento, cualquiera que sea su naturaleza, es creador?

“Agathos”.— Sí; es, ciertamente, preciso. Mas una filosofía verdadera hace mucho tiempo que ha enseñado que el pensamiento era origen de todo movimiento, y que el origen de todo pensamiento era...

“Oinos”.— ¡Dios!



“Agathos”.— Te he hablado simplemente, Oinos, como a un niño de la hermosa Tierra que acaba de perecer...

## COMENTARIO

Poe, el profundísimo, el desgraciadísimo Edgar Poe nos hace en la parábola precedente una revelación que espeluzna:

¿será cierto, en efecto, que nuestra felicidad no estriba en el conocimiento en sí sino en la adquisición del conocimiento, y que el estar siempre conociendo es nuestra bienaventuranza, mientras que una comprensión absoluta sería nuestra maldición?...

La ignorancia o “avidya” es el punto de partida de todo esfuerzo hacia el conocimiento, pero el hombre no experimentaría en sí la terrible necesidad del conocer y no se movería, por tanto, a lo largo de la senda orlada de flores y erizada de espinas que a todo conocimiento conduce, si antes no sintiese en su pecho un inmenso vacío que precisa llenar: algo así como si le fuera preciso tender un puente sobre el abismo que le separa a ese mismo estado de ignorancia que le aqueja al comenzar su carrera, de un mundo superior trascendente, presentido, pero no conocido, al tenor de aquella melancólica frase de Alfred de Musset que dice: *Malgré moi, l'infini me tourmente, je n'y saurais songer sans crainte et sans espoir, et quoi qu'on en ait dit, ma raison s'épouvante de ne pas le comprendre et, pourtant, de le voir.* “El infinito me atormenta, bien a pesar mío: yo no puedo soñar en ellos sin temor y sin esperanza, y mi razón se espanta de no comprenderlo y de estarlo viendo, sin embargo”...

Pero si, como reza el célebre aforismo escolástico, la ignorancia nada desea porque nada conoce, aun el ignorante desea siempre porque el deseo es precisamente el acicate bajo cuyo impulso nos movemos a la continua pasando del estado de ignorancia hasta el de conocimiento más o menos relativo. Si el desea en nosotros es algo insaciable, el conocimiento, fruto triunfante del deseo de conocer, es insaciable también. La saciedad, que es la muerte del deseo motor, sería entonces efectivamente también la muerte de la felicidad deparada por todo conocimiento una vez que se ha logrado su conquista si no hubiese nada más que la concreta. Sin embargo, no es así, y Poe se ha equivocado, sin duda en la hermosa imagen que pone en labios de su Agathos o “ángel bueno”.

Para saber, en efecto, si estimamos una cosa, no hay sino imaginarnos si en el caso de su pérdida, quedaríamos desgraciados, indiferentes o felices, y en cuanto a semejante problema, ¿quién habría tan insensato que consintiese en trocar de nuevo el estado actual de su mente, estado debido a sus actuales y ya conquistados conocimientos, por el estado anterior de su ignorancia primitiva? ¿Quién va a sentirse así émulo de la fiel Penélope y su tela, sintiendo el placer de tejer la tela de su conocimiento, para luego sentir también el placer de destejerla?

No, de ningún modo. El conocimiento en sí mismo es un don de los dioses, don que nosotros misérrimos, le envilecemos en lugar de agradecerle. Ya nos lo enseñó Esquilo en su incomprensible tragedia Prometeo. Tanto, que en los mismos libros de Oriente se cuenta que el Sol, la Tierra, la Luna y los “Padres”, moradores del cielo, se juntaron un día e hi

cieron un hombre admirable pues que podía andar, correr, nadar y volar, sumergirse en todos los abismos, escalar todas las alturas y ¡lo que ningún animal podía hacer!

“mantenerse en pie”, pero que, como carecía de razón, de mente, para abarcar con ella al Universo, era no obstante un ser bien miserable e incompleto. ¡Y lo más triste del caso fue que ninguno de aquellos personajes del Cosmos, se prestaba a darle al hombre la mente, porque, contra la opinión de Poe, la mente, y sus conocimientos nos son más amables que la misma vida! ¡ Sólo los divinos Rebeldes, los Titanes o Prometeos se avinieron a dársela, perdiéndolos ellos y “cayendo”!...

Lo que hay es que, dentro del eterno juego o cambio entablado entre nuestro Inconsciente o Ego Superior, que es Voluntad, Amor y Mentalidad abstracta, y nuestra mente inferior, concreta o consciente, a aquél le toca el fruto, y el trabajo a éste, a. guisa, respectivamente, de un capitalista y de un obrero eternos, y ¡es claro!, como la ley del trabajar es la del caminar, la mente concreta o trabajadora jamás puede hacer alto en conocimiento alguno ya por ella conquistado— y éste es el sentido de la frase de Poe—, lo cual no quita para que a nuestro gran capitalista del Inconsciente, que es estático porque es la dinámica misma que goza en la dulce beatitud de lo ya conquistado por su esfuerzo, se bañe en su propia felicidad trascendente de un dios efectivo y le sería dolorísimo, si darse pudiera el imposible caso, el llegar a perder la mentalidad abstracta, prueba evidente de que la tiene en inapreciable estima como una efectiva bendición, no como un don funesto.

Con semejante cuestión se llega a tropezar ue manos a boca con el famoso problema del “nirvana” o felicidad trascendente de toda la filosofía oriental, cosa que, para el europeo que no comprende sino lo concreto, lo limitado y lo tangible, viene a ser equivalente a la pérdida de la conciencia psicológica. ¡Todo por la eterna confusión entre lo concreto y lo abstracto; entre la luz y la luminosidad; entre el triángulo y la triangularidad, entre el bueno y la bondad, entre el diez y el ciento, y la decena y la centena!

El hijo no es la madre y, sin embargo, lejos de disminuir la conciencia y las demás facultades de la madre, velas ella agigantadas en su hijo, que no es solamente su hijo, sino la humanidad futura entera a cuya obra divina con el augusto ministerio abstracto de la maternidad tan eficazmente ha contribuido.

Cuando nos sentamos a la mesa para llenar la personal necesidad de la alimentación cotidiana, podremos sentirnos más o menos contentos en nosotros mismos al recibir así el sustento personal preciso; pero cuando poco más tarde nos anegamos en el piélago de la emoción artística de obras verdaderamente iniciáticas, como las del coloso de Baireuth u otras, ese contento interior ya no es el mero contento egoísta nuestro, sino que se siente unificado sin perderse, agigantándose al asociarse con el que experimenta al par la electrizada masa de los espectadores. ¿Cómo concebir de otro modo los crímenes colectivos, sin admitir que nuestra conciencia psicológica y las demás facultades nuestras se suman, sin perderse, a las de las grandes masas humanas, con las que nos identificamos demasíadamente a veces hasta el punto de constituir una personalidad colectiva, un verdadero nirvana, que en lugar de disolver en ella a las de cada uno de los así momentáneamente ligados, no parece sino que agiganta a las respectivas personalidades individuales integradoras de la masa? ¿Cómo explicarnos, sino por un no percibido pero sí real nirvana de compenetración de mentes, el hecho notorio de que nuestra mentalidad se siente más desarrollada, más fecunda por el contacto de la mentalidad de la gran urbe, o del gran centro literario o científico que en esa soledad de los campos que únicamente no es fatal para los que son muy fuertes?...

Hay por otra parte en la honda parábola de Poe algo delicadísimo que no nos atrevemos a profanar con comentarios y que dejamos, por tanto, a la exquisitez del despierto lector.

Pero sí nos permitiremos subrayar la última parte de ella respecto de “Creadores” y “creaciones”.

“Crear” no es sacar de la nada, como suelen decir nuestros torpes diccionarios, libros que parecen hechos más bien para volver del revés el significado de las palabras, que para aclararle. “De la nada no puede nunca hacerse nada”, pues que todo en el mundo no es sino la transformación de algo que antes existiese. El Universo mismo actual, presidido, movido, por el Nous, Anima-Mundi de Platón o el Logo de San Pablo, presupone en su existencia misma, otro Universo del que es hijo, como, una vez desaparecido, dará lugar a otro al que servirá de base, porque a la mente humana, y a la ley de seriación o de numeración indefinida que la preside, le es dable conocer el medio de las cosas, pero no su primer Principio ni su última Finalidad... Tal, al menos, ha sido la enseñanza de las más antiguas filosofías.

“Emanar” no es “crear” sino tornar visible lo que antes existía pero no era visible. La nube que nos oculta inopinadamente al Sol, estaba allí mismo en la atmósfera en forma de vapor de agua invisible: el enfriamiento operado por una repentina corriente, aliento o soplo del aire, ha bastado para evidenciarla a nuestros ojos de topos. ¿Quién sabe si algo así no ocurre con los sucesivos universos bajo el Hálito fecundador del Enshoph cabalístico, al que también se le ha llamado Gran Aliento, Gran Todo, Gran Soplo o Gran Espíritu?... Lo que llamamos creación aquí abajo, como decían los gnósticos y en general han intuido todos los grandes pensadores de cualquier punto y país, no es sino una pobre y baja generación. Por eso está llena de imperfecciones claramente advertibles para cualquiera que se fije un poco. Por eso también es una blasfemia el atribuirle a dicho Gran Espíritu y no a sus verdaderos autores, las potencias secundarias de múltiples, de inacabables jerarquías sucesivas harto claramente nombradas en las respectivas cohortes o Escalas angélicas de las correspondientes religiones.

Esta es quizá la parte más hermosa de la alegoría del cantor de El Cuervo, el poeta vidente en lo astral y por lo astral arrebatado de un modo prematuro. La concepción, en efecto, que nos da acerca del eterno, del inaudito engranaje de causas y efectos en el Cosmos, es todo de esas que se quedan vibrando en nuestra mente con pleno estupor de lo Infinito. ¡Sí; un paso dado por una hormiga en la Tierra afecta aunque archi-infinitesimalmente al equilibrio de todo el Universo, y un beso dado en Cantón ha podido repercutir “en Cádiz mismo”, al tenor de la célebre Dolores, y un mal pensamiento, un deseo ambicioso de un hombre, un mero átomo de polvo en la terrible balanza de Themis, de la Fatalidad o del Karma, ha podido desencadenar catástrofes tan grandes como la guerrera que acabamos de atravesar si es que no empezamos ahora mismo a padecerla!

—TODO CONSPIRA —han podido decir por eso los clásicos de Grecia.

Todo conspira, sí, pero la gran palanca es la humana Mente, con la que el hombre acabará por abarcar en sí a todo el Universo, en ese día —último día de los tiempos—, en que su mente que es reflejo de la gran Mente que preside al Universo se llegue a identificar con ella en un nirvana que no es el aniquilamiento, sino el endiosamiento, es decir, el retorno en el seno del Uno-Único, de aquella nuestra perdida condición de dioses que antaño tuvimos y que algún día habremos de volver a tener, según la enseñanza contextual de los salmos israelitas, de Platón, de Jesús y de San Pablo...

Por supuesto, esto no es para los niños, sino para los hombres, ya maduros por la edad, el dolor y el estudio.

Paras los niños de la hermosa Tierra, que dice la fábula transcrita, acaso sea preferible el elogio que para la mente humana se desprende de la alegoría siguiente del cínico y genial Voltaire.

- veámosla:

## XI

### Micrómegas

(Extracto de la famosa obra de VOLTAIRE)

¡Y cuán maravillosa destreza no le fue preciso desarrollar al colosal filósofo de Sirio para poder apereibir los ínfimos animáculos —los hombres—, de los que acabo de hablar.<sup>8</sup> Cuando Leuwenhoek y Hartsoeker, vieron, o creyeron ver, por vez primera, el óvulo del que hemos sido formados, no hicieron ni con mucho un descubrimiento tamaño, ¡qué íntimo placer experimentaba el buen Micrómegas viendo a tales átomos moverse, manejar las ínfimas maquinillas de sus cuerpos casi imperceptibles de puros chicos, y pulular aquí y allá inquietos!

—¿Cómo? —exclamó poniendo uno de sus más fuertes microscopios en las manos de su compañero de viaje—, ¿no les veis en efecto, llevar de aquí para allá sus fardos y hacer otra porción de operaciones peregrinas?

Al hablar así, las manos del siriaco temblaban de placer, tanto por la emoción del descubrimiento cuanto. por el miedo de perderle...

Micrómegas, bastante mejor observador que su compañero el saturniano, advirtió claramente, al fin, que aquellos ínfimos animáculos de dos pies se hablaban, lo cual parecía revelar que no obstante su pequeñez, ¡tenían ideas! Pero, ¿cómo si entrambos tenían el don de lenguas, no podían entenderlos? ¿Cómo, por otra parte, semejantes corpúsculos vivos iban a tener cosa alguna que decirse? Para hablar es preciso pensar, y si estos corpúsculos pensaban, por fuerza tenían que tener un alma, cosa inadmisible por absurda, según era su despreciable pequeñez...

---

<sup>8</sup>Para la debida comprensión de aquellos lectores que no hayan podido saborear la célebre alegoría de Francisco María de Alouet, diremos que se trata en ella de las aventuras de dos extravagantes viajeros, de estatura y facultades proporcionadas a los dos astros de donde respectivamente databan, a saber: el uno, Micrómegas, venía de la estrella Sirio, Sol que es unos doce millones de veces mayor que nuestra Tierra, y el otro, del planeta Saturno, cuyo volumen es de unas setecientas veces el de nuestro globo. Dedicamos ambos a viajar por los rincones más pobres y desconocidos del Cosmos, habían caído en la superficie de nuestro globo.. ¡Las aguas del Mar Báltico apenas si al saturniano le llegaban a la rodilla, mientras que al siriaco de Micrómegas casi no le cubrían el talón! En estas condiciones, al tenor del pasaje que extractamos, y con grandes penas acababan de descubrir a los hombres en aquel mismo mundículo que creían desierto.

—Nos es preciso salir de dudas —exclamó decididamente el compañero de Micrómegas—. Luego discutiremos.

—Muy bien dicho —añadió el siriaco, e inmediatamente, sacando unas tijeras adecuadas, se cortó con cuidado la uña de su dedo pulgar y arrollándola en forma de trompetilla acústica, se la colocó en la oreja, para en ella mejor concentrar los ruidos de la supuesta conversación de los homúnculos. Conviene añadir que la circunferencia de la uña trompetilla del coloso envolvía con su contorno el buque entero y a los atómicos seres que pululaban sobre la nonada de su cubierta. La voz más imperceptible podía así llegar al oído del coloso

y ser por él discernida convenientemente. Así alcanzó a no perder ni ripio de cuanto los homúnculos en cuestión se estaban diciendo. El saturniano hizo otro tanto, aunque con menor dificultad.

La admiración de los viajeros se aumentaba con ello a cada instante. En aquel como zumbido y bordoneo de los insectos humanos de aquí abajo, el filósofo del alto cielo de Sirio acabó apreciando que ellos se hablaban en correcto francés y sensatamente se decían cosas relacionadas con el extraño fenómeno que les estaba aconteciendo.

No hay que añadir que tanto el enano de Saturno como el gigantazo de Sirio ardían en deseos de ponerse al habla con aquellos mequetrefes pensantes, pero temían fundadamente que sus voces de trueno, en especial la de Micrómegas, les atudiese sin dejarles oír lo más mínimo. Al efecto, se pusieron en sus bocas una especie de mondadientes cuyo otro extremo venía a caer cerca del navío. Además, el siriaco tenía al saturniano sobre sus rodillas y al barco con todos sus pasajeros sobre una de sus uñas.

Con todas estas precauciones pudo endilgar a los homúnculos el siguiente discurso:

— ¡Insectos invisibles a quienes la todopoderosa mano del Creador ha hecho nacer en el abismo de lo infinitamente chico, yo doy fervientes gracias a este último, que se ha dignado descubrirme secretos que tuve por impenetrables. Espero que no os desdenaréis en mirarme como yo os miro, porque yo a nadie grande o pequeño desprecio, y os ofrezco, espontáneamente, mi protección!

Si alguna vez en el mundo ha habido gentes asombradas, lo fueron las del barco al escuchar estas tonantes palabras, que no acertaban a descubrir de dónde venían. El capellán de a bordo recitó presuroso la fórmula- del exorcismo; los marineros blasfemaban y los filósofos empezaban a devanarse los cascos formando sistemas sobre ellos. Entonces el saturniano, que como mucho menor que Micrómegas tenía la voz más dulce, les puso al fin en antecedentes de cuanto ocurría. Les contó en pocas palabras el viaje que traían hecho desde Saturno, poniéndoles al corriente de quién era el señor de Micrómegas y preguntándoles por último si siempre habían estado en semejante estado de insignificancia tan vecino a la inanidad, si eran felices en un mundículo como la Tierra, que por su mucha agua, más parecía hecho para las ballenas, si tenían la facultad de multiplicarse, si gozaban también de un alma y cien otras cuestiones a este tenor.

Entonces uno de los mejores pensadores de a bordo, más atrevido que los otros y dolorido de que se hubiese podido dudar ni un momento acerca de que tuviera un alma inteligente, observó cuidadosamente a su gigantesco interlocutor celeste, mediante unas pínulas colocadas sobre un cuarto de círculo, realizó de seguida otras varias operaciones complementarias y terminó diciendo así con aire de triunfo:

—Os creéis, señor, un ser superior a nosotros por tener mil toesas desde la punta del pie a la coronilla y pensáis que...

—¡Mil toesas! —gritó asombrado el hijo del mundo de Saturno—. ¡Mil toesas!... ¡Y no se ha equivocado ni en una sola pulgada el muy pícaro!

—¡Sí! —replicó con aplomo el sabio homúnculo añadiendo—: ¡Y de igual modo voya medir a vuestro compañero!...

Cuando unos momentos después también Micrómegas se vio exactísimamente medido en sus ciento veinte mil pies de rey, ni uno más ni uno menos, no pudo menos de decir, mirando al cielo:

— ¡Veo, oh Señor, Dios mío, que de nada podemos juzgar jamás guiados meramente por las ilusorias apariencias, puesto que habéis dotado de inteligencia a seres que parecían tan despreciables por su física pequeñez! ¡Sin duda que os cuesta igual crear lo infinitamente grande que lo infinitamente pequeño, pues que en seres tan ínfimos físicamente como los que estoy viendo y oyendo, habéis puesto un espíritu tan por encima del de esos soberbios animales que yo he visto cien veces en el cielo, y cuya pezuña bastaría para cubrir la superficie del globito al que he descendido!

Unos de los filósofos de a bordo, le respondió informándole de que podía tener la plena seguridad de que existían seres inteligentes mucho más pequeños que el hombre, y le contó al efecto las fabulosas cosas que Virgilio ha dicho respecto de las abejas y que Swammerdam y Reaunuy han comprobado. Le dijo, en fin, que las abejas son, respecto de los hombres, lo que el siriaco era para esos tan enormes animales de los que le acababa de hablar, y lo que éstos serían para otros más grandes aún.

## COMENTARIO

Tiene razón que le sobra el genial pensador de la Enciclopedia. La mente humana, por sí misma es infinita, como han expresado simbólicamente dos grandes españoles del siglo XVI, Arias Montand y Felipe II,<sup>9</sup> y por infinita, o más bien por indefinida y eternamente perfectible, jamás debe ser cohibida por traba supersticiosa alguna. ¿Qué de misterios no entraña en sí semejante poder de la humana mente?

Porque hora es ya de que cesemos en nuestros viejos y cobardes cretinismos y digamos que así como hay una Materia universalmente repartida por el Cosmos según nos evidencia el análisis espectral de planetas, soles y nebulosas, y una universal Energía que a esta materia eternamente anima, hay una Mente Universal, que guía y caracteriza a esta energía misma, necesitándose que seamos todo lo topos que efectivamente somos para no haber alcanzado plenamente a comprenderlo todavía.

---

<sup>9</sup>El hecho es demasiado notable para que no lo consignemos aquí, aunque su detalle esté más ampliamente dado en la página 67 y siguientes de nuestra obra De Sevilla al Yucatán. Parece ser, en efecto, que los primeros libros que salieron de la Biblioteca particular y secreta del monarca don Felipe II, y que con otros traídos de Amberes y de otras partes por el polígrafo extremeño D. Benito Arias Montano, formaron la base para la gran Biblioteca del Escorial, llevan aún hoy en el catálogo correspondiente esta extraña signatura: 00 =5 simbolismo que vale tanto como decir paladinamente: la Mente humana (el 5 o la pentalfa símbolo eterno de la mente) es infinita. Otros simbolismos semejantes se ven esparcidos doquiera, tal como el famoso simbolismo rosacruz del 4 con el 5, de la talla de la Ermita de la Quinta Angustia, en Cacabelos (León), al que se refiere asimismo la página 10 y siguientes de nuestro Tesoro de los lagos de Somied. El asunto, como se ve, es curiosísimo.

¿Qué es, sino inteligencia en acción, la regularidad geométrica de los cristales minerales, siempre idénticos a sí mismos en sus elementos geométricos fundamentales? ¿Qué es sino inteligencia, hartamente elocuentemente manifestada, el hecho invariable del número, forma y distribución de hojas, pétalos, sépalos, estambres, pistilos y semillas en los vegetales, hasta el punto de poder ser por ello clasificados? ¿Qué son en sí las fuerzas celulares, las fuerzas sintéticas de los diferentes sistemas orgánicos coordinados que constituyen por su sindicación los organismos tan maravillosos de vegetales, animales y hombres? Y a la vista de semejantes agrupaciones que apuran toda nuestra geometría, que dividen el círculo en cuatro partes rigurosamente iguales en las flores de las crucíferas, que llevan el radio seis veces sobre el círculo en las infinitas flores de pétalos en exágono, que dividen, en fin, sabias, “en media y extrema razón el radio”, mejor que puede hacerlo el matemático en esas misteriosas flores a las que por antonomasia llamamos pensamientos, ¿estamos autorizados acaso por lógica alguna divina ni humana para decir necios, como decimos que tales prodigios naturales son el mero juego de leyes ciegas, de leyes desprovistas de esa nota de suprema inteligencia que adjudicaríamos inmediatamente a la manifestación más mínima de algo semejante que viésemos en otra parte cualquiera?

Un hombre que con un poco de estiércol, de agua, de aire y de calor y luz lograrse hacer que una ínfima semilla, por él creada, evolucionase en raíces, tallo, hojas, flores y frutos, afectando todos ellos por sí mismo una forma geométrica previamente adoptada, sería deputado en justicia por el ser más inteligente. ¿Por qué, pues, no inferir eso mismo de toda la obra de la Naturaleza, cuando toda repetición constante de fenómenos supone una ley y la ley un legislador, una Voluntad, que aquí no es sino esa Mente cósmica directora, a la que los clásicos denominaron el Anima-Mundi, movida ella a su vez por el Hábito o Soplo del Logos.

Voltaire tenía, pues, razón en absoluto. Doquiera que la Vida Universal aparezca concretada o manifestada en un ser grande, pequeño o ínfimo, allí está también, ipso facto, una pequeña, grande o ínfima manifestación de la Universal Inteligencia; allí está Dios en su obra que dice el vulgo. Y semejante Inteligencia Universal es el distintivo máspreciado y augusto de ese gran Ser empezado a manifestar desde el primer día del Cosmos y que acabará por manifestarse el día último para volver al Seno Inefable e Incognoscible de donde saliese, ese Ser Supremo, en fin, al que con tanta lógica, dentro de las analogías que con él guarda nuestro humano Microcosmos, denominaron Adam el Kadmon, o “el Hombre Grande y el Hombre Supremo” los cabalistas.

En suma: que todo lo grande y lo pequeño físico no es nada en sí mismo, puesto que lo único verdaderamente grande es, en sí misma, la inteligencia. Mens agitat molem, que dice la famosa sentencia latina: Mens impertat in mole, que viene a decirnos Carlyle en la alegoría que subsigue.

## XII.

### Thor en el Jardín de Utgard

TOMAS CARLYLE.— Los Héroes.—El Mito de Thor

*We are such stuff as dream.s are made of.*  
— *Somos de la materia de la que se forjan los*  
*ensueños.*

*SHAKESPEARE.—La Tempestad.*

El gran Thor, en unión de Thielfi y de Loke, partió camino de Utgard, o sea hacia el divino Jardín en los confines de la Tierra, que es patria de los gigantes o Jetunes. Tras no pocas interesantes peripecias en la que hubo de resaltar el valor y la astucia del héroe, los tres amigos llegaron a la dicha tierra de los gigantes, y una vez allí, se dedicaron a recorrerla toda sin dejar de escudriñar llanura, desierto, montaña ni valle de aquel inabordable y extraño país.

Al llegar la noche los expedicionarios percibieron a— corta distancia una rara casa cuya puerta, que ocupaba todo un lienzo de pared, estaba de par en par abierta. Llenos de cansancio, se metieron dentro, hallando que era una habitación por demás sencilla y sin mueblaje alguno, que acababa en el fondo en otro departamento menor, sin luz alguna al exterior. A falta de mejor refugio decidieron pernoctar allí; mas, de repente, no bien habían conciliado el sueño, despertaron sobresaltados, ante unas pavorosas vibraciones rítmicas que venían del exterior. Un monstruo les rondaba para devorarles.

El intrépido Thor se puso en pie, maza en ristre, a la puerta de la estancia, dispuesto a vender cara su vida. Los otros dos se acurrucaron dentro, acobardados. Así les sorprendió el alba, sin que cesasen las vibraciones ni se presentase el presunto monstruo. Thor se lanzó, al fin, fuera de la casa para ver el origen de aquel espantoso ruido, hallando bien pronto que éste no era sino el tranquilo roncar del gigantazo Skrymir que allí cerca dormía... Lo que los tres amigos habían creído una casa, no era sino ¡un guante del gigante y el dedo único del guante el rincón en que se habían refugiado para dormir!

Establecida al punto la amistad de los tres cuitados con el buen gigante, éste se prestó Solícito a acompañarles y llevarles todo el día el equipaje, pero Thor, prudente siempre, desconfiaba de las demasiadas atentas maneras de Skrymir, determinando acabar con él aquella noche, tan luego como se durmiese.

Llegó por fin la noche y con ella el momento ansiado por Thor para descargar su aplastante maza sobre el gigantazo, como, con todas sus fuerzas, lo hizo. Al sentir el rudo golpe medio despertó el gigante, quien, frotándose la sien, como si por ella hubiera pasado leve insecto, exclamó:



— ¡Parece que me ha caído encima una hojuela de árbol! Thor, creyendo que no había apretado bastante, descargó un segundo mazazo mucho más fuerte que el primero. Al volver a rebullir el gigante al sentirle, dijo un poco molesto:

— ¡Me ha caído una chinita, no se sabe de dónde!

Entonces, exasperado ya Thor, blandió la maza con entrambas manos, echando el resto, como suele decirse, mas en vano. El gigante, sin dar más importancia al golpe que a los anteriores, murmuró:

— ¡Sin duda hay gorriones en este árbol! ¿Qué me habrán echado en la cara?... — y siguió roncando más estrepitosamente que nunca.

Al otro día, y como si tal cosa, el gigante siguió acompañándoles, y les llevó a Thor y a sus dos amigos invitados a unos juegos que se iban a celebrar en su encantado país. Al efecto, los invitados, para llegar a éste, tuvieron que penetrar bajo la puerta de Utgard cuya torre se perdía en la bóveda azul del cielo y cuyas jambas no parecían sino dos taludes como esos que hacen las grandes montañas que se alzan junto al mar.

Una vez en los juegos de los gigantes, dos de éstos presentaron a Thor una liara de agua para que refrescase su mucha sed. Thor acometió pasionalmente contra el cuerno de agua y, a pesar de haber bebido largamente hasta tres veces, apenas si le hizo mella alguna en su nivel. El más chico de aquellos gigantes, riéndose la insignificancia de Thor, cogió la liana y la yació de un mal sorbo, añadiendo:

— ¡Sois unas bien pobres y despreciables criaturas! Si no, ¡probad a alzar esa pajuela de oro que veis ahí abandonada en el suelo!

Thor y sus compañeros se echaron decididos a levantar la pepita de oro y guardársela, si humanamente pudiesen, pero ¿cómo soñarlo siquiera, si la pepita, o curva pajuela, era diez veces más gruesa y abultada más que los tres juntos? Tuvieron, pues, que desistir de la empresa y hasta pasar la afrenta y rabia de que la cogiese el gigante Skrymir con sus dos dedos, dispuesto a arrojarla lejos hasta perderse de vista.

— ¡Vaya —dijeron los gigantes a coro y riéndose a mandíbula batiente de la poquedad de los tres vanidosos—, vosotros no merecéis siquiera el nombre de hombre que lleváis! ¡He aquí el más viejo de nuestra gente, que quiere luchar con los tres a una a fin de vencerlos y humillarlos para toda vuestra vida!

Thor y los suyos, rojos de ira y de vergüenza, se agarraron furiosamente los tres a brazo partido con el viejo, pero ¡que si quieres! El, de un papirotazo, los despidió a bastante distancia, dejándolos humillados y maltrechos, tanto de espíritu como de cuerpo.

Entonces, del vecino palacio de Utgard, todo oro y pedrería, que deslumbraba la vista, salió el venerable Jetun, el más excelso de la gigantea tribu, y les acompañó cortésmente hasta la puerta de Utgard, para que se volviesen a la triste mañriguera del liliputiense- mundo en que tan orgullosos vivieran. Por el camino les fue explicando cariñoso el significado real de cuanto habían visto, diciéndoles:

— ¡Oh Thor, excelso caudillo de tus gentes! Has sido vencido, al fin, pero no por eso te avergüences, porque todo cuanto has visto y te ha humillado a ti y a tus compañeros, no es sino magia o ilusión de los sentidos. El cuerno o liara que probaste a agotar de un sorbo, no es sino el mar, a quien, sin embargo de ser insondable, hiciste menguar unas líneas. La curva pajuela de oro que probasteis a levantar del suelo no es sino la Midlgardmark, la gran Serpiente del Mundo, la que con su cuerpo encorvado, que con su boca se muerde la cola, ciñe y conserva a la creación entera, hasta el punto de que

todo se hubiera convertido en ruina y destrucción si le hubieseis logrado dar la vuelta. En cuanto al viejo decrepito que os ha vencido y vencería a todos los seres en la lucha que se atreviesen a medir sus armas con él, es EL TIEMPO... ¿Quién, en efecto, puede gloriarse de vencerle nunca? ¡Hombres y dioses, se doblegan humildemente ante él!

—Por último —dijo el rey de los gigantes—, por insignificantes que seáis, todavía podéis hacer grandes obras: ¡Ved si no, la que acaba de realizar Thor con sus tres mazazos sin que se haya dado cuenta!

Y diciendo esto el Gigante de gigantes, le enseñó los tres valles que la maza de Thor había labrado sin saberlo, en el dilatado cuerpo de Skrymir, cuerpo que no es otro sino el de nuestro Planeta, como el supuesto guante que les había servido de refugio una noche, no era también sino la primera gruta que el hombre prehistórico habitó después que un diluvio hubo casi raído a la Humanidad de la superficie de la Tierra...

¡Tal es lo que Thor y sus dos compañeros pudieron aprender en aquel día en que, realizando el más inaudito de los heroísmos, se les permitió visitar la Tierra de los gigantes, la Tierra de Utgard, la de los cantos de los errantes bardos norsos, druidas e irlandeses.

## COMENTARIO

Carlyle, como Voltaire en su *Micrómegas*, como Swift en su *Gulliver* y como tantos otros admirables forjadores de alegorías sabias, han realizado con éstas la más completa labor de filósofos adoctrinadores. Como si se hubiesen puesto previamente de acuerdo entre sí y con cuantos autores llevamos ya vistos y habremos aún de ver, parecen como empeñados todos en ayudarnos generosos a dar sin vacilaciones ese temible “salto en las tinieblas” sobre el abismo pavoroso que separa a lo concreto, positivo y tangible, de lo abstracto e inteligible ideal, salto que no es ni más ni menos que el del animal humano, percibidor sólo de cosas concretas, e incapacitado como tal de pasar a ser eje del humano ángel que, como diría Santo Tomás, sólo intuiciones concibe.

En suma, todos ellos, con unanimidad chocante, parecen empeñados en repetirnos en los mil tonos y matices de su prodigiosa policromía mental, una sola, una única verdad, la de la Maya o Ilusión que nos rodea y que incapaz de permitirnos penetrar a través de su Velo la esencia abstracta o espíritu y alma de las cosas, no nos deja ver sino apariencias y más apariencias engañosas, como si en ello estribase todo el secreto de la contraposición eterna entre la llamada realidad que no es sino ilusión, y la poesía trascendente o efectiva verdad, disfrazada para los ojos de los necios con las ilusorias vestiduras de la mentira.

Así, el buen Thor cree penetrar en una caverna que luego resulta ser un mero guante de gigante, del gigante Skrymir que no es sino ese Ser Vivo de los cielos al que llamamos el Planeta-Tierra, ser cuyo esqueleto son las montañas; su carne, la tierra; su sangre, el agua; sus venas, los arroyos y ríos; su corazón, el mar; sus nervios, las corrientes telúricas; su vello, la vegetación; su epidermis, en fin, la capa vegetal arada por los hombres a guisa de efectivos animáculos de esos que la zoología llama gráficamente “aradores” y que, como molestísima enfermedad, trata la terapéutica de extinguir.

Y esos simpáticos gigantes, por su parte (verdaderos Iniciados o Dioses, puesto que viven en el delicioso Jardín del Misterio que hay más allá de la tumba, y que como

tales tienen por jefe a Jetun o Katún, es decir, al Ser excelso que, gracias a los katunes o tablas matemáticas han logrado dominar al mundo), reciben solícitos a Thor y a sus dos camaradas, no obstante la impotente barbarie de Thor con sus mazazos, y se prestan a aleccionarlos por el materialista medio de hacerles palpar las cosas, único procedimiento permisible y práctico para sus consabidas ceguera y desconfianza.

Así, a ellos, que venían a creerse dioses en la Tierra, sólo porque eran un punto menos débiles que el resto de los despreciables mortales, se les hace ver toda su pequeñez, y cuando ya han podido tomar la lección de humildad correspondiente, entonces se les hace ver también toda su obra, obra realmente prodigiosa, que ellos hicieran sólo por hacer mal —que de otro modo, dentro de su depravada condición, no se habrían prestado a hacerla —, a saber la obra de crear un gran valle precisamente cuando habían - tratado de cometer un crimen: ¡nada menos que el crimen insensato de querer acabar con nuestra Madre-Tierra o gigante Skrymir que nos sustenta!

Así mismo, cuando los gigantes le ponen a luchar a Thor con el viejo más viejo, le enseñan prácticamente la existencia del Tiempo como noción abstracta, y contra el que no pue de nadie, ¡ni aun los mismos dioses!, como tampoco puede vencer al Sufrimiento sino es haciéndose el amigo y el hermano del Sufrimiento mismo, como se dice en otro notable mito, el de Clareo y Florisea que tanta boga alcanzó en la Edad Media, hasta el punto de servir de base nada menos que del Persiles y Segismunda, de Cervantes.

Utgard, Urgad, Urganda o Urda “por otra parte, que aquí figura como el divino Jardín en los confines de la tierra” y patria de los gigantes —de los gigantes del espíritu, ni de los del cuerpo— no es, a su vez, sino la famosa Urga del Gobi, la capital de la misteriosa región de esos espirituales gigantes que fundaron la Matemática sagrada, la Lengua iniciática, zendrática, numérica o calcídica que llevamos estudiada en otro lugar. -

Thor, en fin, no es sino el clásico simbolismo escandinavo de el hombre de la tau o del “martillo”, es decir, según el profundo simbolismo de las Eddas, el prototipo del hombre que crucificado en su tau o “cruz de carne” de su cuerpo, puede, gracias al manejo de ese sublime instrumento de rectitud física, intelectual y moral que se llama escuadra, sujetar a la naturaleza entera, es a saber: a la piedra, obligada por la aplomación o tau del muro con la superficie horizontal del suelo, a permanecer sosteniendo el edificio de que se la hizo ser parte, todos los años o siglos que durar pueda la verticalidad, aplomación o tau del mismo, a la planta que es guiada en tau contra la espaldara para así protegerla contra los agentes naturales destructores; al animal a quien unce ora en la tau del yugo para labrar la tierra, ora en la tau del freno para recorrerla a aquella; ora, en fin, en tantas y tantas otras taus como la domesticación de los animales supone para hacerlos servir solícitos las necesidades y hasta los caprichos del hombre. ¡Hasta los hierros, cerrojos y cadenas con que unos a otros se sujetan los hombres no son sino otras tantas taus que tienen todas en el misterioso Martillo de Thor, en los “martillos” de diversas instituciones, su más gráfico y adecuado simbolismo!

El ligar el preciso traba que antecede con otros semejantes, tales como los que sirvieron de base a Ricardo Wagner para sus maravillosos poemas de sus Dramas musicales, en especial para su Anillo del Nibelungo, nos llevaría hoy demasiado lejos.

Además, ya hemos tratado extensamente de ello en otra de nuestras obras, donde puede hallarlo el lector curioso.<sup>10</sup>

Dejemos, pues, esto, y pasemos a tratar de ese Velo de Isis, velo de Ilusión, que, de igual manera que le tuvo Thor en el Jardín de Utgard, le tenemos todos sobre los ojos de nuestras almas, impidiéndonos ver las realidades pasmosas de lo suprasensible, hasta que la iniciación en estas realidades, iniciación hecha siempre a base de símbolos, alegorías y parábolas no nos otorgue semejante dicha, digna, en verdad, más de dioses que de hombres.

## XIII

### La iniciación de Moisés

(Paráfrasis de los versículos 59 al 81 de la Sura XVIII del Corán, llamada también La sura de la Caverna)

Un día Moisés dijo a su servidor Josué, el hijo de Nun: “Te aseguro que no cesaré de caminar hasta que llegue por mi pie a la confluencia de los dos mares, aunque sepa que tenga que caminar más de veinticuatro años”.

Partieron, pues, llevando un pescado para su alimento.<sup>11</sup> Al fin de un penoso e inacabable caminar día tras día, llegaron entrambos a la confluencia de los dos mares, o sea del mar de Moisés, que es el mar de la ciencia exterior (exotérica o vulgar), y el mar de Dhul Karnein, que es el océano sin orillas de la ciencia interior o iniciática, por encima de cuanto pueden imaginar los hombres.<sup>12</sup>

Cuando Moisés y su servidor el hijo de Nun, hubieron llegado a la confluencia de los dos mares, aquél ordenó a éste:

—Hemos ya pasado demasiadas fatigas en el viaje. Sirvenos, pues, de comer.

Josué, obediente, cogió su marmita con agua y puso en ella para que se cociese el pescado que llevaban como alimento. Pero, no bien el agua empezó a hervir, cuando el pez, que llevaba mucho tiempo muerto, revivió y saltó presuroso de la marmita, escapando a unirse con sus congéneres de la confluencia de entrambos mares que tenían enfrente.

—Este es el signo que yo esperaba —exclamó gozoso Moisés—. Aquí es donde se me ha dicho que habré de encontrar a Aquel a quien busco como al imán el hierro, desde hace tanto tiempo.

---

<sup>10</sup>BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, t. III, Wagner mitólogo y ocultista.— El Drama musical de Wagner y los Misterios de la antigüedad.

<sup>11</sup>Este pescado es el ichthus, el signo zodiacal de los peces que sirvió de simbolismo y contraseña de reconocimiento recíproco a los primeros cristianos, como todavía se ve dibujado en las Catacumbas. El completo desarrollo de este detalle simbólico es muy complejo.

<sup>12</sup> Nada tiene de irrespetuoso para con la excelsa personalidad de Moisés, el que el Corán le suponga así buscando a un maestro más sabio aún que él, puesto que la misma Biblia le supone iniciado por Jetro el madianita, como veremos luego.

En efecto: apartándose un poco a un lado, y por especial disposición del Señor, se encontró Moisés con uno de los mayores servidores de éste, hombre de suprema ciencia e insuperable virtud, que desde luengos tiempos le aguardaba.

— ¿Permites que te siga? —dijo Moisés al Desconocido luego que, lleno de veneración, se hubo posternado largo rato ante él.

—Si lo deseas, puedes hacerlo —replicó el Sabio desconocido—, pero, mucho me temo que no has de tener la paciencia bastante para permanecer conmigo. ¿Podrás, en efecto, soportar en silencio muchas cosas cuyo verdadero sentimiento comprendas a primera vista?<sup>13</sup>

—Si el Señor quiere —insinuó humildemente Moisés— me hallarás perseverante siempre y yo jamás te desobedeceré.

—Pues bien —terminó el Desconocido Maestro—, si estás decidido a seguirme no me interrogues acerca de nada de que yo no te haya hablado primero.

En el acto se pusieron en marcha maestro y discípulo. Aquél embarcó en una barquita haciendo a éste que le siguiese, pero, ya lejos de la orilla, le echó a pique. Moisés, entonces, no pudo menos que preguntar:

—Maestro, ¿me puedes decir por qué ejecutas tan extraña acción?

—Veo con dolor —replicó éste— que efectivamente careces de la debida paciencia para permanecer conmigo.

— ¡Oh —Maestro—; no me vituperes ni me impongas, te ruego, obligaciones demasiado difíciles de soportar!

Un poco más allá, en el camino, encontraron los viajeros a un joven de grandísimo mal aspecto. En el acto, el Desconocido se echó ‘sobre él y le mató. Moisés al ver aquello, no pudo menos de exclamar:

— ¡Oh, Maestro, al así matar a un hombre inocente que no ha matado a nadie, terno que hayas cometido una acción detestable a los ojos de Dios y de los hombres! ¿O es, por el contrario, que hay algo que justificarlo pueda?

— ¡Ya te dije que carecías de la suficiente paciencia para ser mi discípulo! —contestóle, disgustado, el Maestro.

— ¡Perdonadme, una vez más, que será la última! —murmuró Moisés humildemente.

Siguieron, pues, caminando entrambos hasta que llegaron a las puertas de una ciudad, cuyos habitantes se negaron a recibirles, al tenor de las leyes de la hospitalidad hacia todo viajero. El Desconocido advirtió a Moisés que los muros de la ciudad amenazaban ruina, y éste, sin poderse contener, prorrumpió en estas frases:

—Aunque réprobos, oh Maestro, ¿cómo consientes que siga así el muro de la ciudad y caiga algún día sobre ellos?

El Desconocido paró en firme la marcha, diciéndole severamente a Moisés:

— ¡Ha ocurrido igual que te pronostiqué! Como ya me llevas preguntando tres veces, en contra de lo convenido, aquí mismo habré de dejarte, pero no quiero que juzgues mal de

---

<sup>13</sup>De aquí el nombre oriental de Guru, dado a todos los instructores. Guru, en efecto, equivale indistintamente a “pescado” y a “maestro”.

mí por lo que llevo hecho, si no te contesto a tu insana curiosidad... Sábetete, pues, que hundí el barco, porque si de allí a pocas horas le hubiesen tenido sus dueños y se hubiesen hecho con él a la mar, habrían caído irremisiblemente en manos de los piratas que merodeaban por aquel sitio y les hubieran ahorcado. En cuanto al joven, le maté porque él había antes matado injustamente a otro y se disponía a matar a un segundo y un tercero y al ir a parar de un modo fatal a manos del verdugo le habría causado muchos mayores sufrimientos, aparte de la inmensa vergüenza que sobre toda su familia, que son creyentes sinceros, habría caído al así expiar sus delitos. Dios en recompensa les dará a los padres un hijo mil veces mejor que el que han perdido. Por lo que respecta, en fin, a la muralla, te diré tan sólo que apoyada en ella está la casa de unos pobres huérfanos y bajo su suelo yace un gran tesoro escondido por su padre y que el Señor no piensa devolverles hasta que, entrada ya la pubertad, se aseguren más en la virtud... Si los de la ciudad hubiesen sabido lo del muro ruinoso, le habrían derruido enseguida para rehacerle y entonces el tesoro depositado entre él y la casa habría sido para otros, o bien les habría anticipado unos años a los huérfanos la riqueza que con ello les aguarda y ellos entonces habrían cambiado, débiles, la senda de la virtud por la del vicio... He aquí, pues —concluyó el sabio, al par que desaparecía como tenue humo a los ojos de su discípulo—, las cosas cuya explicación no has sabido esperar con la paciencia debida...

—He aquí, pues, también —exclama el Señor Omnipotente, cómo yo tengo siempre arcanos de insondable sabiduría cuando parece que con mi Diestra descargo todo mi Poder sobre los mortales, quienes creen recibir así un gran daño en lo que, a la larga, no es, la más de las veces, sino un grandísimo, un inapreciable beneficio!

## COMENTARIO

El pasaje que antecede acaso es el trozo del Corán de un carácter oriental más definido, hasta el punto de que parece arrancado a las leyendas parsi-hindúes de Las mil y una noches. Por otra parte, el abolengo hebreo-egipcio del mismo salta a la vista con sólo cotejar el texto coránico con los capítulos I y II del Exodo; en los que se nos cuenta la iniciación de Moisés, el caudillo hebreo que sacó a su pueblo de la esclavitud a que le tenían sujeto los Faraones.

Para terminar estas sugestivas materias jinas e iniciáticas, transcribamos el pasaje coránico relativo al Velo de Isis y a Dhul Karnein el Adepto árabe, maestro acaso de Mahoma al par que Djebr-er-Rumi, Salman, Yesar y otros.

Este último capítulo, en efecto, aludido sin duda en el pasaje transcrito del Corán, dice así:

Cuando ya Moisés era crecido, vio la aflicción de sus hermanos..., y mató a un egipcio que golpeaba a uno de ellos.

...Informado Faraón del caso, mandó matar a Moisés, el cual, huyendo de su presencia, habitó en la tierra de Madjam y sentóse junto a un pozo.<sup>14</sup> Y el sacerdote de Madiarn tenía siete hijas, que vinieron a sacar agua. Habiendo, pues, venido

ellas al pozo para sacar agua y llenar los dornajos, deseaban dar de beber a los ganados de su parte, sobrevinieron unos pastores que las echaron. Entonces, levantándose Moisés y defendiendo a las muchachas, dio de beber a las ovejas de ellas... Y contándolo éstas a su padre, el padre dijo: “¿En dónde está ese hombre? Llamadle para que coman pan”. Y Moisés juró que habitaría con él, y tomó por mujer a Sephora, su hija. La cual le dio un hijo, al que llamó Gersám, diciendo: “Peregrino fui en tierra ajena”; y después otro, a quien llamó Eliezer, diciendo: “El Señor es mi ayudador, pues que me libró de las manos del Faraón”. Y al cabo de mucho tiempo, murió el rey de Egipto y gimieron oprimidos los hijos de Israel... Y como Moisés apacentase las ovejas de Jethro, su suegro, llevó el ganado al interior del desierto, llegando hasta Horeb, el monte del Señor. Y se le apareció el Señor allí, en llama de fuego, en medio de una zarza que ardía y no se quemaba. Dijo, pues, Moisés: “Iré y veré esta gran visión de la zarza que arde y no se quema”. Y viendo el Señor que caminaba para ver, llamólo de en medio de la zarza y dijo: “¡Moisés, Moisés!” El cual respondió: “¡Aquí estoy!” Y el Señor dijo: “No te acerques acá sin desatar el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás, tierra santa es”. Y añadió: “Yo soy el Dios de tus padres: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”. Moisés cubrió su rostro, porque no se atrevía a mirar cara a cara al Señor. Y éste le dijo: “He visto la aflicción de mi pueblo, y conociendo su dolor, he descendido para librarle de manos de los egipcios y sacarlo de aquella tierra a otra tierra óptima y espaciosa que mana leche y miel...” Luego, para testimonio de los poderes de que le ha investido el Señor a Moisés, aquél le dice a éste que extienda la vara que lleva en su mano; la que al punto se convierte en una serpiente, hasta que, cogiéndola Moisés por la cola, tomó a su primitivo ser.<sup>15</sup> Con dicha “varita mágica” se presenta Moisés a Faraón para conminarle a que deje

<sup>14</sup> Este pozo, como aquellos otros célebres por las contiendas entre Isaac y Abimelech y el de Eliezer y Rebeca (Gen. XVI y XXVI), igual puede ser tomado en el sentido literal de abrevadero o depósito de agua, que en el simbólico de “fuente de agua viva”, “pozo del agua viva de la Sabiduría” o “lugar de iniciación”, en fin. No vamos a repetir aquí lo que respecto de tales pozos decimos en otro lugar; pero sí consignaremos que dicho pozo de los madianitas, debe tomarse más aún en el sentido figurado que en el meramente literal, desde el momento en que la redacción del texto nos habla a renglón seguido de Jethro, el suegro e iniciador de Moisés, cual si dijese: “Habité Moisés en la tierra de Madiarn; sentóse junto a un pozo para beber las aguas de la Sabiduría; y el sacerdote de Madiarn, que en esta Sabiduría k inició, tenía siete hijas”, etc. Por supuesto que lo subrayado no está en el texto hoy, como no están tantas otras cosas.

<sup>15</sup> Por supuesto que esto último, aun entendido literalmente, no es sino la entrega que hace el Señor a Moisés de la célebre Vara de Es-culapio, o séase del Caduceo de Mercurio-Hermes, consistente, como es sabido, en dos serpientes enroscadas sobre el palo vertical de la tau o T, la primitiva forma de la cruz; la serpiente buena, o Agathodaimon, y la mala, o Cacodaimon, que luego vemos presentarse en la subsiguiente escena de Moisés con los también Iniciados magos faraónicos, en representación de la doble Ciencia del Bien y del Mal, o sea de los dos Senderos de la Diestra y de la Siniestra. Moisés, como discípulo de Jethro, el Adepto madianita cuyos ganados o “fieles” apacentaba, iba investido. al comenzar esta escena con la consabida “varita de virtud” o “de los siete nudos”, que el Maestro da al discípulo en Oriente, según puede verse por las grutas y selvas del Indostán y en otros lugares.

En cuanto a la tierra prometida que mana leche y miel, y para prueba de que las enseñanzas tradicionales mosaicas o cábala recogida en el Pentateuco, eran idénticas a las de todos los mlechas o europeos, no hay sino recordar las tradiciones y cantos de los bardos, a los que aludimos en De gentes del otro mundo (pág. 4 y siguientes), cantos sublimes, alguno de los cuales dice: “Bermond es el paraíso

en libertad a su pueblo para que, a través del desierto, sea conducido por él a la tierra prometida, cosa que no consigue del monarca, a pesar de todos los prodigios que con aquélla opera y de las terribles plagas que desencadena sobre aquel pueblo de corrupción, símbolo adecuado de cuantos perversos tratan de impedir sobre la Tierra, que los justos consigan hacer retornar a ella el Reinado del Ideal, verdadera tierra que nos está prometida después que, abandonando “el mundanal ruido” y atravesando el desierto de todas cuantas tribulaciones se oponen al progreso del justo camino de dicho “Reino de Dios”, abandonemos este mundo con la muerte y nazcamos así a una nueva vida en que “la perpetua luz de la Verdad” (ex lux perpetua luce ad ets) sea felizmente con nosotros.

Volviendo al pasaje coránico objeto fundamental de este comentario, conviene consignar también que la promesa que Moisés hace en él a Josué de “no cesar de caminar hasta llegar por su pie a la confluencia de los dos mares”, no se refiere como creen los comentaristas a “la confluencia” de los mares del Ponto y de Persia, o sea al inmenso territorio regado por el Tigris y el Eufrates, sino a la confluencia de este mundo con el del otro, o sea a las fronteras mismas del conocimiento profano con el conocimiento secreto o iniciático, al *ultramare vitae* que reza la célebre leyenda de La Conquista de Ultramar, tan en boga a fines de la Edad Media y antes de que América fuese descubierta. El signo que Moisés tenía de que había llegado al fin tan feliz momento de arribada a dicho límite es el mismo que aparece en el mito de El Príncipe de las Islas Negras en Las Mil y una Noches, es a saber que en uno como en otro, el pescado que va a ser condimentado para comida de los viajeros, salta inopinadamente de la cazuela al nuevo mar de •donde antaño fuese sacado, y se une a sus compañeros. Un instante después aparece en efecto a Moisés, su desconocido Maestro, que no es sino uno de tantos adoctrinadores sublimes en la Sagrada Ciencia, cuyo prototipo más antiguo entre los caldeos— los antecesores o instructores del pueblo semita— es el célebre Pez Oanes o Dagón, el incoercible Prometeo de los griegos.

Y aquí salta otro detalle preciosísimo que tampoco es para ser pasado a la ligera, a saber: el del sigilo iniciático, que en otras leyendas, como en la misma *çel* Paraíso y su fruta prohibida, se ha denominado el de la curiosidad por muchos doctos.

Moisés, en efecto, según la leyenda adoptada por Mahoma, es puesto a prueba de silencio como entre los pitagóricos, con desfavorable resultado según el texto de la hermosa sura, toda vez que en ella el Desconocido echa a pique una barquilla, a su presencia mata a un inocente hombre y deja impasible a otros muchos bajo la amenaza de un enorme peligro, con todo lo cual, el neófito Moisés no puede resistir a la curiosidad de que se le expliquen tamaños aparentes absurdos, absurdos realizados por el Maestro, que no son, a su ver, sino el triple símbolo de la acusación que el mundo profano suele lanzar contra la magia, que, según él, va contra la salud y la tranquilidad material de nuestro cuerpo: —la barquilla fragilísima en la que cruzamos las aguas del proceloso mar de nuestra vida—, va también contra la bestia humana en sus pasiones todas: —“el mar encarado joven” a quien el Maestro asesina—; y va, en fin, aparentemente contra toda la Humanidad desde el momento que, siendo omnipotente la magia en comparación de la consabida debilidad humana, no se digna, sin embargo, compadecerse lo más mínimo de nuestras necesidades materiales ni de nuestras consabidas miserias de muerte, enfermedad y dolor... Moisés cae y sucumbe en la prueba porque olvida esa

---

terrestre del ensueño, la dulce comarca de los avellanos escarlata”, etcétera.



suprema ley de Justicia trascendente, Karma o Destino, contra la que no pueden ir ni los hombres ni los dioses.

## XIV

### El Velo de Isis y Dhul Karnein el Maestro

(Paráfrasis de los versículos 82 al 110 de la sura XVIII  
del Corán)

Cuando las gentes ¡oh Profeta de Alah! te interroguen acerca de la verdadera historia de Dhul Karnein, o el “Iniciado de los dos cuernos de luz”, diles lo siguiente: -

Viendo el Señor la gran ciencia y virtud de Dhul Karnein, lo consolidó en los poderes que en la Tierra había adquirido y le dio cuantos medios eran necesarios para que realizase a voluntad todos sus deseos como hombre que inspiraba absoluta confianza de que de tales poderes jamás llegaría a abusar.

Caminó, pues, Dhul Karnein hasta que hubo llegado a los extremos países de Occidente donde vio ponerse el Sol tras unas aguas cenagosas, junto a las cuales halló establecido a un pueblo. El Señor, cuando aquél llegó a la vista del expresado pueblo, le dijo a Dhul Karnein:

—Puedes, según tu arbitrio, castigar a ese pueblo por sus infinitos crímenes, o bien tratarle con plena generosidad...

—No, no les castigaré por lo que lleven hasta aquí hecho,  
—contestó Dhul Karnein— pues que eso sólo a ti te está reservado ¡ oh Señor que conoces hasta los más secretos pliegues de los corazones de los hombres y su innata debilidad! Quienes de entre ellos, haya obrado y obre el bien, le daré recompensa y órdenes las más fáciles de ejecutar.

Otra vez Dhul Karnein siguió la ruta opuesta a la primera encaminándose en derechura hacia las regiones donde nace el Sol,<sup>16</sup> y el Señor le dijo:

—He aquí un pueblo de justos a quienes les hemos dejado en descubierto, expuestos a recibir todó género de malas acciones de por parte de aquel otro pueblo impío de Occidente que antes te he hecho ver y que le he sometido a tu completo arbitrio.

—Señor, ciertamente, yo conozco a cuantos residen en él, porque hermanos míos son todos ellos desde hace siglos de siglos —respondió palpitante de amor hacia ellos el sabio Dhul Karnein.

Este, en fin, siguió su ruta otro día, y llegó a .dos diques a cuyo pie habitaba un tercer pueblo que apenas si entendía idioma alguno que se le hablase. Los otros pueblos le dijeron llenos de congoja:

—He aquí ¡ oh Dhul Karnein! las gentes criminales de Jadjudj yMadjudj, eternos perturbadores de la Tierra con sus crímenes.<sup>17</sup> ¿Serías tú tan bueno con nosotros, que

---

<sup>16</sup> Por supuesto que estas frases relativas a los viajes de Dhul Karnein, son a la vez reales y simbólicas: lo primero, porque se refiere tanto a los viajes de instrucción que por todo el mundo conocido realizaban los griegos y romanos cultos, para completar su educación, como a esos otros viajes “iniciáticos” tan característicos entonces como hoy a ciertas iniciaciones. Lo segundo, porque siendo el apelativo de Karnein una derivación del Apolo Karneios de los Misterios, los tales viajes del Maestro no son, a su ver, sino el simbolismo de las peregrinaciones o ciclos de las almas, del Sol a la Tierra para caer en el nacimiento físico y de la Tierra al Sol después de la muerte.

mediante una recompensa levántase una gran barrera y nos aislases así para siempre de ellos?

—El poder que me’ concede mi Señor —respondióles el sabio— es para mí la mayor, la única recompensa. Ayúdame, pues, todos con celo y yo levantaré para siempre una barrera infranqueable entre ellos y vosotros. Traedme enseguida grandes moles de hierro, cuantas sean precisas para colmar este valle que separa a vuestra montaña de su montaña. Soplaré al punto un gran fuego. Traedme, además, mucho bronce para que lo eche encima y lo funda.

Hízolo en el acto Dhul Karnein como lo había dicho, por obra y gracia del poder de Alah el Misericordioso y desde aquel momento ninguno de los de la hueste nefanda de Jadjudj y Madjudj pudieron escalar ni perforar aquel gran muro. Sus acciones desde entonces fueron vanas y no tendrán ningún peso en favor de ellos en el día de la resurrección.<sup>18</sup>

## COMENTARIO

Para que no pudiese seguir cabiendo duda acerca del significado de los versículos anteriores, los versículos 82 al 110 de la Sura de la Caverna iniciática nos dan los más curiosos antecedentes, no sólo acerca de Dhul Karnein o el de los cuernos de luz,<sup>19</sup> y sus grandes poderes para realizar toda clase de mágicas maravillas, sino que nos describe puntualísimamente las tres clases de gentes o pueblos que moran la Tierra, a saber: a) el pueblo de los malvados, los constantes obradores del crimen; los perseguidores de toda virtud a los que el Maestro perdona clemente habida en cuenta su innata debilidad; b) el pueblo de los justos, de los que siguen la primitiva Ley o Religión Sabiduría primitiva, es decir, el pueblo de Oriente o pueblo ario, y c) un tercero y misteriosísimo pueblo fina, del que nada diremos aquí por haberle consagrado dos extensos libros,<sup>20</sup> pueblo que acaso está dividido también como el de los hombres, en gentes buenas, o de la derecha, y gentes perversas, o de la izquierda, que es a quienes alude finalmente el texto coránico en la Sura dicha, cuando dice que el sabio Dhul Karnein ayudó a alzar una infranqueable barrera entre ellos y nosotros.

Esta curiosísima barrera que nos aísla así del mundo de los jinas o genios, es cosa más que real según todas las apariencias, y conviene que nos fijemos una vez más en ella para la perfecta comprensión de la Sura que nos ocupa. De semejante barrera se ocupan entre otros Aristófanes en su poema Las Aves; H. S. Olcott en su Oid Diary leaves y H. P. Blavatsky en Isis sin velo y La Doctrina Secreta.

Nos cuenta, en efecto, el gran comediógrafo griego, que en los tiempos de la Edad de Oro los hombres se comunicaban libremente con los dioses como el niño con sus padres, hasta que en el último día de aquella edad, las Aves, las Potestades del Aire, que

---

<sup>17</sup> Estos ángeles malos del Corán son los de God y Magod de la Biblia, amenazadores siempre del pueblo fiel. Véase sobre ello el Apocalipsis.

<sup>18</sup> Con esta frase se alude al peso de las almas “o sea el balance de las obras” buenas y malas en el día del juicio de las almas. Todavía y por influencia musulmana se suele representar en las iglesias de España con espada y balanza de Justicia al arcángel San Miguel.

<sup>19</sup> Sabido es que a todos los grandes Maestros se les suele representar en la iconografía con dos o tres cuernos de luz. Así se nos pinta al Maestro de Galilea; así también aparece en el Vaticano la gigantesca estatua del Moisés de Bounarroiti. La “aureola” de los santos tiene asimismo idéntico origen.

<sup>20</sup> El libro que mata a la Muerte, o libro de los jinas y el De gentes del otro mundo

diría San Pablo,<sup>21</sup> se interpusieron fatídicas entre el Cielo y la Tierra ni más ni menos que el mundo y las pasiones de la edad juvenil y acaban por romper ese dorado idilio de la infancia. Ni los dioses pudieron ya proteger a los hombres quienes tenían ya que bastarse a sí mismos, ni los hombres pudieron ya recibir de arriba sino rigores y amarguras, porque el eterno amor de aquéllos no nos llega desde entonces sino a través del odio de aquellos intrusos pajarracos. Esta es, desde entonces, la barrera infranqueable que durante nuestra vida física nos separa de las efectivas y resplandecientes realidades superiores.

“En el interior de la China —nos dice la Maestra H.P.B.— queda todavía un puñado de gentes de elevada estatura, restos de los aborígenes del país pertenecientes a la rama superior y última de la Cuarta Raza que alcanzó su más elevada civilización en la Atlántida, cuando la Raza Aria acaba de aparecer en Asia. Si pudieren ser correctamente traducidos los manuscritos más antiguos de esta raza aborigen escritos en lengua lolo, se obtendrían testimonios inapreciables; pero éstos son raros como ininteligible su lenguaje. Hasta ahora dos o tres arqueólogos han podido procurarse obras tan preciosas. Por ejemplo, en la traducción francesa del ShuKing se lee: “Cuando la raza antediluviana del Miao-tse se pervirtió por causa de los engaños de Tchyzen, toda la tierra se llenó de iniquidad; el Miao-tse —el culto iniciático— se retiró a las cuevas rocosas, según rezan nuestros viejos manuscritos, Chang-ty, un rey de la Dinastía Divina, que no es sino el Rey It —del que habla el capítulo último de nuestro libro De gentes del otro mundo— paseó su mirada por su pueblo sin hallar ya en él el menor rastro de virtud, por lo cual ordenó a Tchon-ya-ly que cortase toda comunicación entre el Cielo y la Tierra, cesando desde entonces las subidas y bajadas entre ambos mundos’. Esto último en esencia está representado también en el Libro de Enoch, en las visitas de los ángeles a Abraham y en la mística Escala de Jacob, del Génesis... Cuando, en efecto, los ‘vestidos de piel’, de que habla este último relatando la expulsión de Adán y Eva del Paraíso se hicieron más densos por el pecado físico, la relación entre el hombre físico y el etéreo se interrumpió. El Velo de la Materia se hizo demasiado denso entre los dos planos o mundos para que ni aun el mismo Hombre Interior que hay en nosotros pudiera penetrarle, y aquel vívido foco de luz de los Misterios del Cielo y de la Tierra revelados a la Tercera Raza lemur por sus Maestros Celestes en los días de su infantil pureza se debilitaron más y más al caer en las impenetrables tinieblas de aquellos precintos, degenerando primero en hechicería y luego en crueles religiones exotéricas llenas de superstición y de idolátrico culto al hombre o al héroe. Solamente un puñado de hombres primitivos —como el Dhul Karnein coránico— en quienes la chispa de la Divina Sabiduría ardía brillantemente permanecieron como los custodios de los Misterios revelados a la Humanidad por sus Maestros Divinos. La Doctrina Arcaica, igual que la tradición, ‘afirma que semejantes elegidos fueron el germen de una Jerarquía que vive desde entonces y que vivirá hasta el último día del mundo.’”

De aquellas fatídicas aves, en fin, interpuestas entre dioses y hombres encontramos reminiscencias y aun datos más o menos concretos en -múltiples y hermosos pasajes del Corán. El principal de ellos es el de la Sura CV, respecto de la que el comentarista Bravo nos dice:

“Eblis, el ángel rebelde, es considerado en el versículo 48, sura XVIII del Corán como un el-djinn, es decir, como un fina, como un genio intermediario entre los ángeles y los hombres, estando su origen y verdadera naturaleza tan vagamente definido en el libro

---

<sup>21</sup> Colossenses: XI, 15; Evheso: y, 12.

sagrado de los musulmanes como en los de todas las demás religiones. Algunos otros comentadores coránicos creen que es preciso considerar a Eblis como el padre de la raza de los genios, y ello, sin duda, no es sino una influencia de las enseñanzas parsis o hindúes.”

En este asunto, pues, añadimos nosotros, es donde se ve una de las características más notables del semitismo de judíos, cristianos, musulmanes y aun parsis, frente al arianismo o primitiva doctrina de la humanidad que habla de los devas, los resplandecientes (dioses y genios) como de algo protector, mu. y por encima de esta pobre y degradada humanidad nuestra, como algo, en fin, que es radicalmente opuesto al semitismo y a las tres típicas religiones que emanan de él.

Así, en la sura XVIII, y. 48 al 50 del Corán, se hace decir textualmente a Alah: “Cuando dijimos a los ángeles que se postrarnasen ante Adán, todos lo hicieron de buen grado, excepto Eblis, uno de los genios que así se sublevó contra el Señor negándose a tal adoración. ¿Tomaréis, pues, a Eblis y a su raza por patrocinadores, abandonándome? Ellos son, en verdad, vuestros enemigos... - Un día diré también a los infieles: ‘Llamad a mis pretendidos compañeros, a los que deputáis dioses’. Ellos, en efecto, les llamarán, pero éstos no responderán, pues que habremos puesto entre ellos y vosotros el valle de la destrucción”.

“En el mismo año del nacimiento de Mahoma, Abrahá, príncipe de la raza etíope que reinaba en Arabia, hizo una expedición contra la Meca con objeto de demoler el famoso templo de la Caaba y hacer refluir los pueblos que allí acudían hacia Sanán, capital de su reino. Según las tradiciones del país, conservadas religiosamente por los árabes y sancionadas por este sura, Abrahá perdió todo su ejército, atacados por los pájaros ababils que lanzaban dardos mortales contra los invasores. El elefante blanco que montaba Abrahá se arrodilló en señal de adoración cuando llegó a la vista de la Meca. A este año se le llamó el año del elefante. Sprengel en su Historia de la medicina, conjetura que los tales pájaros ababils, tan funestos para el ejército de Abrahá, no eran sino la sífilis y las pústulas. M. de Hammer (Gemallesal, 1,24), cita en apoyo de esta conjetura a un biógrafo de Mahoma que dice que la sífilis se presentó por primera vez en Arabia el mismo año del elefante.”

Respecto del Velo que “las Aves” tienen tendido sobre nuestros ojos, el versículo 48 de la sura dice: “Hemos recubierto sus corazones de envolturas, a fin de que no comprendan, y hemos echado en sus oídos peso”, y el 121 de la XX añade: “Dijo Alah al primer hombre y a su gente: ‘descended todos hombres y demonios del paraíso; sed enemigos eternos unos de otros y haceos una implacable guerra’.” No obstante dicho castigo, el versículo 69 de la sura XIX consigna esta promesa consoladora: “Juro por el Señor —dijo el profeta— que en aquel último día reuniremos a todos los hombres y a todos los demonios y los colocaremos arrodillados en torno de la .gehema de purificación”, y antes ha escrito (Sura XVII, y. 47): “Cuando leáis el Corán, nosotros correremos un velo entre vosotros y los que no creen en la vida futura, lo que equivale a decir: os colocaremos más allá del Velo...” porque (Sura XIII, y. 12), “aquellos que ansían contemplar la faz de Alah, que son constantes en la adversidad, que cumplen con exactitud la oración, que comparten con otros los bienes que nosotros les hemos dispensado y que borran sus faltas con buenas obras, éstos son los que entrarán con sus esposas e hijos que hayan- sido también justos, en los Jardines del Edén y allí recibirán continuas visitas de los ángeles que entrarán y saldrán por todas las puertas como en casa

suya...” “En cambio (Sura XIV, 3), los que prefieren la vida de aquí abajo a la vida futura; los que alejan a los hombres de la senda de Alah y procuran hacerle tortuosa y difícil, están en un extravío tristísimo bien distante de la celeste Verdad...” A fin de que reflexionen, Alah les habla a estos últimos por parábolas hermosas (ib. versículo 30).

Por último, del ave o mariposa de nuestra propia Psiquis, también nos habla el libro del profeta árabe, diciéndonos (Sura XVII, del Viaje nocturno a la celestial Jerusalén): “Hemos atado al cuello de cada hombre su pájaro correspondiente, y cuando vuele a la mansión celeste en el día de la resurrección le mostraremos un Libro (?) que hallará abierto ante su vista para que él, por sí propio, pueda echar su cuenta; es decir, vea cuál ha sido aquí abajo su conducta”.

Este celeste “pájaro” del Corán, no es, por supuesto, sino el cisne de la universal leyenda del Caballero Helias, Elías, Elí o Lohengrin, que puede verse en el capítulo VIII de nuestro Wagner mitólogo y ocultista, con cuantas asombrosas concordancias le ligan al mito de todos los demás países.

Para dejar ya, que no terminar esta inacabable materia coránica, el lector nos permitirá consignar lo que en la Sura LXXII nos cuenta el Profeta respecto de los Genios o Jinas. Ello concuerda con lo universal de la enseñanza religiosa esotérica o iniciática, según nos enseña el Buddhismo al decirnos que el Buddha fue instructor de dioses, de demonios y de hombres, y el Cristianismo al decir que los frutos de la obra del Cristo alcanzaron “al mundo-universo”.

## XV

### Los genios

(Sura LXXII del Corán)

1. Me ha sido revelado que algunos GENIOS que se pusieron a escuchar la lectura del Corán, exclamaron: “¡He aquí que hemos oído una extraordinaria lectura!”<sup>22</sup>
2. “Una lectura que conduce a la verdad, y en la que creemos, y no asociaremos ya ningún otro ser a Alah nuestro Señor”.
3. “El —que su nombre sea bendito— no tiene ni compañero, ni hijo”.
4. “Cierta día, uno de los nuestros, como insensato que era, profirió extravagancias respecto del Señor”.

---

<sup>22</sup> “Poco antes de su huida de la Meca, desesperado Mahoma de convertir a los de esta ciudad, se trasladó a la de Taief para predicar allí el nuevo culto. Los habitantes de Taief le recibieron muy mal, pero, en cambio, dicen los historiadores musulmanes que una tropa de genios que se hallaba así y que oyó las enseñanzas del Corán, creyeron la doctrina del mismo y la propagaron entre los genios. Los genios, según los musulmanes, son una raza intermedia entre los ángeles y los hombres. Los comentadores de esta Sura, apoyándose en la circunstancia de que Mahoma no vio a estos genios, sino que le fue revelada por Dios su presencia, creían que los genios no son sino las almas de los muertos. Semejante interpretación, sin embargo, no está de acuerdo con otros pasajes del Corán, que dicen claramente que los genios se reproducen igual que los demás seres creados.” —Nota de García Bravo.

5. “Nunca, en verdad, sospechamos que hombre ni genio profiriesen jamás mentiras contra el Señor.”
6. Es cierto que algunos individuos de entre los humanos, han buscado su refugio cerca de algunos genios; pero esto no ha hecho sino aumentar su gran locura.
7. Semejantes hombres creían como vosotros antes, ¡oh fieles genios!, que el Señor a nadie resucitaría.
8. Hemos tocado en nuestro vuelo al cielo,<sup>23</sup> pero le hemos hallado lleno de guardianes fuertes y erizado de dardos ardientes.
9. Hemos estado sentados en asientos para escuchar lo que allí pasaba, pero quien quiera escuchar en lo sucesivo, hallará el dardo ardiente que le acechará para herirle.
10. No sabemos si ello era por una fatalidad que pesaba sobre los habitantes de la Tierra, o bien si el Señor, al obrar así, quería obligarlos a marchar por el recto sendero.
11. “Entre nosotros —dicen los genios— hay genios virtuosos y otros que no lo son y además estamos divididos en varias especies.”
12. “Hemos reconocido que no podríamos debilitar el poder del Señor con nuestra huida.”
13. Tan pronto como hemos oído leer el Libro de la Dirección (o el Corán), hemos creído en El y todo el que crea en Alah no debe tener afrenta ni daño.
14. Hay entre vosotros verdaderos musulimes u hombres que se abandonan a la voluntad del Señor y los hay que no. Todo aquel que se abandona a Alah prosigue la ruta verdadera.
15. Y los que se alejen servirán de alimento al fuego de la gehema.

## COMENTARIO

En la hermosa Sura que antecede se presupone y da por cierta la existencia de ese pueblo hipotético de genios o de jinas a los que nos referíamos en el comentario al epígrafe anterior como a un tercer pueblo, distinto, tanto del de los hombres justos, como del de los injustos que habitan en la superficie terrestre. Aun las gentes de dicho tercer pueblo, ante la lectura del Corán o sea del Libro de la Rectitud o de la Ley, también se dividió en genios fieles y buenos, por un lado, y en infieles o perversos, por otro.

A este lugar, pues, deberíamos traer algo de lo mucho que acerca del repetido e hipotético pueblo llevamos en otra parte escrito.<sup>24</sup> Pero como el lector puede encontrarlo allí más por extenso, obviaremos repeticiones.

Es muy interesante, sin embargo, hacer notar en la Sura que ahora nos ocupa, la clara alusión que ella hace respecto de “los que venden su alma al diablo”, que se decía en la Edad Media, o sea de aquellas gentes locas que, apartándose de la línea recta y del propio esfuerzo redentor que tenemos que hacer nosotros mismos “han buscado refugio —consigna el texto coránico— cerca de algunos genios aumentando con ello su locura”,

<sup>23</sup> Se refiere a la Sura XVII o Viaje nocturno cuando el profeta se vio arrebatado desde el templo de la Tahaba a la Celestial Jerusalén.

<sup>24</sup> Véase El libro que mata a la muerte, o libro de los jinas.

es decir, que se han consagrado ciegamente a la hechicería y comunicación con los supuestos “espíritus”, por medio de las ciencias ocultas o malditas.<sup>25</sup>

No deja de ser curiosa, asimismo, la alusión del versículo 11 acerca de que los genios están divididos en multitud de especies, según ha afirmado siempre la literatura cabalística que nos habla con tantos detalles, por boca, por ejemplo, de Paracelso, acerca de los genios de las entrañas terrestres o gnomos; de los bosques (faunos y hadas); de las aguas (ondinas, napeas, dríadas, hamadriadas, etcétera); de los aires (o sílfides) y del fuego (o salamandras), etcétera, y de cuyas gentes, reales aunque invisibles, están llenas las leyendas, según al pormenor consignamos en numerosos capítulos de El tesoro de los lagos de Somiedo, y en el capítulo VI de De gentes del otro mundo, a los que, por tanto, nos remitimos.

Concordante con todas estas cosas, que deben ser ciertas mal que le pese a nuestros escepticismos positivistas, surge poderoso el tema de la curiosidad, alma de tantísimas y tan sublimes leyendas de todos los tiempos y países, desde la de Eva, comiendo la manzana del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, hasta la de Psiquis de Apuleyo y las obras de Wagner, pasando por mitos tan deliciosos como los aludidos.

Porque el dilema es éste:

Siendo el hombre un manú (de man, raíz de la palabra hombre en tantísimas lenguas), su ley, como llevamos visto, es la del desarrollo continuo e insaciable de su mente merced a la adquisición de conocimientos. Esta inextinguible sed de conocer, esta ansia de curiosidad, es un deseo indeclinable contra el que nada puede oponerse. ¡Y, sin embargo, la ignorancia en sí es como una pérula protectora, un velo de suprema piedad tendido por la misericordiosa Naturaleza ante nuestros ojos, para retrasar todo lo posible la llegada del momento terrible del Conocimiento, que nos ha de traer aparejada la responsabilidad amarga de una difícil elección de senderos:

el que se ha llamado de la Derecha, o para bien, y el que se denomina de la izquierda, o para mal del hombre y de la Humanidad!

Sí, hay que repetirlo mil veces: el conocimiento en sí mismo no es malo ni bueno, como no es malo ni bueno por sí propio ningún instrumento, sino según el uso que de él se haga. El día de la adquisición de un conocimiento, de un descubrimiento: el de los explosivos, por ejemplo, es el día de una prueba más para la débil y egoísta humanidad, porque ellos, como cualesquiera otros, vienen para poner a prueba el temple de nuestras virtudes, pues que igual podemos aplicarlos a domeñar las resistencias naturales perforando montañas, explotando minas y allanando obstáculos, que a centuplicar los estragos de las guerras y los atentados a la vida y hacienda de semejantes nuestros... De aquí la condenación que el mito universal ha tenido siempre para la mera curiosidad, es decir, para la curiosidad que no va acompañada de un decidido propósito de

---

<sup>25</sup> Por eso la Maestra H. P. N. ha podido decir que las ciencias ocultas son el verdadero ocultismo o Ciencias de la regeneración de uno mismo por el esfuerzo de la virtud aunada al del conocimiento, lo que la luz de una pobre luciérnaga a la luz esplendorosa del Sol. Mahoma, pues, al igual de todos los Adeptos de la Buena Ley, censura duramente a tan desgraciados seres que así se apartan del recto sendero liberador, con las frases transcriptas, y define con toda precisión los terribles obstáculos que le salen al paso al imprudente que, con la ganzúa traidora de las “ciencias ocultas”, trata de abrir las cerradas puertas de la Ciudad del Misterio, “guardadas por celadores fuertes y erizado de ardientes dardos”, dispuestos a herir al imprudente que así se lance por el camino del conocimiento sin las previas dotes de una heroica virtud.

El que desee más datos acerca de esto, los puede hallar en el capítulo sobre “Imaginación, ocultismo y magia” de Páginas Ocultistas y Cuentos Macabros.



mejoramiento moral de o avance en la senda de la virtud, cosa que suele acontecer las menos veces, por desgracia nuestra, a lo largo de nuestra vida.

## XVI Harut y Marut

(Tradición talmúdica o judaica a la que se alude en el u. 36 de la sura II del Corán)

Toda la angélica cohorte de los cielos deploraba en presencia de Alah la terrible maldad y los vicios infinitos de los hombres, a pesar de estarles enviando el Señor continuamente a sus apóstoles y profetas.

Deseoso el Señor de dar una buena lección a los ángeles que tal hablaban, les ordenó que escogiesen entre ellos a los dos ángeles que deputasen como más adecuados para que bajaran a la Tierra a juzgar a los hombres. Estos dos jueces fueron dos ángeles de Babel llamados Harut y Marut que antiguamente habían enseñado a los humanos las artes mágicas.

Los dos ángeles descendieron en efecto a la Tierra, y durante mucho tiempo desempeñaron su misión a maravilla, haciendo reinar de nuevo la justicia en la Tierra, hasta que cierto día se les presentó en el tribunal Zohra o Venus, mujer de excepcional belleza a dar contra su marido determinadas quejas.

Los dos ángeles, al ver ante sí tamaña hermosura sobrehumana, quedaron a una presos de amor hacia ella, y hasta hubieran tratado de seducirla a no haber desaparecido ella tan inesperadamente como viniera.

Los ángeles de allí a poco trataron de volver a los cielos pero se encontraron con que la entrada les estaba cerrada a causa tan sólo de aquel mal pensamiento que habían tenido hacia la hermosa. No hay posibilidad de pintar el desconsuelo que les asaltó entonces a los dos infelices.

Pero como Alah al par que justo es clemente y misericordioso, se compadeció, al fin, de aquéllos, y gracias a la intervención de los demás ángeles en favor de los culpables, les dio a elegir como pena por su pecado, entre las penas perdurables del infierno y las de este nuestro mundo transitorio.

Los dos caídos optaron por lo segundo y desde entonces permanecen en Babilonia suspendidos entre el cielo y la tierra y allí continúan consagrados a la misión nefasta de tentar a los hombres.

Ellos enseñan al hombre la mala magia y la ciencia oculta, que había descendido de lo alto sobre los dos ángeles de Babel, Harut y Marut, quienes no instruían jamás a nadie en su arte sin antes decirles: “Nosotros somos la tentación, que puede hacerte llegar a ser infiel”. “Los hombres —añade el texto—, aprendían, en efecto, los medios de sembrar la discordia entre el hombre y su mujer, no lo que podía serles útil, y sabían que el que había comprado tal arte estaba desheredado de toda parte en la vida futura; ¡vil precio aquel por el cual tan incautamente se entregaron ellos mismos!... La recompensa por parte del Señor les hubiera resultado preferible.”

Sobre estas cosas se ocupan extensamente también las Suras XXVII, XXXIV y XXXVIII, y en algunos versos de ellas se hace alusión al poder mágico del rey Salomón, recordando una vez más la leyenda de que los demonios habían escondido debajo del trono de este rey, todos sus libros de magia, con los que había sujetado a su poder a genios, cosas y hombres.

## XVII

### El verdadero Señor

(El Corán.—Sura VI)

75. He aquí —dice el Señor— cómo hicimos ver a Abrahán el verdadero conocimiento.

76. Cuando la noche hubo rodeado a Abrahán en sus sombras, vio una estrella brillante y exclamó: “¡He aquí, mi Señor! ...” Pero la estrella desapareció y Abrahán se dijo entonces: “No, no es eterno lo que desaparece”.

77. Salió luego la Luna y se dijo Abrahán: “¡He aquí mi verdadero Señor!”, pero cuando la Luna se puso al cabo de una hora, pensó: “¡No, la Luna, que desaparece y cambia, no puede ser mi dueño!”

78. Salió, por fin, el Sol y Abrahán exclamó: “¡Este que ciega con su luz y apaga a todas las estrellas, éste sí que es mi Señor y dueño!” Pero cuando el Sol se puso a su vez, dijo a grandes voces a los suyos: “¡Oh pueblo mío: yo me declaro inocente del idolátrico culto que profesáis a los astros! ¡Yo vuelvo mi rostro sólo hacia el que ha formado a los Cielos y a la Tierra! ¡Yo soy verdadero creyente!”

#### COMENTARIO

He aquí uno de tantos puntos de coincidencia entre los grandes pensadores de la Humanidad, cuyas doctrinas son, en el fondo, idénticas, como enseña la teosofía.

“No es eterno lo que, desaparece”, dice Mahoma en el texto que antecede; “Todo es ilusión o magia, todo, excepto Atmán, el Espíritu Supremo”, agrega el Bhagavad Gita; “Somos como los eternos prisioneros que, de espaldas a la luz, toman por realidades las sombras que se proyectan en las paredes de su calabozo”, nos enseña Platón en su República, y Jesús, en fin, nos dice en el Evangelio de San Mateo: “No pongas tu tesoro en las cosas de la Tierra, que el tiempo forzosamente consume, sino en las cosas del cielo, que son imperecederas”.

Por eso el verdadero Señor del hombre es su conciencia moral, chispa emanada de la Divinidad, su Atmán, su Espíritu, su Cristo, su Mónada pitagórica que en el silencio y la oscuridad ultraluminosa de nuestro ser preside eternamente a todos los cambios de nuestras concatenadas existencias, y es como un corneta periódico que recorre su órbita, teniendo su afelio en la Tierra y su perihelio en el Sol...

## XVIII

### Arriba como abajo

o

Los doce trabajos de Hércules

(Canto Orfico)

1. Canto a la Vida Humana, verdadera, a la vida del Alma encarcelada en su cuerpo transitorio.
2. El Alma, la mariposa celeste que antes fue gusano y larva en viejo ciclo, perdió sus alas al girar una vez más la Rueda de la Ley y quedó aprisionada en la Materia para purificar y enaltecer a la Materia misma.
3. Y tuvo así el alma su primer trabajo: el de darse alguna cuenta de la ignorancia o avydia que la envolvía, para poder libertarse de ella.
4. Era ella entonces como un niño de pocos días, que quiere coger con su mano el mudable disco de la Luna.
5. O como el paria que es llevado de aquí para allá por la tiranía de sus pasiones, cual frágil barquilla con la que la onda juega.
6. O como aquel loco que trataba de apoderarse de su sombra, que no era sino él mismo.
7. Y el esfuerzo de la joven alma en este trabajo primero era como esos rayos de sol que pugnan por abrirse un débil paso por entre las nieblas del invierno.
8. Y el Sol del alma, comenzó así a lucir tímidamente en los cielos del Pensamiento, como el Sol de los cielos empieza a lucir fecundo tras nubes y lluvias y nieves en los albores de la primavera.
9. Y el alma volvió a empezar a amar, mas no podía definir bien qué era lo que amaba, ni dónde hallarlo, por consiguiente.
10. Con ello el alma tenía ya un anhelo y este anhelo constituyó en sí su segundo trabajo, más duro y mortificante que el primero.
11. Y el alma, de indefinible amor enloquecida, preguntaba doquiera ¿quién es y dónde está el amado mío?
12. Hasta que una vez, en respuesta a su pregunta, oyó esta voz en lo más íntimo de su ser, pero sin saber de dónde partía:  
“¡Yo soy tú misma y me llamo Misterio!
13. Y el alma, al oír aquella amada e inconfundible Voz, amó al Misterio, con amor imposible, porque si bien adivinaba al Misterio en todas partes, no le veía clara y distintamente en ninguna.

14. Y la persecución quimérica del Imponderable Misterio constituyó su trabajo tercero.
15. Hasta que, al fin de tan improbables como vanos trabajos, el alma empezó a comprender, que ella era la hija, la hermana, la esposa y la madre del Misterio mismo.
16. Entonces empezó ella a conocerse, rompiendo el dulce Velo de Isis que, como a crisálida, le envolvía.
17. Y el efectivo rasgado de este velo constituyó su trabajo cuarto, trabajo ante el cual los anteriores no fueron sino juegos de niño.
18. También notó el alma que la verdadera luz se hacía en ella a medida que ella iba iluminando a otras almas más jóvenes sumidas aún en la noche de la ignorancia, la pavorosa noche de avydia.
19. Y este fue el trabajo quinto, porque Cinco es el número del Pensamiento, como el Cuatro lo es de la Materia y el Tres del Espíritu.
20. Pero el alma entonces sintió sobre sí todo el peso de la Ley, porque al cargar así con las viejas culpas de las almas recién reencarnadas a quienes instruía, no parecía sino que empezaba a sostener, como Atlante, la mole ingente del orbe sobre sus hombros, porque ya, en vez de buscar el Sendero, se había transformado en el sendero mismo.
21. En el sufrido soportar de semejante carga, consistía precisamente el trabajo sexto.
22. Y el modo mejor de sacudirse de ella, después de satisfecha hasta agotarla, la Ley de Retribución, constituyó el trabajo séptimo, o sea el de elevar a las almas inferiores al alto nivel suyo.
23. Como la piedra al caer en el lago produce ondas cada vez de más amplitud y éstas, a su vez, otras al chocar con los obstáculos de la orilla, así vio el alma al final de estos siete trabajos bajo su esfuerzo, que la Rueda de la Ley comenzaba a dar una vuelta más, vuelta de la que ella venía a constituir un Centro de centros, como el Sollo es de la Tierra y la Tierra de la Luna.
24. Porque el alma más enaltecida entre todas aquellas almas, sus discípulas, comenzó el ascenso del camino de la liberación, como el niño que llegado ya a hombre funda para sí un hogar nuevo.
25. Por eso dijo el viejo poema de los Dhyáns, que el ala vieja se transformó en el ala nueva y en la sombra de esta nueva ala.
26. Pero de esta nueva evolución también era responsable ante la Ley de la Justa Retribución aquel alma primera y los siete trabajos de la vieja Alma instructora, se repitieron a partir del séptimo en otros seis trabajos análogos más.
27. Y al llegarse a este décimo tercer trabajo, el alma tuvo su apoteosis ¿epopteia.
28. Y se identificó con Ptha el Aliento de los Bergun, el supremo Espíritu que preside a los mundos...

## COMENTARIO

Los “himnos órficos” cantados durante los Misterios menores y base del más primitivo paganismo revelan a las claras su carácter oriental, puro y filosófico, antes de

que el paganismo degenerase para las masas en el grosero fetichismo y antropomorfismo en que le hemos conocido después.

La suprema ley de la Analogía resplandece en él como en todas las enseñanzas de su clase. En efecto, a medida que el alma humana, la divina Mariposa va alejándose de la ignorancia de la Tierra y acercándose a la suprema luz del Sol, su “invierno” o afelio psíquico va pasando a “primavera espiritual y a verano apoteótico”.

Y como el Sol cuando nace en el solsticio de invierno, ella se ve primero envuelta en las nieblas densísimas de la ignorancia o “avydia”, sepultada bajo las nieves de su místico amor hacia el nuevo y desconocido mundo que primaveralmente presiente en sus anhelos místicos de sus amores al Misterio, de la que ella no es sino la parte mayor quizá, porque como dicen los libros de Hermes, ella es la suprema Maravilla donde se han dado cita y enlace los elementos inferiores y los superiores del Cosmos.

Este punto medio o inferior del ciclo de los siete primeros “trabajos de Hércules”, es el más terrible, porque en él se ve el alma crucificada., y de él, con el trabajo quinto, ha de libertarse volando a los cielos del Pensamiento, que tal es el verdadero misterio de la Rosa en la Cruz...

El peso de la ley, o séase el Karma, que entonces empieza a gravitar sobre los hombros del neófito o “nuevo nacido”, hace de él ya un verdadero Cosmocrator, es decir, un efectivo colaborador en la obra del Universo. Por eso se dice de él, como de Atlante, que soporta un mundo sobre sus espaldas; ¡el mundo que ha de ser su propia obra en evones futuros!

Entonces, crucificada el alma en sus anhelos y esfuerzos, en verdadera “noche espiritual”, comienza la labor más titánica que darse puede; la de “nacer de sí misma”, rasgando el isíaco Velo que hasta aquí la ha envuelto piadosísimo en una rosada ilusión infantil, protegiéndole como las membranas que recubren al feto, y aun como el cuerpo de la madre misma protegen al que va a nacer en este nuevo mundo.

Y esa ley de Retribución, cuyo agotamiento completo constituye el trabajo séptimo, no es en el fondo sino una ley de Generación espiritual, ya que, como sabemos, dicha ley sexual es la más inferior de las siete del Misterio, ley que nos hace ser hijos primero y padres después, es decir, satélites antes de un sol principal y soles luego de otros satélites o “hijos” que vienen a girar en torno nuestro como nosotros girásemos antes en la órbita paterno-materna.

La “Rueda” da así una vuelta más, y, de simples “unidades” que antes éramos, pasamos ahora a “decenas” y “centenas”...

## XIX

### Los dos creyentes de Hieraím

(Viriato Díaz-Pérez.— Sophia, 1913)

En tierras de Hieraím había una vez un hombre santo que decía parábolas y curaba a los enfermos. Vivía en humilde choza, hacia donde se ven hoy las Cuevas del

Entierro, y no bajaba entre las gentes ni aun por alimentos, porque sabía buscarlos en el campo por sí mismo.

Y sucedió que un día los hombres religiosos de la ciudad descubrieron que el pobre de la choza enseñaba oraciones distintas de las suyas y hasta hubo algunos que creyeron oírle censuras contra los ricos que rogaban pidiendo a Dios “el pan nuestro de cada día”, mientras muchos fallecían de hambre en las calles... También advirtieron que no decía, como debe decirse, “venga a nos tu reino”, sino que murmuraba: “yo haré siempre, Señor, por acercarme a tus puertas”.

Como todas estas oraciones eran algo harto extraño, en los oídos de los hombres religiosos de Hieraím, difamaron al asceta y hasta hicieron subir gentes a poner aflicción en las puertas de la choza. Mas el anciano gozaba de la paz suprema del espíritu y el aura de sus nobles hechos le rodeaba, porque su vida anterior, que había recordado, había sido pura y sin mancha también y entre tales recuerdos flotaban las obras justas como los nenúfares en el lago tranquilo...

De su boca, sin embargo, no volvió a salir desde entonces predicación ni enseñanza alguna para los que se le acercaban, porque temía que sus sinceros dichos fuesen en los corazones de ellos dichos de división y de discordia.

Pero cuando en el silencio, de la noche, los desvelos aleteaban sobre su frente y se oían los aullidos lejanos de las fieras, se elevaban estremecimientos desde el fondo de su espíritu y en su mente latía compasión infinita...

\* \* \*

Y he aquí que cierto día llegóse al viejo asceta uno de los servidores del templo, enviado secretamente por los escribas. Y el servidor del templo habló al anciano acerca de las cosas del reino de Dios, vertiendo sátira para los “descreídos” y derramando mortal ponzoña. para “los orgullosos, los osados y los que abandonan el camino único...”

Mas el viejo de la choza le habló de la caridad sin esperanza de premio alguno, y de la bondad verdadera e intensa; de la bondad ignorada por todos. Hablóle también de la desgracia cuando se obstina en perseguir a un hombre, añadiendo que si la vida era grande, lo era sólo por el dolor... Díjole, en fin, que había ideas intensísimas y eternas como el mundo, y le habló de la Justicia Trascendente. Después, el anciano le dejó al visitante que leyera su Meditación, obrita que el asceta había escrito sobre hojas de palma y en arameo.

Sin lágrima alguna por su anterior soledad, y sí con augusto anhelo hacia otros mundos mejores, murió el asceta.

Y como un caminante al acaso llevara al llano la noticia de la muerte del asceta y la supiese el enviado de los hombres del templo, llegóse de noche a donde yacía el cadáver y le cerró los ojos... y lloró sobre él hasta que apuntó el día. Luego salió y cayó una fosa en la que depositó envuelto en su manto el cuerpo del viejo.

Y ya se disponía a marchar hacia el llano, cuando sus ojos se fijaron casualmente en los escritos de la Meditación, esparcidos desde la choza hasta la sepultura y por él hollados durante la noche, sin advertirlo...

Recogiólos todos con esmero y, sin leerlos, cayó para ellos una sepultura más honda al lado de la otra, porque no era conveniente en modo alguno que las gentes que

admiraron de lejos al solitario de Hieraím, supiesen por él que podía orarse “a solas y bien cerrada la puerta”.

Y como faltase ya muy poco para la oración de la mañana en el templo de Hieraím, limpió sus manos, arregló su túnica y partió apresuradamente al llano para no perder en el templo las primeras ceremonias diurnas de sus phariseos...

## COMENTARIO

Dentro de la eterna oposición de los contrarios filosóficos que mantienen el equilibrio de los mundos, el verdadero maestro se ve siempre sujeto entre su natural anhelo de enseñar lo que él ha aprendido, y el peligro de que sus enseñanzas, lejos de ser comprendidas y seguidas por los hombres inferiores, les hagan a éstos volverse contra el que él las aporta, al tenor del dicho de Jesús a sus discípulos de que no se dieses los tesoros del Reino de los cielos a los cerdos, a los perversos porque los pisotearían devorando después al propio instructor.

Hasceta de Hieraím había comprendido, además, que la obra es la verdadera oración eficaz, porque con ella uno se pide y otorga a sí mismo cuantas cosas esperase antes vanamente de un poder superior que está dentro de nosotros.

En efecto, el niño pide y el hombre maduro conquista, porque escrito está que los redentores no nos han redimido por sí propios, sino dándonos con sus enseñanzas, como el maestro de Hieraím, los medios eficaces para que nosotros, con nuestro esfuerzo, nos redimamos heroicos.

Pero la Humanidad es siempre niña, y por eso hasta el discípulo más avanzado de los que seguían al santo asceta, una vez que hubo depositado piadosamente en su fosa el cuerpo del sabio anciano, hizo igual con su doctrina salvadora, prefiriendo seguir con la vieja rutina y orar en público y farisaicamente para que un poder extracósmico le diese a él, mísera sabandija de la Tierra, lo que ya la misma ley natural le tenía asignado como lote de su evolución futura.

Y desde entonces esta doctrina permanece oculta, escondida en el fondo de los misterios de la Naturaleza y los mucho más hondos del humano corazón ¡Este es el “Templo sepultado” de que nos habla Maeterlinck!

## XX

## Brillante y Flor de Amores

(Adolfo Bonilla San Martín.— El mito de Psiquis)

Había en cierta aldea una pastorcita de extraordinaria belleza, celebrada en toda la comarca. Llamábase Flor de Amores, pero nada tenía de enamorada ni aun de amorosa, porque, a pesar de ser continuamente objeto de los requiebros de muchos gallardos mancebos, a ninguno quiso jamás, ni pudo nadie ufanarse nunca de haber obtenido señal de agradecimiento por sus obsequios.

En otro país, muy distante de aquel en que Flor de Amores vivía, reinaba un monarca poderosísimo, cuyo hijo, famoso por su apostura y por sus virtudes, era nombrado Brillante.

Un día, Brillante salió de caza, ejercicio que le placía mucho, y sucedió que, persiguiendo a un jabalí, alejóse demasiado de sus amigos y monteros, extraviándose en intrincado bosque. Anduvo errante algunas horas, sin hallar camino, hasta que, guiado por cierta luz que distinguió a lo lejos, llegó a un hato de pastores, que estaban calentándose junto a un gran fuego. Acogido amablemente Brillante, sin darse a conocer, participó a los pastores que había perdido el camino, y ellos se ofrecieron a mostrárselo al día siguiente, Invitándole a pasar la noche en el hato.

Echóse Brillante junto a la hoguera, e hizo como que dormía. Los pastores prosiguieron entonces la conversación que la llegada del príncipe había interrumpido, y hablaron con el mayor elogio de la belleza maravillosa de Flor de Amores, censurando el inexplicable desdén con que solía tratar a sus amantes.

Brillante, a quien el relato impresionó, pensó en ver por sí mismo si la hermosura de Flor de Amores era tan grande como decían y ansiaba que el Sol saliese para realizar un proyecto que había formado.

Cuando amaneció, Brillante despidióse de sus huéspedes, no sin que le indicaran éstos el camino que había de seguir para llegar a la capital, ni sin informarse bien de los lugares que Flor de Amores frecuentaba con su rebaño. Además, Brillante compró en el hato un traje completo de mayoral, con sus pantalones de cuero, sus abarcas, su cayado, su onda y su zurrón.

Después, en vez de ir a casa del rey su padre, ‘Brillante tomó el camino que derechamente conducía a la aldea de Flor de Amores y, antes de llegar, disfrazóse de pastor con la mayor propiedad. A la caída de la tarde, estando ya cerca de la aldea, vio un rebaño, y junto a él una joven pastora, a quien, por las señales que le habían dado, diputó desde luego por Flor de Amores. No hizo sino contemplar su semblante, cuando se sintió abrasado de amor. Y no fue menos profunda la impresión que Brillante hizo en Flor de Amores, la cual, desde el primer momento, sintió hacia el príncipe una inclinación apasionada, sin que se le ocurriese tratarle con el despego que tanto enojaba a sus otros adoradores.

En resolución, Brillante y Flor de Amores se hablaron, se acompañaron y se quisieron, y desde aquel día no sabían separarse uno de otro. Brillante olvidó a su Padre y a la Corte, y Flor de Amores no pensaba en nada sino en el hermoso pastorcito forastero.

Antes de unirse, Brillante exigió de Flor de Amores esta solemne promesa: que nunca indagaría quién era él, ni quiénes sus antecesores, ni de dónde venía, ni qué guardaba en su zurrón, porque, de lo contrario, se hallaría obligado a ausentarse, y Flor de Amores no le vería más. Ofreciólo así Flor de Amores, que no anhelaba otra cosa sino gozar de su querido pastor.

Pasado algún tiempo, Flor de Amores sintióse dominada por intensa curiosidad. Deseaba vivamente saber quién era y de dónde había venido aquel pastor, cuyo lenguaje y cuyas maneras se distinguían tanto de los de sus rústicos compañeros.

Cierta noche, de tal modo le preocupaba ese pensamiento, que no podía dormir. Levantóse con precaución, para no despertar a Brillante, y comenzó a pasear por el campo, meditando siempre en el misterio que a su amor rodeaba. “¿Quién será —decía para sus adentros— este pastor tan lindo, tan galante y tan bien hablado? ¿De qué tierras



habrá venido?... No es posible sino que se haya criado a lo señor, porque en nada, salvo en el vestido, se parece a los demás pastores del lugar. ¿Por qué me habrá prohibido preguntarle nada acerca de su origen? ¿Por qué no querrá que registre su zurrón? Sin duda es porque, silo escudriño, averiguaré lo que él no quiere que sepa yo... ¡Si me atreviese!... ¡Quizás él no se entere!... y, en todo caso, queriéndome tanto como me quiere, me habrá de perdonar!”

No pudiendo resistir a la curiosidad, entró de nuevo en la cabaña y se dirigió temblorosa al sitio donde Brillante colocaba su zurrón. Abrió éste con cautela, y lo que encontró, llenóla de asombro. Vio allí una corona magnífica de oro macizo y purísimo, adornada con soberbios brillantes y piedras preciosas: zafiros, rubíes, esmeraldas, topacios, etcétera.

Tal fue la sorpresa de Flor de Amores cuando contempló tamaña riqueza, que dejó caer de las manos el zurrón y se desmayó. Al ruido despertó Brillante, quien, al comprender que

Flor de Amores había faltado a su solemne promesa, levantóse airado y salió de la cabaña jurando no volver jamás allí.

En efecto, Flor de Amores no volvió a ver a su amante, y murió muy pronto de melancolía.

## COMENTARIO

Los mitos, dice Platón, son vehículos de grandes verdades, muy dignas de ser estudiadas, “y si esto es ciertísimo respecto de todos ellos, lo es muy en particular respecto del cuentecillo que acabamos de transcribir. Su misma sencillez le da un infalsificable sabor primitivo, prenda de seguras enseñanzas iniciáticas.

En efecto; los dos únicos personajes de él —Brillante y Flor de Amores— son de condición tan diferente como el Espíritu humano y el Alma humana a quien dicho Espíritu cobija. “De la misma manera como interpretamos la unión de entrambos —añade la Maestra H. P. B. —depende el que tome nuestra mente por el Sendero de la Derecha o el de la Izquierda. Lo primero acontece si se interpreta el mito en dicho sentido espiritualista, trascendente y purísimo; lo segundo sucede cuando, por el contrario, se toma el simbolismo de tal mito en el muerto sentido de la unión sexual” —“por grandiosa que ésta sea y por mucho que se la adorne con las galas de la imaginación y de la poesía”—. Desgraciadamente, desde las antiquísimas interpretaciones hechas en ciertas Brahmanas (o comentarios a los cuatro Libros de los Vedas) y en especial en la célebre Satapatha Brahmana, hasta las posteriores, tales como la fábula de Psiquis de Apuleyo, el Conde de Partinuplés, el Caballero del Cisne, las mentes de los hombres, con muy contadas excepciones, no han podido prescindir de Orientarse más o menos en el sentido segundo, haciendo verdadero una vez más aquello “del color del cristal con que se mira”, como si en el mundo espiritual no hubiese nada por encima de esa cruel, al par que admirable y deliciosa seducción del sexo, que nos ha hecho caer, engañados por dulce maya en la “cárcel” de este bajo mundo; que por la misma y dulce maya nos sujeta a lo largo de la ilusión de la vida, obligándonos a reproducirnos para que así caigan igualmente otros; y que, en fin, pone una venda de delicias con los fugaces gozares de esta terrena vida, prohibiéndonos investigar más allá con la eterna pregunta de ¿quiénes somos?; ¿a dónde vamos?, y ¿de dónde venimos?, cosas todas respecto de las cuales no

sólo permanece mudo el sexo, sino que amenaza con dejar a nuestra alma si osa hacerse tamañas preguntas en mayor soledad si cabe que Brillante dejara a Flor de Amores por lo mismo.

## XXI

### El Conde de Partinuplés

(Bonilla y San Martín.— Libros de Caballería)<sup>26</sup>

Meliora, emperatriz de Constantinopla, deseando contraer matrimonio con el hombre más digno por sus prendas físicas y morales de ser su esposo, envía mensajeros por todo el mundo, los cuales le dieron noticia de un conde, señor del castillo de Blés y sobrino del rey de Francia, que reúne todas las condiciones apetecibles. La emperatriz, que es peritísima en las artes mágicas, se traslada por encantamiento al lugar donde el conde reside, y se convence por sus propios ojos de la veracidad de los emisarios, después de lo cual, inspira a Partinuplés vehementísimo deseo de recrearse en la caza, y hace que, en una expedición de este género, el conde se extravíe y vaya a parar al castillo de Cabezadoire, donde ella le encanta y le toma invisible, sin que él pueda tampoco ver a persona viviente. Partinuplés está servido de todo cuanto ha de menester, pero no ve a ninguno de los servidores.

Llegada la noche, Partinuplés se acuesta con gran temor en un magnífico lecho, al que le guía una antorcha encendida. La emperatriz viene a él a oscuras y refiere al conde toda su historia, manifestándole que es emperatriz y señora de siete reyes, “e si vos queredes —dice— ser señor de mí e dellos, e si vos guardaredes los que vos mandare, lo cual es esto: que vos no curedes, ni fagades, ni busquedes pordonde descubrades mi cuerpo por me lo ver hasta que pasen dos años.” El se lo promete, y duermen juntos.

Así vivieron con gran placer el conde y la emperatriz en el castillo de Cabezadoire, hasta que el primero se ve obligado a ausentarse, con licencia de su amada, para ayudar al rey de Francia en la guerra que contra el rey Sornaquer mantiene y en que

---

<sup>26</sup> El autor, a su vez, toma la leyenda de la traducción más antigua española que es la publicada en Burgos por Juan de Junta en 1547.

Bonilla San Martín en su citada obra relaciona la presente leyenda, por un lado, con el mito de Psiquis, y por otra con el celeberrimo del Caballero del Cisne, Lohengrin, Helías, Elías, Grailus, Grailus, Grailus o Grail, mito este último que transcribiríamos aquí gustosos si no fuese porque ya le hemos comentado muy por extenso en los capítulos correspondientes de nuestro Wagner, mitólogo y ocultista, dado que el coloso de Bayreuth tomó dicho mito como base para dos de sus portentosos dramas musicales según nadie ignora: Lohengrin, Parsifal y la Tetralogía. La base de dichos mitos del medioevo parecen ser la Historia de la tierra de Ultramar, de Guillermo de Tiro (muerto en 1184), de donde derivó luego La gran conquista de Ultramar (del *ultramare vitae*, que no de continente físico alguno) con todas sus mágicas leyendas distribuidas en cinco partes llamadas respectivamente: La canción de Antioco, La de Jerusalén, Los cautivos o prisioneros, Helías (el Caballero del Cisne) y La infancia de Godofredo, verdaderas canciones perdidas de los bardos antiguos y remozadas según el gusto de la época, por esos primeros poetas provenzales que tenían no poco de iniciados, hasta que cayeron ora bajo la degradación trovadoresca y juglaresca los unos, y bajo la implacable persecución de la Iglesia los otros.

Asunto es éste que merecería por sí un extenso estudio, porque el actual movimiento teosófico tiene no pocos puntos de contacto con aquel tan tristemente malogrado de los trovadores que contó en sus filas a los entendimientos más exquisitos y las almas más nobles de su tiempo.

está a punto de ser vencido. Gracias al auxilio del conde de Partinuplés, el rey de Francia obtiene completa victoria, pero cuando piensa en regresar junto a la emperatriz para reanudar el placer interrumpido, su madre y su tío, valiéndose de engaños y trastornando su razón, le hacen contraer matrimonio con la sobrina del Papa. Luego que Partinuplés recobra el sentido, rechaza violentamente a su esposa y huye en busca de la emperatriz. Sin embargo, habiendo tenido que separarse nuevamente de ella para despedirse de los españoles que le habían ayudado en la guerra, un taimado obispo procura introducir en su ánimo la duda y la desconfianza, diciéndole que Meliora, aunque parezca mujer, no es sino un diablo que quiere perder su alma, y para que se convenza de ello, le dan una linterna encantada, a fin de que la esconda bajo la cabecera de la cama, cuando vuelva al castillo, y la saque cuando Meliora esté dormida, y así, si es realmente mujer, la verá, pero si es “pecado”, o sea demonio, nada podrá ver. Partinuplés conviene en ello y, tomando la linterna regresa a Cabezadoire.

Dejemos seguir el propio texto antiguo, que luego dice:

“E después que fue la tarde e la noche fue llegada, vido antesi dos hachas según que lo hauia acostumbrado, e fuesse para el palacio donde era la cama de la emperatriz, e assentose en el estrado que era en par de la cama, e no se quiso desnudar por la lanterna que no sabía donde la poner; e miro adonde estaría bien e pusola a la cabecera de la cama; e despues oyo los passos de la emperatriz, e despues fue llegada a la cama, desnudose los paños e lanzose en la cama... Durmiose la emperatriz de tal guisa que avnque la trauaran de la oreja no recordara. E desdeque vido el conde que estaua bien adormida, saco la lanterna que tenía a la cabecera de la cama muy sotilmente que no era osado dezir, e saco la candela que estaua en la dicha lanterna e descubriale los pechos muy quedo, de tal guisa que ella no lo sintio.

A tanto miraua su hermosura que no se hartaua de la ver, y estandola mirando, cayole vna gota de la cera en los pechos, ardiendo, de tal manera que la despertó; e desdeque la emperatriz se vido descubierta dió un grito muy grande diziendo:

“¡Valasme Dios e Santa Maria, como soy muerta! “, de guisa que se ouo de amortecer; e desdeque el conde vido que ella la havia visto, dio con la lanterna en el suelo de tal forma que la quebro, e comenzo de llorar el conde Partinuplés y maldezirse a si mismo, e a su madre y al rey de Francia su tio, e al obispo, e a quantos hauian seydo en el consejo. A poco de rato recordo la señora emperatriz, e comenzo de llorar e dezir assi: “¡Don traydor! En mal punto hezistes en que haueys hecho, que vos hare matar e hazer piezas en quanto el dia sea; que vos hauedes muerto a mi, deshonorado, que no era esto lo qu vos auia rogado que por este recelo vos no curase des de descubrir a mi. Agora veredes vos a mi e a quantos ay en mi ymperio sabran de mi deshonra.”

Partinuplés, antes que fuese el día, logró escapar del castillo gracias a Urracla, hermana de la emperatriz y, lleno de dolor, hace vida de penitente en una floresta donde re~uelve acabar sus días. Por fortuna, Urracla encuentra al conde y le comunica el perdón de la emperatriz, persuadiéndole a que vaya a tomar parte en el torneo que ha de celebrarse en Cabezadoire, y en el cual el premio del vencedor ha de consistir en la mano de Meliora. Después de varios incidentes (entre los que figura como principal la prisión de Partinuplés en Damasco), el conde interviene en el torneo y sale vencedor, casándose, por último, con Meliora, y llegando a ser así emperador de Constantinopla.

## COMENTARIO

En la precedente leyenda acontece una cosa muy singular: Meliora, la protagonista, la dama de este efectivo caballero andante que se llama el conde de Partinuplés o más bien de Parténope, no aparece con la desinencia femenina con que nosotros, por eufonía, la escribimos, sino con el nombre genuinamente masculino de Melior, “el mejor”, como diríamos en latín. ¿A qué, pues, puede deberse un contrasentido gramatical semejante?

A una cosa muy sencilla, y muy frecuente en el fenómeno que nosotros nos hemos permitido bautizar con el nombre de porfirización de los mitos, y que consiste en una repetición en el campo ideológico-histórico, de un fenómeno harto frecuente en la sucesión de los terrenos que estudia la geología, a saber:

Un terreno cualquiera, después de formado, sufre la acción del -fuego terrestre, o simplemente una larga y fuerte desecación y queda agrietado, como se ve en las masas de lodo cuando las deseca el sol. Acontece más tarde que dicho terreno, ya agrietado, como decimos, recibe después la acción de una corriente de lava que viene así a rellenar todas las oquedades anteriores, al tenor de la conocida hipótesis de “los filones”, y el terreno incrustándose así por entre las resquebrajaduras del antiguo llega a porfirizarle. El llamado granito porfirico, en efecto, no es sino la consabida masa feldespática llena de incrustaciones de cristales de cuarzo que han penetrado a la masa dicha antes de ella consolidarse.

De igual modo a lo largo de la Historia acontece con las fábulas o parábolas más antiguas y memorables, pues que vienen ellas así a recibir la incrustación o porfirización de hechos históricos modernos, con los cuales forman, finalmente, leyendas de época, como la transcrita.

En otros términos: el mito caballeresco integrado por el caballero andante y la dama de sus anhelos o pensamientos, leyenda cuyo origen es atlante como dijimos, y que hubo de renovarse una vez más con ocasión de las Cruzadas, estaba en todo su vigor por los tiempos de un personaje más o menos histórico: el del señor del castillo de Blés, o de Blois, auxiliador de las empresas del rey de Francia. De las hazañas de este caballero como de las de tantos otros de la Corte de Carlomagno y a título del dicho simbolismo primitivo del hombre que piensa y anhela y de la Idealidad que le cobija y exalta, se hizo la leyenda correspondiente; pero como estaba de por medio, vivo, poderoso y palpitante, el típico mito greco-oriental de la fábula del Apoyleo de Psiquis y Heros y HEROS o CUPIDO, ERA EN ELLA MASCULINO, masculino hubo de quedar por tanto el nombre de Melior, con el que fue sustituido, aunque por el otro motivo del tema caballeresco, no debió ser el Melior, sino Meliora, que es como nosotros lo hemos escrito por tratarse de “una emperatriz de la propia Constantinopla”. Así, el mito fuera de los genuinamente caballerescos o atlantes, se habría escrito Meliora, en femenino, porque Meliora era la dama, pero como traía ya la levadura del de Apuleyo, quedó en Melior, es decir, en masculino, aunque para representar a una mujer simbólica, con la consabida ambigüedad griega de otros nombres, tales como el de Safo, el de Leandro, etcétera.

Mas semejante trastrueque de palabras, es un hilo de oro, que, seguido puede darnos la recta interpretación a-sexual o blanca de todos estos mitos, como ya hubimos de indicar anteriormente.

Aquí tenemos, en efecto, un dato precioso. Como ya apuntó el propio Bonilla San Martín al darnos la leyenda, el Partinuplés de nuestras versiones castellanas y acaso el de los textos franceses originarios, no es sino la corrupción del nombre que para cierto héroe legendario de las Cruzadas se emplea en una novela del siglo XII llamada Parténopeus de Blois, derivándole dicho nombre de otro igual que aparece en el poema escandinavo llamado *Le Roman de Thébes*,<sup>27</sup> pero que bien mirado no data sino de la palabra griega Parténope, que significa doncellez, pureza, inocencia, y que, como tal, es sinónima de las de Parsifal o Perceval, Lohengrin, Sigfredo, Arjuna, Kamaralzarnán y demás héroes del Mito del heroico Esfuerzo, por mucho que se los haya degradado después con sexuales detalles, en apariencia hermosos y poéticos, pero en realidad obscenos, sino desde el punto de vista moral (que por fuerza tiene que doblegarse a la ley procreadora del sexo legalizado y bendito), sí bajo el punto de vista filosófico o trascendente que ni admite sexo en la VERDAD PURA, ni reconoce con la conocida enseñanza de Jesús sexo alguno en el Reino de los Cielos.

---

<sup>27</sup> Véase a A. Trampe B8dtker, en su *Modern Language Notes*, (1906) y a E. Kólbíng (1876), ambos citados por el Señor Bonilla.

## XXII

### Diálogo entre Hermes y Asclepios

Asclepios: Si todas las cosas visibles no son sino sombra, proyección o reflejo de más altas realidades invisibles, ¿podrías decirme, ¡oh Maestro! qué es lo que representa en sí nuestra vida física respecto de esas excelsas realidades?

Hermes: Sin duda alguna que puedo decírtelo, porque ya estás lo suficientemente instruido en nuestros Misterios para poder comprender el eterno juego de la Ley de Analogía.

Asclepios: Sí, pues que tú me has dado tu divina clave que dice: “lo que está arriba es como lo que está abajo para obrar los misterios de la Harmonía, que no es sino la síntesis de lo Vario en lo Uno”.

Hermes: En efecto, para ver bien lo invisible no hay sino abrir bien los ojos a lo visible.

Asclepios: A condición de no tomar luego la letra que mata, por el espíritu que vivifica.

Hermes: Ciertamente, puesto que toda luz física no es sino la sombra de otra luz psíquica más alta y la sombra de sombras de otra Luz Altísima: la Luz-Una del eterno Espíritu.

Asclepios: ¡Ilúminame tú, pues, ¡oh Maestro! Y da la sombra de tu luz a las sombras de sombras de mi mente entenebrecida.

Hermes: Veme tú indicando parte por parte antes lo que ves en la vida física que late en tu derredor.

Asclepios: Yo veo que cuando nacemos somos los seres más desvalidos de la Tierra. Nuestra desdicha es tal que ni siquiera podemos movernos ni buscar el pecho de la madre, si ella no nos le lleva a la boca, ni huir del fuego, del agua y demás peligros exteriores como todos los animales huyen.

Hermes: Porque es ley universal la de que el punto de la rueda que más cae al girar es luego el que más alto sube puesto que, como sabes, “lo que está abajo equivale a lo que está arriba”.

Asclepios: ¿Entonces es que nuestra humana Rueda, como de más amplio y poderoso radio, tiene al girar que caer más bajo que las ruedas menores de los animales, las plantas y las piedras?

Hermes: Ciertamente, porque también las sombras mejor definidas son siempre las de la más fuerte luz. Prosigue.

Asclepios: Yo veo luego, que el recién nacido se cree dueño de todo, y como tal dueño, todo quiere cogerlo para convencerse de que todo es, en efecto, suyo.

Hermes: Porque como la misión del futuro hombre que se va manifestando en el niño es simplemente la de conocer, ora por la vía patológica del dolor, ora por la fisiológica del estudio, el niño sólo de conocer se ocupa.

Asclepios: ¿Cómo es, sin embargo, que es tan terco o más que un animal cualquiera?

Hermes: Porque la Terquedad inconsciente es el polo opuesto al de la Voluntad consciente, como la Ignorancia inicial es el polo negativo del Conocimiento.

Asclepios: ¿Y por qué es, además, tan egoísta el niño?

Hermes: Porque el Egoísmo es el tercer elemento negativo en aquella dirección positiva del espacio que nos marca el camino del Amor, que es Sabiduría.

Asclepios: ¿Habría, Maestro, algún modo gráfico de representarme estas nociones?

Hermes: Sí, para ello y para todo está la Divina Geometría con la que simbolizamos todas las cosas abstractas en el Espacio, como con la Aritmética Sagrada simbolizamos la sucesión de los Tiempos. Mira a los puntos cardinales. Pon en el Cenit a la Voluntad; en el Norte al Amor-Sabiduría y en el Este al Conocimiento abstracto o simbólico, que son direcciones positivas y pon en los puntos contrarios a la Terquedad, el Egoísmo y la Ignorancia, puesto que son las tres direcciones de una misma negación o caída.

Asclepios: Sabiamente me has puntualizado ¡oh Maestro! que la función de conocer es la primera del niño.

Hermes: La primera según se mire, porque si bien la función de amar presupone la de antes conocer lo que se ama, el origen de todo conocimiento adquirido no fue sino un deseo ciego, un anhelo de unión, que tarde o temprano ha de ser Amor, y para ser tal Amor ha de ponerse cada vez más enfrente del Egoísmo.

Asclepios: Podrías ponerme un símil geométrico de lo que pasa entre el que ama y el objeto de su amor.

Hermes: Sin duda, y esto te aclarará no poco lo que acontece al niño cuando pasa a joven, y al joven cuando madura y envejece. ¿Recuerdas el teorema del otro día acerca de los puntos simétricos de las dos circunferencias iguales y tangentes respecto de su única tangente común interna, o séase del Divino Ocho?

Asclepios: Creo recordar que tales puntos simétricos hacen arrancar su conjunción del punto Trino y Uno de la tangencia y se van separando luego al tenor de la ley de los senos y cosenos, primero muy poco a poco, luego hacia la cuadratura muy rápidamente y después menos rápidamente en cada unidad de tiempo hasta llegar a su oposición en la que ya ni puede bajar más el de abajo ni subir más el de arriba, iniciando entonces un movimiento inverso o de retorno que les acerca aceleradamente desde la oposición a la segunda cuadratura y retardadamente desde ésta a la nueva conjunción en la que el fenómeno se repite.

Hermes: Has comprendido bien, en efecto, aunque has omitido lo más principal del Teorema, o sea el consignar que cuando el punto de arriba sube a lo más alto, tiene allí a su vez una conjunción excelsa con el punto de un tercer círculo a la sazón en lo más bajo de su carrera, recibiendo así cuantas virtualidades emanan de dicha excelsa tercer rueda. Del mismo modo omitiste también el consignar que el punto de la circunferencia inferior al llegar al lugar más bajo de su carrera tiene su correspondiente momento de tangencia con el punto gemelo de otra circunferencia aún más baja a la que comunica sus efectividades motoras, y así hasta lo infinito de arriba y lo infinito de abajo, porque toda esta serie infinita de círculos tangentes, de ruedas engranadas con otras



ruedas, no representan en el correspondiente esquema de los ochos que ayer trazaste, sino la eterna Vibración del Logos, como la de una Cuerda Sonora de la Lira de los Mundos...

Asclepios: Esto es asombroso. ¡ El arte es a la vez aritmética, geometría, astronomía y música!

Hermes: Sí; ellos son los Cuatro Portales por los que se asciende a la Iniciación.

Asclepios: ¿Eres tú el que ha de iniciarme?

Hermes: Sí; yo puedo iniciarte, pero también puedes iniciarte tú mismo, porque dentro de ti y de todos está el Maestro de maestros...

## XXIII

### Cristo, solo

(Enrique de Mesa)

Y descendió Cristo de los Cielos y volvió a la Tierra.

Y los hombres se alborozaron con su presencia y los que se decían cristianos, tuvieron regocijo.

Y alfombraban con las vestiduras su camino, y en él esparcían ramos y hojas.

Y las alabanzas llenaban el aire.

Y eran aquellas gentes hipócritas y su contento fingido y falsa su alegría. Y caminaban en pos del Nazareno con la mirada entristecida por la visión de la culpa, la frente inclinada bajo el peso del pecado.

Mas viendo Jesús a todo este gentío, subió a un monte; en él nacían las cruciatas de flores azuladas.

Y aparecióse a la multitud como a los Apóstoles en la cumbre del Tabor; su rostro resplandeciente como el Sol y sus vestidos blancos como la nieve.

Y por la llanura se extendieron las gentes, ocupándola toda: los sacerdotes, falange negra que a trozos purpureaba con las sangrientas notas de sus altas jerarquías; los guerreros, tropel abigarrado que aturdía con su estruendo y deslumbraba con su brillo; los ricos, franja de luz con destellos de poderío y de abundancia; los pobres, mancha de sombra en el triste desamparo de su desnudez y de miseria.

Y la voz de Jesús hendió los aires; y era la voz dulce que en Galilea predicó el Evangelio del reino.

Y era la voz suave que, con perdón de pecados, prometió eternas bienaventuranzas.

Y era la voz divina que a Simón limpió de la asquerosa lepra, resucitó a Lázaro y espantó a los espíritus malignos.

Y era la voz sublime que hizo a los cojos andar, a los sordos oír, a los ciegos ver.

Y las palabras se aromaban en la mística flor de sus labios. Y se extendían en oleadas armoniosas sobre la muchedumbre.

Y dijo Jesús:

“He aquí que soy el sembrador que viene a visitar sus campos, a ver si fructificó la semilla. Hablad, que por vuestras palabras habréis de ser justificados o condenados.

Y nadie habló.

Y Jesús, dirigiéndose a los sacerdotes, les dijo: “Vosotros sois los primeros, la luz del mundo. En vuestras manos encomendé mis enseñanzas y mis doctrinas. Potestad os di para curar enfermos y sanar leprosos. Id en busca de las ovejas perdidas en la casa de Israel, os dije. Y hallo a la cristiandad enferma, mis ovejas descarriadas, mis enseñanzas en el olvido. ¿Cumplisteis mis preceptos? No poseáis oro ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos, ni alforja para el viaje, ni más de un calzado y una túnica, os dije.. ¿Lo habéis cumplido?”

Y de la turba negra se alzaron confusos rumores; las iras del pecado.

Y la voz de Cristo se oía claramente.

Y eran sus palabras sobre el gentío como las blancas gaviotas sobre los mares, que, bajando del Cielo, sin temor a sus furias, lo rozaban con sus alas.

Y las furias de los mares no logran ahogar las blancas gaviotas, ni las furias de los hombres las palabras divinas.

Y, volviendo las espaldas a Cristo, los sacerdotes se alejaron ensombreciendo el valle.

Y algunos no querían irse: Eran los sacerdotes de la sincera alma candorosa y austera virtud; los que consuelan el infortunio y la necesidad, y alivian y remedian la desgracia. Mas, como eran ellos pocos, los malos les arrastraron.

Y la voz de Jesús azotaba a aquéllos, diciéndoles: “¡Ay de vosotros, fariseos hipócritas, que cerráis el Reino de los Cielos a los hombres; porque ni vosotros entráis ni dejáis entrar a los que entrarían! ¡Guías de ciegos! ¡Sepulcros blanqueados!”

Y las gentes no veían que los sacerdotes abandonaban a Cristo, y arrodillándose al paso de ellos besaban humildemente las orlas de sus túnicas.

Y vibró en el espacio la advertencia evangélica: “Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos robadores. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura producen uvas los espinos e higos los abrojos?”

Y ya los sacerdotes habían desaparecido.

Y otra vez la boca del Maestro vertió como óleo derramado sus divinas enseñanzas.

Y predicó la verdad y el bien; la caridad oculta y la limosna secreta; la oración fervorosa nacida del alma y no de los labios.

Y los que debían su medro a la ostentación de sus devociones, le abandonaron, y los que obtenían lucro con la publicidad de sus sentimientos, hipócritamente se alejaron de él.

Y eran muchos.

Y Jesús continuó:

“En verdad os digo que todo aquel que pusiera los ojos en una mujer para codiciarla ya cometió con ella adulterio en su corazón.

“No resistáis al mal; antes bien, si alguno os hiriere en la mejilla derecha, presentadle la izquierda.

“El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo. Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.

a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y orad por cuantos os persiguen y calumnian.”

Y al escuchar las palabras de Jesús, unos en pos de otros, muchos hombres perdiéronse en la llanura.

Y eran los adúlteros, los vengativos, los iracundos, los soberbios, los envidiosos.

Y la envidia a su paso deja amarillenta e infecunda a la tierra.

Y eran las almas de aquellas gentes, secas como la higuera de Betania; y en el camino de perdición no aspiraban sino los dañinos perfumes de las flores del mal, ni gozaban sino los engañosos deleites del pecado.

Y el lúcido tropel de armas rodeó al monte. Y Jesús les dijo:

“¿Acaso sois vosotros combatientes de la virtud, soldados de la fe?”

Y contempló con amargura la necia soberbia de sus divisas, la hinchada vanidad de los mote y empresas que adornaban los pendones y campeaban en los escudos como cifras de nobleza y emblema de gloria.

Y nadie rompió aquel silencio.

Y Jesús continuó:

“Paz traje a los hombres. Mi reino por el amor se conquista. Crió mi Padre cándidas palomas, no buitres carniceros. ¡Ay del que ensangrienta la tierra!”

Y el ruido de las espuelas denotó el temblor de los soldados.

Y nada dijeron.

Y los combatientes de la ambición, del egoísmo y de la avaricia volvieron las espaldas a Cristo, alejándose por la llanura.

Y el gentío, ofuscado por la luz y aturdido por el estruendo de los guerreros, con entusiasmo los aclamaba.

Y el sol avivaba los colores de los escudos, quebrábase en el oro de los bordados y hacía brillar las corazas, fulgir los aceros.

Y la voz del Redentor les perseguía:

“Porque, ¿de qué sirve al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma? O ¿con qué cambio podrá el hombre rescatarla una vez perdida?”

Y el viento, soplando con fuerza, se llevó en sus alas el rumor guerrero.

Y una nubecilla ocultó el Sol a los hombres, y perdieron los colores toda su viveza, los bordados sus reflejos, su brillo las corazas y los aceros sus fulgores.

¡Gloria efímera, yana pompa, ruido a merced del viento que sopla, falsa luz de otro reflejo que las nubes desvanece!

Y la franja luminosa con destellos de poderío y de riqueza se acercó al monte.

Y Cristo, tras sus resplandores, columbró las desnudas carnes de la pobreza.

Y sonrió amargamente, diciendo:

“El que tenga dos túnicas, que dé una.”

Y nadie obedeció a la voz divina:

“No atesoréis para vosotros tesoros en la Tierra, donde orín y polilla los consume, y en donde ¡os ladrones los desentierran y roban. Mas atesorad para vosotros tesoros en el Cielo, en donde ni orín ni polilla los consumen y en donde ¡os ladrones no los desentierran ni roban. Porque donde está tu tesoro allí está también tu corazón. Y si lo tuyo vendes y lo das a los pobres, tendrás un tesoro en el Cielo y digno serás de bienaventuranza.”

Y a esta propuesta los que tenían muchos bienes se entristecieron.

Y se alejaron de Cristo.

Y echando Jesús una ojeada alrededor de sí, dijo:

“¡Oh, cuán difícilmente los acaudalados entrarán en el Reino de Dios! ¡Cuán difícil cosa es, hijos míos, que los que ponen su confianza en las riquezas entren en el Reino de los Cielos!”

Y los ricos, vueltas las espaldas a Cristo, que es la luz, caminaron hacia la sombra.

Y sólo quedó en la llanura la turba miserable y harapienta. Eran los hombres desnudos a quienes el hambre hace dudar y el desamparo hace maldecir.

Y eran aquéllos los preferidos de Jesús. Y mirándoles con ternura, les dijo:

“¡Venid a mí todos cuantos andáis agobiados con trabajo y con carga, que yo os aliviaré!”

Y aquellas gentes, no escuchando a Jesús, se desparramaban como ovejas sin pastor, siguiendo a los ricos.

Y viéndolo, dijo Cristo:

“Ninguno puede servir a dos señores, porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o al uno sufrirá y al otro despreciará. No podéis servir a Dios y a las riquezas.”

Y de la turba de víctimas sociales se alzó formidable clamoreo, y muchas veces decían:

“Odiamos a los ricos porque somos sus siervos. Para ellos son nuestro trabajo y nuestra vida; los desperdicios de su mesa para nosotros. Ellos nos dan los harapos que nos cubren.”

Y la voz de Cristo, rebosando de tristeza, llenó los aires:

“¿No es más el alma que la comida y el cuerpo más que el vestido?... Mirad. las aves del Cielo que no siembran ni siegan, ni allegan en trajes y vuestro Padre Celestial las alimenta.

“¿Pues qué, no sois vosotros más que ellas? “Considerad cómo crecen los lirios del campo; no trabajan ni hilan. Y yo os digo que ni Salomón con toda su gloria fue cubierto como uno de éstos.

“Pues si al heno del campo que hoy es y mañana se echa en el horno viste Dios así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?

“Buscad, pues, primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”

Y de las gentes que se alejaban salían voces diciendo:

“¿Y el pan de mañana?” Dijo Jesús:

“¿Hay por ventura alguna entre vosotros que pidiéndole pan un hijo suyo le dé una piedra? No andéis angustiados por el día de mañana. Le basta al día su propio afán.”

Y la voz del Nazareno llegó a la muchedumbre con dejos de amargura terrena y modulaciones de humano sollozo.

Y se conmovió el gentío miserable, y la turba yació y se detuvo.

Con igual acento ellos pidieron pan y trigo.

La voz del Hijo de Dios, humanada por la amargura con temblores de súplica, penetró en sus corazones.

Y los pobres pensaron que si fueran ricos no abandonarían al Señor.

Y no comprendían que el oro y la molicia endurecen el corazón, engendrando el pecado.

Mas temieron la cólera de los ricos y siguieron sus pasos. Y las palabras de Jesús iban en pos de ellos, dulces y tristes:

“Tomad mi yugo sobre vosotros, porque suave es mi yugo, y ligero es el peso mío.”

Y ya los pobres habían desaparecido.

Y quedó la llanura desierta.

Y Cristo, solo.

Y al verse así abandonado, su voz dulce endurecióse, y dijo:

“¡Hipócritas! Con razón profetizó Isaías: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí!”

Y en un instante padeció todos los dolores sublimes de su olvidada y estéril pasión redentora; sintió en sus hombros de nuevo el peso del manto de púrpura; en sus sienes las punzadoras espinas que como a Rey del dolor le coronaran; en sus manos el irrisorio cetro de caña.

Y vio que el pueblo, arrodillado, escarnecía su majestad, diciéndole cruel:

“¡Dios te salve, Rey de los judíos!”

Y sintió los salivazos en sus mejillas.

Y esta vez no tuvo Cirineo que le llevara la Cruz ni cariñosas manos que enjugaran su frente.

Y el rostro divino no quedó impreso en el lienzo por el sudor humano.

Y los clavos abrieron en sus carnes cruentas desgarraduras.

Y al lanzazo de su costado brotó sangre.

Y apuró las hieles. Y sus labios gustaron la actitud del vinagre.

Y esta vez el Sol no se oscureció, ni tembló la Naturaleza; no se rasgó el velo del templo ni las piedras se partieron, ni resucitaron los muertos.

Y hacía más doloroso el tormento la risueña quietud de la tierra que bajo el sol dormía, el piar gozoso de las golondrinas azuladas, aves del Cielo que, indiferentes a su martirio, revoloteaban en torno de la redentora cabeza.

Y bajo el cielo azul y el Sol esplendoroso, en la cumbre del Calvario que la humana maldad eterniza, por el dolor transido y de la Cruz pendiente, de todos abandonado en la soledad amarga, el Hijo de Dios lloró como lloran los hijos de los hombres.

## COMENTARIO

La glosa evangélica del epígrafe que antecede pinta de mano maestra el trágico conflicto de nuestros vivires, en que el Ideal, el Espíritu, el legítimo y mas elevado "principio" del Hombre, se ve crucificado en las limitaciones de la carne, abandonado y solo...

Como ha dicho Bullwer Litton, las opiniones, los anhelos del hombre forman su parte divina, y su parte humana, acciones. Pero entre ambas partes media un insondable abismo, un mar proceloso, que la nave de nuestra alma ha de franquear victoriosa tras la más épica de las luchas, si se ha de salvar uniéndose al Cristo, a su Espíritu Supremo, Rayo Inefable de la Abstracta e Incognoscible Divinidad. Todos, en efecto, escuchan extasiados la redentora Palabra, pero la Bestia humana dama por sus fueros y sepulta en el fango de nuestras pasiones inferiores tamaña espiritualidad. Sacerdotes, guerreros,

hombres del negocio, hombres envanecidos por las pompas y las necesidades mundanas, que se detuvieron un momento para escuchar las sublimidades aquellas, bien pronto se retiran silenciosos y entenebrecidos, porque la Doctrina salvadora pugna abiertamente con sus más caros intereses egoístas. ¡Y Cristo queda solo! ¡Y su Doctrina, que es la eterna Doctrina de las Edades o Religión-Sabiduría primitiva, una vez más queda sepultada en el Misterio, porque la Humanidad, que tiene ojos para ver, no ve; y con oídos para oír, no oye!

Ello es y será siempre el motivo del llamado “sigilo iniciático”, porque en seres tales que apenas si con sus anhelos, pero jamás con sus acciones, se alzan unas líneas sobre su condición animal, no existe la preparación adecuada para que la semilla del bien pueda ser sembrada con alguna esperanza de éxito, como expresa la siguiente parábola del Maestro, parábola tan conocida como poco meditada y que dice así:

## XXIV

### El Sembrador

(San Mateo, capítulo XIII; reproducido en San Marcos, capítulo IV, y en San Lucas, capítulo VIII)

1. En aquel día, saliendo Jesús se sentó en la orilla del mar.<sup>28</sup>
2. Y se llegaron a él muchas gentes, por manera que entrando en un barco se sentó en él, quedando toda la gente en pie en la ribera.<sup>29</sup>
3. Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: “He aquí que salió un sembrador a sembrar.
4. “Y cuando sembraba, cayeron algunas semillas junto al camino y vinieron las aves del cielo y se las comieron.
5. “Otras cayeron en lugares pedregosos en donde no tenían mucha tierra, naciendo al punto por lo mismo que no tenían tierra profunda.
6. “Mas en saliendo el Sol, se secaron y quemaron porque no tenían raíz.
7. “Otras cayeron entre espinas y, creciendo las espinas, quedaron ahogadas.
8. “Y otras, cayendo en tierra buena, rindieron, al fin, su fruto: una a ciento, otra a sesenta y otra a treinta.
9. “El que tenga oreja para oír, que oiga.”
10. Mas los discípulos, llegándose a él, le dijeron: “¿Por qué les hablas por parábolas?”
11. A lo que el Maestro les respondió: “Porque a vosotros tan sólo os es dado el saber de los misterios del reino de los cielos cosa que aún no les es dado a ellos.

---

<sup>28</sup> Es decir, se puso a predicar como el Oanes o Dagón caldeo, desde la orilla del mar. Para los demás detalles relativos al origen y simbolismo de este gran instructor, véase el mito de Proteo en cualquier Enciclopedia.

<sup>29</sup> Esto, por supuesto, es puro símbolo. Se trata aquí de la eterna nave que, cual la de Lutecia, “fluctúa, pero no se sumerge”. Acerca de esta nave emblemática que flota sobre las aguas astrales de la destrucción y del pecado, existen infinidad de mitos.

12. “Pues al que tiene, a ése se le dará y tendrá más, pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.

13. “Por eso les hablo por parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden.

14. “Cumpliéndose en ellos la profecía de Isaías que dice: ‘Vuestro oído oír y no entenderéis, y vuestro ojo verá y no veréis’.<sup>30</sup>

15. “Porque el corazón de este pueblo se ha hecho más grosero y ha cerrado sus ojos para no ver y tapado sus orejas para no oír, y apartado de mí su corazón para no ser convertidos ni sanados.<sup>31</sup>

16. “Mas bienaventurados vuestros ojos, porque ya ven, y vuestros oídos, porque ya oyen.

17. “Vosotros, pues, oíd la palabra del que siembra.

18. “Cualquiera que escucha la palabra del reino de Dios y no la entiende, viene el malo y arrebató lo que se sembró en su corazón: éste es el que fue sembrado junto al camino.

19. “Mas el que fue sembrado sobre las piedras, éste es el que oye la palabra, y por el pronto la recibe con gozo.

20. “Pero no tiene en sí raíz, antes es de poca duración, y cuando le sobreviene tribulación y persecución por la palabra, se escandaliza luego.

21. “Y el que fue sembrado entre las espinas, éste es el que oye la palabra, pero los cuidados de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra y queda infructuosa.

22. “Y el que fue sembrado en tierra buena, éste es el que oye la palabra y la, entiende y lleva fruto: y uno lleva a ciento, otro a sesenta y otro a treinta.”

## COMENTARIO

La parábola que antecede es una de las más elocuentes pruebas que tiene la Teosofía para demostrar que, tras la religión cristiana vulgar o conocida, existe una Doctrina Secreta o “Misterios iniciáticos cristianos”, análogos a los de las demás religiones positivas y cuya enseñanza se reservaba para los “elegidos” “místicos” o “discípulos”. Uno, en efecto, era el paganismo de las masas y otro bien distinto el de los iniciados en los misterios de Eleusis, como Cicerón y Séneca; una, la enseñanza de Buddha a las multitudes y otra la purísima enseñanza que reservaba para sus discípulos o arats; una, la enseñanza exotérica o externa dada a los profanos por Pitágoras acerca de la estabilidad de la Tierra, y otra la esotérica o interna en la que el adepto de Samos revelaba a sus acusticoi “la verdadera doctrina heliocéntrica”, o de la rotación y traslación de la Tierra en torno del Sol, que Copérnico y Galileo

---

<sup>30</sup> Esto es, a nuestro juicio, alusión directa al gran pecado de la calda de la Atlántida, al perder el hombre el uso del tercer ojo: el ojo de la intuición y de la doble vista. Los detalles relativos a esta terrible transformación a partir de la cual somos aquí abajo verdaderos ciegos con ojos que, viendo, no ven, pueden leerse en La doctrina secreta, de H.P. B.

<sup>31</sup> He aquí una coincidencia perfecta con el famoso mito de Isabeau, Isabel o Isis la Hermosa, que describimos en la Introducción de esta BIBLIOTECA.— El Tesoro de los lagos de Somiedo’

descubrieron después. El mismo Pablo, el gran iniciado cristiano, decía por ello en varias de sus epístolas, que a los hombres de carne les enseñaba a Cristo y su resurrección (doctrina exotérica), mientras que a los ya iniciados les adoctrinaba en el Logos, la Palabra Divina encarnada en el Cosmos (doctrina esotérica) y también que él sólo hablaba “sabiduría” entre los perfectos, porque la semilla arrojada en campos no preparados estaba fatalmente condenada a su destrucción; pues los tesoros del reino de Dios, como decía Jesús, no pueden ser dados a los cerdos, o, en fin, porque con arreglo al famoso aforismo, quien da su propio tesoro (secreto iniciático) a otros, se roba a sí mismo, según la historia todas las grandes revelaciones tiene comprobado hace tiempo.

## XXV

### El Señor y sus siervos

(San Mateo, capítulo XXI, reproducido en San Marcos, capítulo XII)

33. Había un padre de familia que plantó una viña y la cercó de vallado y, cavando, hizo en ella un lagar y edificó una casa y todo ello lo dio en renta a unos labradores, partiéndose lejos luego.

34. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que percibiesen los frutos de ella.

35. Mas los labradores, echando mano de los siervos, hirieron a uno, mataron al otro y al otro le apedrearon.

36. De nuevo el Señor envió a otros siervos en mayor número que los primeros y fueron tratados de igual modo.

37. Por último les envió su hijo, diciendo: “Seguramente tendrán respeto a mi hijo”.

38. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: “Este es el heredero. Venid y matémosle y tendremos su herencia”.

39. Y tratando de él, le echaron fuera de la viña y le mataron.

40. “Pero, cuando venga el señor de la viña —acabó diciendo Jesús a los sacerdotes y fariseos— ¿qué creéis vosotros que hará a aquellos labradores?”

41. Ellos respondieron: “A los malos los destruirá malamente y arrendará su viña a otros labradores que le paguen el fruto a su tiempo”.

42. Jesús les dijo entonces: “¿No leísteis nunca en las Escrituras: ‘La piedra que desecharon los que edificaban, ésta fue puesta por base de la esquina?’ Por el Señor fue esto hecho y es cosa maravillosa en nuestros ojos.

43. “Por tanto, os digo, que quitado os será el Reino de Dios y será dado a un pueblo que haga los frutos de él.



44. “Y aquel que sobre esta piedra cayere será quebrantado, y quien bajo la piedra cayere aplastado quedará.”

45. Y cuando los príncipes de los sacerdotes y los fariseos oyeron sus parábolas, entendieron que se dirigían a ellos.

46. Y queriéndole echar mano, temieron al pueblo, porque el pueblo le miraba como al profeta.

## COMENTARIO

Esta parábola pudiera denominarse “la Parábola del Karma”, o sea que “lo que se siembra es lo que se recoge”, o de que cada cual es hijo de sus propias obras, las cuales, andando el tiempo, fatalmente han de caer sobre él en forma ora de premio ora de castigo.

Porque el Karma o Destino es la Ley misma que restablece en la Naturaleza el equilibrio momentáneamente perturbado, y su propio fatalismo inexorable o “Némesis vengadora” hace que sea quitado “el Reino de Dios” o sea la misión natural a cada uno de nosotros encomendada en la vida, cuando de ella nos hacemos indignos por culpa o por negligencia, y

sea aquella misión adjudicada a otro más merecedor de ella. Jesús, por ejemplo, predicó su misión a sus hermanos israelitas, y ellos, haciéndose indignos de ella por “su dura cerviz”, dieron lugar a que otros pueblos se la asimilaran, hecho al que las iglesias suelen llamar “la advocación de los gentiles”. La India, país el más fértil y hermoso del mundo y el de tradición más gloriosa, ha parecido algo así como una tierra de promisión para los pueblos históricos, los cuales, por sus pecados, se han visto privados de ella, sin embargo, y ni a ella llegó Semíramis la persa, ni en ella apenas penetró Alejandro el griego, ni en ella lograron arraigar en los tiempos modernos, por sus intolerancias, portugueses, españoles ni holandeses, y sí el pueblo, inglés merced a su tolerancia religiosa.

Por eso se ha dicho que la ocasión propicia que desperdiciamos kármicamente se vuelve contra su desperdiciador y suele ser pobre el hijo del rico avariento; torpe, el hijo del hombre de genio; desgraciado, el que antes despreció la felicidad, ¡esa felicidad que, silenciosa, llamar suele una vez tan sólo a nuestras puertas a lo largo de la vida!

Hay además otro elemento notable en la “parábola de los siervos”, y es la presencia de los tres consabidos ladrones y tres asesinos, que también aparecen en las parábolas del rabí Hillel, el maestro de Jesús, y que son bien conocidas de todos aquellos que están iniciados en ciertas instituciones tradicionales a base del mito solar de Hirán o de Osiris, razón por la cual huelgan más explicaciones.

## XXVI

### Las bodas

(San Mateo, capítulo XXII.— Parafraseado en San Lucas, capítulo XIV)

1. Y respondiendo Jesús a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos, les volvió a hablar otra vez en parábolas, diciéndoles:
2. Es semejante el Reino de los Cielos a cierto rey que casó a su hijo.
3. Y envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas, mas éstos no quisieron ir.
4. Envío de nuevo otros siervos, diciendo: “Decid de mi parte a los convidados: Todo está ya preparado para el banquete... Venid a las bodas, pues”.
5. Mas ellos le despreciaron y se fueron, uno a su granja y otro a su tráfico.
6. Y los otros echaron mano de los siervos, y después de haberlos ultrajado, los mataron.
7. El rey cuando esto supo, se irritó, y enviando sus ejércitos acabó con aquellos homicidas y puso fuego a la ciudad.
8. Entonces dijo a sus siervos: “Las bodas ciertamente están ya aparejadas, mas los que estaban convidados no han sido dignos.
9. “Id, pues, a las encrucijadas de los caminos y traedme a las bodas a cuantos halléis”.
10. Y habiendo salido los siervos a los caminos, congregaron a cuantos hallaron, malos y buenos, y se llenaron de convidados las bodas.

### COMENTARIO

La parábola que antecede sigue exponiendo la misma doctrina kármica de la anterior respecto de que “muchos son los llamados a las bodas del bien y pocos los escogidos”, o sea que la mayor parte de las gentes vulgares, llamadas hacia un ideal se niegan a ir hacia él con su esfuerzo, perdiendo así ocasiones de liberación que suelen ser aprovechadas por otros.

La misma “cuestión social” que hoy tanto preocupa al mundo, late en el fondo de este sublime apólogo cristiano. Los ricos, los convidados naturales al magno banquete de realizar un alto ideal en pro de la Humanidad valiéndose de los abundantes medios que la prodigalidad de su karma les concediese, suelen ser, por desgracia, los menos propicios a acercarse hacia ese convite, esa comunión espiritual de fraternidad en pro del desvalido, a la que se ven invitados por la Naturaleza. Desoída, sin embargo, la invitación, el karma fatal con ello labrado gravita sobre ellos inexorable y sobrevienen esas terribles revoluciones sociales, esas verdaderas catástrofes de las fortunas individuales que se encargan bonitamente de invertir en términos haciendo del rico un pobre y viceversa. ¿Quién que haya seguido la marcha de los acontecimientos europeos, no ha sentido el espanto ante la terribleza de esa ley, que ha llevado al cadalso, al destierro o a la miseria alas más altas personalidades del imperio de los Zares, con rigores mayores todavía que los de la propia Convención francesa del siglo XVIII?

Ejemplo de esto mismo es la parábola que subsigue:

## XXVII

### Lázaro

(San Lucas, capítulo XVI)

19. Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y cada día tenía convites espléndidos.

20. Y había allí también un mendigo llamado Lázaro que yacía a las puertas del rico, lleno de llagas.

21. Deseando hartarse de las migajas que caían de la mesa y ninguno se las daba, antes bien venían los perros y le lamían las llagas.

22. Y aconteció que, cuando murió aquel pobre, lo llevaron los ángeles al seno de Abrahán. Y murió también el rico y fue sepultado en el infierno.

23. Y alzando los ojos cuando estaba en los tormentos, vio de lejos a Abrahán y a Lázaro en el seno de su reino.

24. Y él, levantando el grito, dijo: “Padre Abrahán, compadécete de mí y envía a Lázaro a que moje la extremidad de su dedo en agua para refrescar mi lengua, porque soy atormentado en esta llama.”

25. Y Abrahán le respondió: “Hijo, acuérdate de que tú no recibiste sino bienes en tu vida y Lázaro males: pues ahora le toca a él ser aquí consolado y a ti el ser atormentado.

26. “Fuera de que hay una sima impenetrable entre nosotros y vosotros, de manera que ni vosotros podéis pasar aquí ni nosotros allí.”

### COMENTARIO

A la vista de la parábola anterior no nos cansaremos de repetir que, según la doctrina teosófica de las edades, reflejada con más o menos nitidez en las diversas religiones, hay una Ley Suprema que gobierna las Esferas, y que es la propia Divinidad Manifestada o Logos informando al Cosmos desde lo más excelso hasta lo más ínfimo, o sea la Ley del Destino.

Semejante ley tiene dos aspectos diferentes o, como si dijéramos, dos momentos sucesivos. Al primero de estos aspectos se le llama en Oriente “dharma” o ley suave persuasiva, y “karma” o ley fatal e inexorable al segundo. El estudiante, por ejemplo, al comenzar cada curso académico se impone libremente el “dharma” de estudiar sus asignaturas, sin que tal estudio deba de hacerse en tal o cual día o semana, pues basta con que lo realice convenientemente durante los meses de curso. Llegado, en fin, el tiempo de examen, el “karma” le somete a su dura prueba, y si el “dharma” escolar anterior ha sido bien cumplido por el estudiante, dicho “karma” le premia permitiéndole para nuevo curso un nuevo “dharma” de un grado superior que, paso a paso, le lleve así hasta la cima de su carrera, mientras que inexorablemente, en el caso contrario, le hace retroceder al principio del curso, en el que así fracasara por no haber cumplido con la ley suave y adecuada que tan fácil le habría sido cumplir.

Por eso, por la misma ley del “karma” que a diario vemos actuar en el mundo, es lógico el esperar, tras las tristezas del bueno en esta vida, un premio, y para las orgías del malo en la misma, un castigo, idea matriz que ha servido de base para cuantos cielos e infiernos han pintado las religiones, cielos temporales, por supuesto, e infiernos no menos temporales, y en los que lejos de lo que muchos se han imaginado, sólo se dan nuevas condiciones “inferiores” de vida para el caído, en reencarnaciones sucesivas...

Ibamos a continuar estos comentarios a las enseñanzas de Jesús, cuando nuestro fraternal amigo don Bartolomé Bohorques nos sorprende en La Luz del Porvenir con un estudio tan hermoso acerca de trece de las más notables parábolas evangélicas que, pese a su extensión, no podemos menos de transcribir aquí, con ligera & mutilaciones. Dice así el virtuoso teósofo valenciano:

“Las semejanzas del reino de los cielos, según el evangelista Mateo, fueron con admirable sencillez predicadas por Jesucristo en trece parábolas, a saber: “El reino de los cielos es semejante al hombre que siembra buena simiente en su campo, pero mientras dormían los siervos vino su enemigo y sobressebró cizaña entre el trigo y se fue. Cuando crecieron los tallos y apuntó la espiga, entonces se descubrió la cizaña; y llegándose los siervos del padre de familia le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Y él les contestó: Algún enemigo hizo esto. Los siervos le dicen: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos? No, dijo él, porque si arrancáis la cizaña, también con ella arrancaréis el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno con lo otro hasta la siega, y en el tiempo de ésta diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo traedlo a mi granero.”

Esta parábola nos da una lección de gran valía para que seamos vigilantes cautos y prácticos. Debemos tener calma:

no violentarnos en desvanecer ciertos errores que las más de las veces hoy son propalados por aquellos que se dicen ser nuestros correligionarios, quienes pletóricos de teorías mal entendidas por falta de santificación, obran como aquellos escribas y fariseos de cuyo proceder abomina Cristo, por cuanto que rodeaban la mar y la tierra para hacer un prosélito que resultaba, doblemente que ellos, hijo del infierno. (Mat. XXIII, 15).

“Otra parábola les propuso diciendo: El reino de los cielos es semejante al insignificante grano de mostaza que un hombre sembró en su campo; y siendo la más pequeña de todas las semillas, cuando crece es un arbusto o árbol en el que posan y anidan las aves del cielo.”

Figurémonos que el que siembra en su campo, en el campo de su santidad, es un espiritualista moderno, espiritista o teosofista, militante denodado en la Verdad. (Juan XVII, 17.) Como la simiente, que es la palabra divina, ha crecido con lozanía en su campo, que es su corazón, su alma, su conciencia, por la santificación, por la encarnación de la Verdad. Los hermanos mayores, los divinos Maestros, atraídos por el olor de las virtudes de aquel sembrador, vienen de las alturas y hacen en él morada (Juan XIV, 12), por cuanto que en su crecimiento y ramificación alcanzó la sabiduría.

“El reino de los cielos es semejante a la levadura que una mujer mezcló en la masa que elaboró con tres medidas de harina, y toda quedó hecha pan.”

Esta parábola envuelve nada menos que la idea batallona de la igualdad moral humana, sin cuyo requisito no es posible la armonía social por la comunidad de ideas trascendentales, que es el único medio de implantar entre los hombres. el reino de los cielos,- que es paz y benevolencia. El espiritualista moderno que no se impone la misión

apostólica de transmitir sus conocimientos a sus semejantes, es un parásito en sociedad, máxime sabiendo que el progreso ascendente de un alma consiste en hacer que progresen los demás. No basta a un buen árbol dar nada más que sombra; si no da fruto y bueno es un parásito; más: es un vampiro que según el Maestro que predicó en Palestina, debe extirparse. Urge fermentar la masa social con la levadura de la Verdad eterna, para que el reino de los cielos sea un hecho entre los hombres. Los dogmáticos, envueltos en las cadenas de sus errores y prejuicios, se han inutilizado para esta labor. Casi todos los políticos son demoníacos. ¿Qué hacemos? El que vuelta la cara al pasado, no avanza, se petrifica como la mujer de Lot. Avancemos con intrepidez.

“El reino de los cielos es semejante al tesoro escondido en un campo. Y enterado un hombre de que allí se ocultaba aquella riqueza, compró el campo para poseer el tesoro.”

Esta parábola nos da a conocer la virtud que entraña la radical decisión de un hombre que enterado del lugar donde se hallan soterradas las aguas puras y cristalinas de la Verdad sin mácula, aguas que saturan el alma de bondad y justicia, trascendentes, hace un esfuerzo y adquiere pleno derecho a la posesión de aquel campo que cubre el sagrado tesoro que le hará brillar como un sol. Mucho les conviene meditar esta parábola a los tacaños y timoratos. Los que viven en tinieblas porque les duele hasta la compra de un pequeño candil. Que a tal extremo toca la estulticia de algunos hombres que regatean un pequeño óbolo para adquirir la Luz del alma.

“El reino de los cielos también es semejante a un mercader en perlas finas que habiendo hallado una perla de grande precio vendió cuanto tenía y la compró.”

El hombre poseedor de pequeñas verdades que a más de ser fugaces por su liviandad, ocupan el cerebro de vanos conceptos, peligrosos por su vaguedad, y halla una verdad, la gran Verdad, la que comprende todas las verdades científicas, filosóficas, religiosas, morales, artísticas, etcétera, y sin titubeos ni vacilaciones opta por ella, porque le conduce a la región del más puro ideal de trascendencia, que en este mundo es el reino de los cielos, se asemeja en decisión al buen comerciante en perlas de la parábola.

“El reino de los cielos es semejante a la red que en la mar recoge varias clases de peces, y que, sacada a la orilla, permite se escojan los buenos y se tiren los malos.”

Así será el fin del siglo o milenio: “los ángeles apartarán los hombres malos de entre los buenos, y los echarán al horno del fuego”. Como-saben nuestros correligionarios, cada milenio, cada edad evolutiva, cada período de tiempo por el que en general la humana estirpe realiza un determinado progreso, las almas que han extremado su rebeldía son arrojadas al horno de fuego, a un mundo donde las pasiones bestiales humean. Son tales almas quitadas de la Tierra. No son ni serán atraídas a reencarnar a este mundo (quien lea entienda), porque aquí, ya saneada la humanidad, serían totalmente desarmónicas, no progresarían ni dejarían progresar por efecto de sus excesivos, continuos y brutales escándalos. Tales almas, para su bien, son llevadas por los Señores del Karma para reencarnar en un mundo de estado más inferior que la Tierra. Y allí, en los momentos supraconscientes, lloran y crujen los dientes por el remoto recuerdo de sus estancias en mundo de orden superior.

“Todo escriba (letrado) docto en el reino de los cielos, es semejante a un padre de familia que saca de sus arcas cosas nuevas y cosas antiguas.”

Toda conciencia que toma carne en este mundo, todo hombre venido al mundo, tiene en su alma la luz divina (Juan 1, 9), necesaria para seguir la senda kármica marcada para el progreso que en el término de sus posibilidades haya de realizar; y además, cuenta con la palabra de verdad permanente en los libros sagrados que codifican las siete grandes religiones. El Salmista, abiertos los ojos y admirado ante las maravillas externas e internas de la Ley dictada por Jehová a Moisés, exclamaba: “Faro es a mis pies tu palabra”. El hombre que por su atildamiento moral es digno de ser contado entre las personas de verdadera descendencia, y que por añadidura, esotérica y exotéricamente, en pensamientos, palabras y obras, se ejercita en la verdad, la justicia, la bondad y la belleza de sus posibilidades, y que estima su existencia, porque tiene la interna noción de que se halla en la Tierra para evolucionar en armonía con un fin trascendente, hace lo que el escriba docto semejante al padre de familia en la parábola: insacula todos los conocimientos y experiencias, honor y provecho, que tan superabundantemente pueden recogerse durante la juventud y la edad viril; y allá en la edad madura, en la vejez, durante este período de gloria, del hombre entendido y virtuoso, último tiempo físico en el que se cosechan los frutos de una existencia planetaria, del saco en que conserva el tesoro acumulado, con alegre recordación, va extrayendo, considerando y contemplando el valor de aquellas joyas o prendas de moralidad, que abrillanta más con sus concentradas y nuevas meditaciones sobre el bien y la belleza.

A esta parábola se le puede llamar la del tesoro de los filósofos. El amante del saber, que llegó a la posesión de la espiritualidad, guarda este tesoro en su corazón, donde tiene asiento su cuerpo causal, su conciencia, su alma, porque es donde ni la polilla ni el orín lo corroe. (Mat. VI, 19, 20.)

“El reino de los- cielos es semejante a un hombre rey que quiso liquidar con sus siervos, y el primero presentado al ajuste de cuentas quedó debiéndole diez mil talentos, que no podía pagar. Entonces el señor ordenó que se le vendiese juntamente con su mujer y sus hijos. Ante tan dura sentencia el siervo postróse y rogó al señor que tuviera paciencia y esperase, porque él lo pagaría todo. El señor tuvo misericordia y le perdonó la deuda.

“Cuando libre del débito, aquel siervo salió de la real estancia, en la calle se encontró con un cliente y consiervo que le debía cien denarios, y trabando de él por el cuello, le ahogaba diciendo: Paga lo que me debes. El cliente consiervo, en tal apuro, arrojóse a los pies del acreedor, suplicándole que tuviese paciencia hasta que se lo pagase todo; pero el acreedor no quiso esperar y lo metió en la cárcel. Las gentes consiervas que presenciaron tan cruel espectáculo, entristecidas, denunciaron el hecho al señor, y éste, llamando al siervo malvado le dijo: ‘Toda aquella gruesa deuda te perdoné porque me rogaste. ¿No debías tú haber tenido misericordia con tu consiervo, como yo la tuve contigo?’ Entonces, el señor, enojado, le entregó a los verdugos hasta que pagase cuanto debía. Así hará mi padre celestial con vosotros si no perdonáis de todo corazón a vuestras hermanos las ofensas que os hayan inferido.”

Cuando nuestra Guía o Maestro espiritual tiene agotados los recursos de la piedad para que no salgamos del particular sendero de justicia y misericordia que al venir, o mejor dicho, ser traídos a este mundo, nos fue marcado por los Señores que administran el Karma, entonces, sin abdicar de su hegemonía nuestro Maestro, hasta el punto que conviene a su plan redentor, nos entrega en manos de las fuerzas tenebrosas, demoníacas o satánicas, encarnadas y desencarnadas, éstas sin percatarse de la influencia que las pone

en acción, para que mediante las pesadumbres y calamidades entendamos y nos orientemos en la conducta que tanto los espiritualistas modernos como los demás hombres tenemos el ineludible deber de seguir para alcanzar el progreso evolutivo de que somos capaces en cada existencia planetaria.

Las fuerzas negras, Satanás y sus ángeles (Apoc. XII, 9) y toda la gente infernal, inconscientemente sometidas a las jerarquías divinas administradoras del Karma (Apoc. I, 18), tienen, como los verdugos de la parábola, la misión tremenda de, por sus pésimos deseos, que creen de justicia, corregir con inicua dureza a las almas que para su edificación moral lo han de menester.

“El reino de los cielos es semejante a un padre de familia que salió a la hora prima —seis de la mañana— a contratar trabajadores para su viña, y habiendo convenido con ellos darles un denario de jornal, fueron al trabajo; pero a las horas de tercia, nona y undécima envió más obreros a la viña sin tratarles del precio de la soldada con que había de pagarles. Terminado el día, el padre de familia ordenó a su mayordomo que pagase un denario a cada trabajador, comenzando por aquellos que sólo habían trabajado una hora y terminando por los que habían trabajado las doce horas. Los obreros de la primera hora, sin tener en cuenta el contrato, creyeron que a ellos se les debía dar proporcionalmente, y protestaron; mas el padre de familia objetó la infundada pretensión de los primeros obreros, alegando el contrato y añadiendo que con su capital podía hacer cuanto tuviera por conveniente. Que nadie tiene derecho a ser perjuro y exigente, alegando por causa los juicios y determinaciones del hombre libre y fiel a sus compromisos.”

Todavía es tiempo de pecar en la Tierra (Apoc. XXII, 11). Aún es tiempo para que sigan triunfando los egoístas, odiadores y embusteros; pero tal tiempo se acaba presto. El mundo marcha a evado más venturoso, y urge que vengan almas grandes al plano físico para apresurar la labor necesaria al planteamiento del reino de los cielos entre los hombres. El Cristo, el Manú de la Raza, está enviando seres de gran evolución para que los hombres preparen su advenimiento y dar fin al imperio del error. Con tal propósito el Maestro advinente, el Salvador de la Raza, el Cristo, el Señor de la viña, envía a la Tierra, al plano físico, tantos obreros como según el rumbo moral de la sociedad humana civilizada va creyendo necesarios, a fin de que su viña quede labrada para el día y la hora que nadie sabe. El tiempo y la razón, para que entre los hombres, a presencia del divino Maestro, se establezca la armonía indispensable a fin de que sea un hecho la comunidad de vida y bienes en la Tierra, es un arcano impenetrable hasta para las jerarquías divinas que ayudan en su labor al Logos terrestre. (Mateo XXIV, 36).

Para el Maestro, el señor que envía los obreros, prestos al trabajo, a laborar en su viña, todos ellos son dignos de igual recompensa, puesto que el que no venga a la labor de servicio hasta la hora postrera, es porque no le envían, porque aún no ha figurado entre los llamados ni entre los escogidos; pero él se halla en plaza y dispuesto al trabajo desde la primera hora. Los juicios divinos distan un mundo de las mezquindades de los juicios humanos, al extremo que, según las sagradas letras, la obra más grande y sublime del hombre es abominación ante Dios. (Lucas, XVI, 15). ¡Hombres!, hay que perfeccionarse (Mat. V, 48), hay que ser aptos para el reino de los cielos, hay que llegar a la actuación y dominio de los tres mundos terrestres; hay que poseer la Tierra, hay que tenerla por heredad, como está prometido a los mansos y humildes de corazón (Mat. V, 5).

“Maestro: ¿quién es el mayor en el reino de los cielos? Y. llamando Jesús a un niño le puso en medio de ellos, diciendo: En verdad os digo que si no llegáis a ser como niños no



entraréis en el reino de los cielos. Así que cualquiera que se humillare como este niño será el mayor en el reino de los cielos.” -

Como entre los varios errores mortales que por sus atávicos prejuicios sostiene el dogmatismo cristiano, figura la infernal negativa de la ley de Reencarnación de las almas para su depuración; verdad ésta que con claridad meridiana, en veinticinco textos, se expresa en los cuatro evangelios, amén de otros tantos en el resto del Nuevo Testamento, a más del buen número que se halla en el Viejo, textos vistos en todo su alcance por los cristianos gnósticos, que fueron los más entendidos, los más verdaderos cristianos, según la afirmación autorizadísima de César Cantú en su Historia Universal, creen los dogmáticos cristianos, como los hebreos vulgares, que la ignorancia, la candidez exulta de un niño es una virtud. Para nosotros, la ignorancia es el primero de entre los mayores pecados.

Sólo el verdadero sabio en su ancianidad puede acreditar su inocencia, porque por sus conocimientos y experiencias sabe mantener limpios su cuerpo y su alma de las inmundicias del error. Si la inocencia consiste en la pureza del alma, sólo es inocente el hombre que hollando con aprovechamiento uno de los tres senderos de perfección, halla la Sabiduría. Únicamente el alma pura y limpia es sabia. Sólo la sabiduría es inmaculada. La bondad verdadera es hija de la sabiduría

Como Sócrates era sabedor de este secreto, a uno que le llamó sabio, le replicó: “Sabio no, filósofo sí”. También Jesús, a uno que le llamó Maestro bueno le dijo: “No me llames bueno, que bueno sólo es Dios” (Marcos, X, 17, 18). El símil de Cristo tomando a un niño es sin duda el más adecuado para dar a conocer la candidez, la sencillez de ánimo que necesitan alcanzar los hombres para hacer propio y manifestar el reino de los cielos. Fue un símil el más acertado, el más apropiado para inteligencias vulgares, que todas creen que el niño es símbolo de verdad, pureza y sinceridad, por la espontaneidad con que se manifiesta. Para nosotros el poseedor del reino de los cielos es el hombre bondadoso que habla verdad y obra justicia, tanto con los humildes cuanto con los poderosos. El niño vulgar es un problema a resolverse con el tiempo, quien a pesar de sus instructores y educadores, al entrar como hombre libre en las actuaciones de la vida social, será, no lo que aquéllos con los mejores propósitos intentaron, sino lo que por el estado evolutivo de su alma fructifique. Y generalmente estos frutos son la ingratitud, la mentira, la hipocresía, la argucia contra el derecho, el egoísmo, el odio, el latrocinio y hasta el homicidio. Que aún son muchas las almas que con tales cualidades toman, mejor, las hacen tomar carne en este mundo, donde hasta la vuelta del Cristo es tiempo de pecar. (Apoc., XXII, 11, 12).

En otro lugar dice el Maestro: “Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos”.

De la docilidad del niño no corrompido por el trato de padres y parientes de baja estofa, puede sacarse muy buen partido educándole en la espiritualidad. Por eso a continuación de la frase citada agrega el Maestro: “Cualquiera que escandalizare a estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le anegase en el profundo del mar. ¡Ay del mundo por el escándalo! Aunque sea necesario el escándalo, ¡ay del hombre escandalizador!” Sabido es que la excepción confirma la regla. Entre los niños tenemos que hacer distinción de dignísimas y honrosísimas excepciones. Fueron y son dignos, no del reino de los cielos, sino del reino de Dios, en que evolucionarán las almas que en su postrera niñez terrenal fueron:

Hermes, Krishna, Zoroastro, Gautama el Buddha, Moisés, Elías, Aristóteles, Sócrates, Platón, Samuel, Daniel, Pitágoras, Jesús, Apolonio de Tiana, Swedenborg, Jacobo Boheme y otros, quienes con alma de Maestro han venido para manifestar sus mensajes redentores a este mundo.

“Mas ¿qué os parece este ejemplo del reino de los cielos? Un hombre anciano tenía dos hijos y una viña que por su vejez ya no podía cultivar con sus propios brazos. Y llegándose al primero le dijo: Hijo mío, quiero que vayas a cavar mi viña; y se negó a ir; pero después, arrepentido del desacato e ingratitud que implicaba su negativa, fue y cayó la viña. El padre, visto que el primero se había negado, acudió al segundo con la misma súplica, y éste aceptó diciendo: Yo, señor, voy; pero no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Dijeron los judíos: El primero. Díceles Jesús: En verdad os digo que los publicanos y las ramera os han de preceder en el reino. Vino Juan en camino de justicia y no le creisteis, y los publicanos y las ramera le creyeron.” No las palabras, sino las buenas obras son las que dan aptitud para el reino de los cielos, y más tarde, para el perseverante, el reino divino. Los

- hombres y mujeres tenidos por personas decentes en sus exterioridades, generalmente no aceptan las palabras redentoras, que son las verdades eternas, porque se creen redimidas; y sobre todo porque los redentores son escandalizadores y personas descamisadas, quienes por inducir las masas populares al error, tarde o temprano irán a las cárceles, y puede que también al patíbulo. Este es el juicio de los demoníacos. De esta calaña de personas decentes eran los escribas y fariseos, quienes huían de Juan y de Jesús para no contaminarse con sus herejías, y que su prestigio, honor y trato con la aristocracia no sufrieran menoscabo. Esta raza de hipócritas ensalzadores de sus propias personas (Mat. XXIII, 13-16), es hoy mucho mayor en número y de peor calidad que entonces. ¿Qué labor ha sido la del cristianismo a partir del siglo IV de la Era Cristiana, que en vez de disminuir, qué digo, extirpar esa raza invasora de ropaje y modales atildados, egoístas, odiadores y fanfarrones, la ha aumentado en asombroso número con pernicioso refinamiento? Por nuestro mal, en el mundo, hoy como ayer, en general sólo son humildes y mansos de corazón las personas a quienes se les imputa pecado. Estas son las que tienen libertad y abiertos sus corazones a la Verdad y cooperan con los enviados que la predicán. ¡Raza de hipócritas, que la riqueza, el poder y la enseñanza religiosa tenéis acaparados para los fines bastardos que os sugieren vuestros egoísmos, no olvidéis que los publicanos y las ramera, según las palabras del divino Maestro, por sólo su humildad, como pecadores confesos os han de preceder en el reiflo de los cielos! Que de tal valía es para las cosas transcendentales reconocer y, humildemente, confesar los errores cometidos, y estar atentos a la voz del que, con camisa o descamisado, le proporciona el medio positivo de corregirlos.

“El reino de los cielos es semejante a diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Las cinco de ellas eran prudentes y las otras cinco necias y perezosas. A éstas se les olvidó llevar aceite para en caso de que el esposo tardara, no les faltase la luz; mas las prudentes fueron precavidas y llevaban cada una su ampolla de aceite. Como el esposo tardaba, se durmieron las necias. A la media noche se oyó la voz de: ¡El esposo se acerca, salid a recibirle! Entonces las vírgenes precavidas aderezaron sus lámparas. Las necias pidieron aceite a las precavidas, porque sus lámparas se apagaban, y las prudentes contestaron: ‘Si os damos de nuestro aceite, más tarde faltará a todas. Id vosotras a los que venden,- y comprad para vosotras’. Y aconteció que, durante

el tiempo que las necias invirtieron en ir, comprar y volver, llegó el esposo y con las vírgenes prudentes entró en la casa donde estaban preparadas las bodas y cerró la puerta (Juan X, 9). Después llegaron las vírgenes perezosas, y clamaban: ‘Señor, señor, ábrenos’; y él respondióles: ‘En verdad que no os conozco,’.

“Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del hombre ha de venir.”

Ateniéndonos a la prehistoria y a la historia de la Humanidad, sabemos, según datos modernos, que algunos redentores han venido varias veces a los países en que por vez primera enseñaron sus doctrinas. Hermes Trismegisto vino varias veces a Egipto y Zoroastro hizo lo propio en la Media, nación ésta que fue una satrapía del imperio Persa. Los Cristos venidos a unir a los hombres con Dios, enseñándoles la parte de Verdad eterna que han podido llevar, espiritualmente viven entre los hombres que la recibieron, a quienes llaman hijos de Dios en cuanto al espíritu (Juan I, 12, 13); y, pasados algunos miles de años, vuelven de nuevo a personificarse (Hechos, I, 11) hasta contemplar el plan redentor que se trazaron. En el “Canto del Señor” (Bhagavad-Gita) el divino Krishna (un avatar del Logos) dice a Arjuna (alma depurada): “Siempre que languidece la justicia e impera triunfante la iniquidad, me doy nacimiento a Mí mismo, encarnándome así de edad en edad, para proteger a los justos, abatir a los malvados y restaurar la veneranda ley (Dharma). Quien así conozca en verdad mi encarnación y mis actos divinos, no renacerá después de abandonar su cuerpo mortal, porque viene a Mí, Arjuna.

“Exentos de afecciones, temor y cólera; partícipes de mi naturaleza y buscando en Mí su refugio, muchos hombres purificados por el místico conocimiento han entrado en mi ser. En igual forma que los hombres acuden a Mí, yo los acojo a ellos. Cualquiera que sea la senda que ellos sigan aquella senda es la mía. (Canto IV, 7-11.)

En el próximo advenimiento del Cristo no se tratará de otra cosa que de la implantación del reino de los cielos, que es puramente planetario, solamente humano. Sabemos por el apóstol en su primera carta a los Corintios, capítulo XV, versos 40 y 41, que “ciertamente una es la gloria de los celestiales y otra la de los terrestres; una es la gloria del Sol, otra la gloria de la Luna y otra de cada una de las estrellas, porque cada estrella es diferente a otra en gloria”.

Por lo que deducimos de las letras sacras y nuestras experiencias, el divino Maestro que predicó el nuevo mandamiento en Palestina u otro de su jerarquía, vendrá a la Tierra tantas veces como sea necesario, hasta que varias veces solventada en sucesivos juicios finales, la Humanidad terrestre quede apta para su ingreso colectivo en el reino divino.

A cada advenimiento ha de preceder un juicio final de edad, época o milenio en que el esposo al celebrar bodas con la humanidad vigilante, con la parte de raza depurada y selecta, cierra la puerta del festín; no permite que disfrute de él la parte de humanidad que durante el milenio de espera fue necia, perezosa, fatua. Y vano es que llame para que le abran, porque la misericordia<sup>32</sup> divina, Karma, para nuestro bien, no olvida ni perdona los errores; éstos hay que depurarlos en un milenio para entrar evolucionando en el superior siguiente.

El que no avance se atrasa.

<sup>32</sup>

Creo que, en lugar de “misericordia”, sería más correcto “justicia”.

Hay que velar, porque no se sabe a la hora en que hemos de liquidar la cuenta de nuestro estado evolutivo. Si perdemos la ocasión y el Cristo cierra la puerta, ya quedamos fuera del reino, hasta pasado otro tiempo de incalculable duración, durante el cual tendremos que permanecer entre gentes que nos harán llorar y crujir los dientes.

“Porque el reino de los cielos es como un hombre que partiéndose lejos llamó a sus siervos y les entregó sus bienes:

y a éste dio cinco talentos, a otro dos y al otro uno: a cada uno entregó conforme su facultad y posibilidades; y después se marchó lejos. El siervo que había recibido cinco talentos, hizo buenos negocios y granjeó otros cinco talentos. El que recibió dos, ganó también otros dos. Mas el que recibió uno, fue y cayó en la tierra y escondió el dinero que para granjear le había dado su señor. Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos y los llamó a liquidar. El que había recibido cinco talentos dijo: Señor, cinco talentos me entregaste, y con ellos gané otros cinco que te entrego. Y su señor le dijo: Bien; eres bueno y fiel siervo; y como has sido fiel en lo poco, yo te daré para que administres mucho. Ahora entra en el gozo de tu señor. Entró a liquidar el que había recibido dos talentos y entregó cuatro a su señor, y éste dijo igualmente que al primero. Llegando el que había recibido un solo talento dijo: Señor, te conozco que eres hombre duro; que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Te tengo miedo y para evitarme probables pérdidas, escondí tu talento que te devuelvo. El señor le dijo: Malo y negligente siervo, si sabes que siego donde no sembré y que recojo donde no esparcí, debiste dar el talento a los banqueros y me hubiera producido alguna ganancia. Entonces el señor dijo a sus siervos: Quitad a éste el talento y dadlo al que tiene diez, porque a cualquiera que tuviera le será dado y tendrá más; y al que no tiene lo poco que inútilmente pudiera tener le será quitado. A este siervo inepto, echadle a las tinieblas de afuera. Allí será el lloro y el crujir de dientes.”

El divino Maestro, el Cristo, que hace veinte siglos se ausentó de la Tierra, mejor, que desapareció para los que no hacen por verle y para aquellos que no le ven ni le sienten, pero que está en verdad, aunque no le vean, con los pocos o muchos que se congregan en su nombre (Mat. XVIII, 20) tiene dados sus talentos, sus dones, su tesoro redentor, a los que desean servirle, cooperar en el servicio de hacer a los hombres aptos para el reino de los cielos que El, en su propio glorioso cuerpo según su promesa, pruebas y señales, ha de inaugurar. A los hombres que por sus dotes adquiridas, propias, les han sido dadas otras dotes con poderes superabundantes para administrar las enseñanzas del supremo magisterio que es el de con altruismo bien sentido., a todas horas y en todo lugar dar a conocer las bellezas de la verdad, de la justicia y de las virtudes depurativas y meditativas, y tales hombres distraídos unos con las exigencias sugestivas de los placeres terrenales que a los sentidos arrebatan, y otros temerosos de ser arrollados por la cultura de los hombres demoníacos, por sus argucias satánicas, no han trabajado, no han hecho transacciones especulativas para fomentar el tesoro que como a sus servidores le confiara el Señor, estas almas a pesar del progreso que habían adquirido, por su demostrada ineptitud para las buenas obras serán arrojadas de la Tierra al dar en ésta principio el primer solemne acto de los de la serie que han de constituir en su plenitud el reino de los cielos,, humanamente administrado y por el Cristo regido.

He aquí las trece parábolas tomadas del evangelista Mateo, magistralmente simuladas las semejanzas o semblanzas de las virtudes que se han de menester para las actividades del reino de los cielos, que no es otra cosa que la de decir verdad, obrar recta

justicia con altruismo y por consecuencia, actuar a la vez por derecho propio, sin trance mediumnístico, en plena vigilia y posesión de sí mismo en los tres mundos constituyentes de la Tierra o globo que tanto en la carne como fuera de ella habitamos y gracias que aún por millones de años habitemos, porque ello sería prueba irrecusable -y dichosa de que no habíamos sido arrojados a la gehenna, a las tinieblas de afuera (Mat. XII, 13) en ninguno de los juicios finales que han de tener en la Tierra hasta que ésta por su progreso físico se convierta en morada divina, y. nosotros, la entonces dichosa dotación terrestre por nuestro elevado nivel moral, seamos dignos de habitarla.

## XXVIII

### Historia de la cortesana Vasavadatta y del comerciante Upagúpta (Anatole France)

Había en Mathura, en el Bengala, una cortesana de gran belleza, llamada Vasavadatta, la cual, habiendo visto un día en la ciudad al joven Upagupta, hijo de un rico comerciante, concibió por él un ardiente amor. Entonces ella se valió de su criada para decirle que tendría un gran placer en recibirlo en su casa. Pero Upagupta no fue. El era casto y dulce y muy piadoso; poseía la ciencia, observaba la ley y vivía según Buddha. Por esto despreció el amor de tan hermosa mujer.

Después de transcurrido algún tiempo, Vasavadatta cometió un crimen y en castigo fue condenada a que se le cortaran las manos, los pies, las orejas y la nariz. Conducida a un cementerio se ejecutó la sentencia y Vasavadatta quedó en el mismo sitio en donde había sufrido la pena, pero aún con vida.

Su criada, que la quería y estaba a su lado, ahuyentaba las moscas con un abanico para que la ajusticiada pudiese morir tranquila. Mientras cumplía estos piadosos cuidados, vio a un hombre que se aproximaba, no como un curioso, sino con recogimiento, demostrando mucho interés en su visita. Un niño le acompañaba tapándole la cabeza con un quitasol. La criada, al reconocer al joven Upagupta, reunió apresuradamente los esparcidos miembros de su ama y los ocultó bajo el manto. Al acercarse el hijo del comerciante a Vasavadatta, se detuvo y contempló en silencio a aquella cuya belleza brillaba hacía poco en la ciudad como una perla. La cortesana, al ver a aquel que ella amaba, le dijo con voz expirante:

— ¡Upagupta, Upagupta!, cuando mi cuerpo, adornado de joyas y de ligeras telas, era dulce como la flor del loto, te esperé en vano. Cuando yo inspiraba el deseo, no quisiste verme. ¡Upagupta, Upagupta!, ¿por qué vienes ahora que mi carne sangrienta y mutilada no es más que un objeto de repugnancia y de espanto?

Upagupta respondió con deliciosa dulzura:

— Hermana mía Vasavadatta, en los rápidos días en que tú parecías hermosa, mis sentidos no se dejaron engañar por vanas apariencias. Entonces yo te veía ya con la mirada de la meditación tal como tú apareces hoy. Yo sabía que tu cuerpo no era más que un vaso de corrupción. En verdad te digo que para quien ve y quien sabe, tú no has perdido nada. No tengas ningún pesar. No llores las sombras de la alegría y de la voluptuosidad que huyen de ti; deja que se disipe el mal sueño de la vida. Considera que todos los placeres de la Tierra son como el reflejo de la luna en el agua. Tu mal procede de haber deseado mucho; no desees ya nada; sé dulce contigo misma y valdrás más que los dioses. ¡Oh!, no desees ya vivir; se vive porque se quiere, y tú bien ves que la vida es mala. Yo te amo, hermana Vasavadatta, y te aconsejo que te conformes con el reposo.

La cortesana oyó estas palabras, y conociendo que eran verdaderas, murió sin deseos y dejó santamente este mundo ilusorio.

## COMENTARIO

“Donec cris felix, multos numerabis amicos, tempora si fuerint nubila, solus cris”, dijo el austero Catón, considerando la soledad tristísima en que se quedan, cuando sobreviene la desgracia, todos aquellos que antes se viesan mimados por la fortuna como la cortesana Vasavadatta del clásico francés.

El “¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!”, de la célebre poesía de Becker, no reza, sin embargo, con las almas grandes que saben otorgar su compasión sin límites —el rasgo más divino que pueden tener los hombres— a los enfermos, a los caídos y a los tristes, Maha-atmas o “Almas grandes” que se dice en sánscrito, como la de Upagupta acogiendo misericordioso a la abandonada cortesana, o como Jesús salvando de la muerte a la mujer adúltera.

Pero, a falta de un Upagupta como el del cuento, todas las almas en el momento supremo, que es el de la muerte, tienen un compañero, un salvador, que son sus buenas obras, como se expresa en la lindísima fabulita anónima, llamada de Los tres amigos, y que dice:

“Un hombre tenía tres amigos. Dos de ellos le eran muy queridos, pero el tercero le era casi indiferente, no obstante mostrarle éste constantemente la más sincera adhesión. Cierta día, a causa de una atroz calumnia, tuvo nuestro hombre que comparecer ante los Tribunales, y aunque alguien depusiese en su favor. Llamó, pues, a los dos primeros amigos, pero el primero se excusó al instante, diciendo que le impedían el acompañarle otros más perentorios quehaceres; el segundo, se prestó a acompañarle hasta la puerta del Tribunal, sin atreverse a pasar de allí. El tercer amigo, en cambio, aquel a quien nunca había hecho gran caso, entró denodadamente ante los jueces, testimonio alto y claro en su favor y logró así verle, al fin, absuelto de la acusación...

El hombre tiene, en efecto, tres grandes amigos mientras vive en este bajo mundo, pero que se comportan de bien diferente manera cuando, después de la muerte, es llamado el hombre ante el tribunal de su conciencia que es el tribunal de Dios.”

El dinero, su amigo más amado, le abandona en el acto mismo de morir, sin interesarse por su amo lo más mínimo.

Los parientes y amigos, suelen acompañar su cadáver hasta las puertas de la tumba, retornando luego resignados a su hogar...

¡Sólo las buenas obras, aquellas leales amigas a quienes jamás tuvo en gran aprecio el hombre, son las que le acompañan gallardas, deponiendo en su favor!

XXX

## El “Yo”

(El svrami Vivekananda.— Filosofía Yoga)

- Un deva y un asura fueron a consultar a un gran sabio para que les instruyese acerca del conocimiento del “Yo”. -

Después de pasar muchos días absortos en las sublimes enseñanzas que fluían de la boca del sabio, éste les dijo en resumen: “Tú eres ese mismo ser que buscas conocer y al que llamas Yo”.

Los dos consultantes se retiraron creyendo que su efectivo “Yo Esencial” era su cuerpo físico, y añadieron: “Ya no tenemos por qué preocuparnos de más cosas, y pues que nuestro cuerpo es el verdadero Yo nuestro. Comamos, bebamos, gocemos y pasemos la vida lo más agradablemente posible, libres de toda clase de preocupaciones”.

Como la naturaleza del asura o demonio fuese grosera y torpe, no se inquietó por saber ya más, satisfecho al creer bajo el supuesto testimonio del sabio que la Divinidad estaba en él y que por ese “Dios Interior” o Yo no debía nunca entenderse sino su cuerpo físico al que suministraba así la más regalona de las vidas.

Pero el deva, cuya naturaleza era más refinada, pensó al fin: “Creyendo que mi Yo es mi cuerpo, he tratado de conservarle lo más fuerte y sano posible y le he dado todos los goces. Sin embargo, semejante vida de bestia parece bien poco conforme con la naturaleza de un Dios. Debe, pues, haber aquí algo más elevado, y que no he alcanzado aún a comprender”. Y se fue de nuevo junto al maestro, diciéndole:

—Señor, ¿no me enseñaste que este mi cuerpo es mi Yo? Si es así, yo no puedo alcanzar cómo envejeciendo y acabando por morir mi cuerpo, pueda él ser el “Dios interior”, quien no creo pueda morir.

El sabio respondióle, lacónico:

—Búscalo bien; tú eres aquello.

El deva al retirarse pensó que el maestro se refería más bien a las fuerzas vitales que invisibles mantenían la sintética textura de su cuerpo y que podían acaso sobrevivir a éste. Pero al cabo de algunos días hubo de advertir que dichas fuerzas no tenían nada de permanentes, sino que, según el régimen malo o bueno que llevase, ellas se debilitaban o se robustecían. De igual modo que antes, volvió a la consulta, preguntando:

—Maestro, ¿quisiste acaso decir que el Yo eran las fuerzas vitales? —a lo que el sabio insistió:

—Busca por ti mismo: En verdad te digo que tú eres Aquello.

Entonces el deva creyó poder soltar el nudo de la dificultad, deduciendo que su verdadero Yo era su Pensamiento, mas, no tardó en notar de igual modo que también sus pensamientos eran variables y su oleaje eterno semejaba al del mar, cosa que en sí nada tenía de divino o permanente. Desconsolado, consultó de nuevo, quien le dijo imperturbable:

—No; tú no eres tu pensamiento sino algo por encima de tu pensamiento. ¡Tú eres Aquello inefable que no se puede nombrar con humanas palabras! ¡Busca, pues!

Buscó el deva, en efecto, cayendo al fin en la cuenta de que él era en sí ese mismo “Dios interior” que tan en vano buscaba: el Uno sin nacimiento ni muerte posible, a quien como dice el Bhagavad-Gita, ni la espada puede herir, ni el fuego quemar, ni el aire secar, ni el agua humedecer, porque es él sin principio ni nacimiento: el Eterno, el Inmutable, Invisible, Omnisciente, y Omnipotente Ser que se halla por encima de todo, lo mismo de la mente que de la vida y que del cuerpo.

De este modo el deva quedó al fin satisfecho, pero el pobre diablo no consiguió percibir la verdad a causa de su mismo apego a su deleznable cuerpo. Existen, en efecto, sobre la haz de la Tierra muchas de estas desdichadas naturalezas demoníacas. Por eso



quien se propone enseñar algo que tienda al aumento de los goces de los sentidos, encuentra fácilmente numerosas gentes que le sigan, pero el que intenta mostrar a la Humanidad el camino que conduce a la suprema meta, difícilmente halla quien quiera escucharle.

Muy pocos hombres están lo bastante evolucionados para aspirar así a lo que es imperecedero, y menos todavía los que cuentan con la perseverancia necesaria para alcanzarlo; no obstante, que ni el más ignorante de los hombres desconoce el hecho de que, viva nuestro cuerpo un día o un siglo, su destino postrero es el de perecer cuando la Suprema Fuerza de su Divino Yo deje de presidir a su funcionamiento.

## COMENTARIO

El mejor comentario a este epígrafe es la fabulita de Schmid, conocida bajo el nombre de “El emblema de las tres violetas” y que dice así:

“Se imaginaba Alfonsito que eran del mismo color todas las violetas. Un día, no obstante, se encontró entre las acostumbradas violetas del jardín, una que era blanca y otra que era roja como el fuego. Cogió enseguida la violeta ordinaria, la blanca y la roja, llevándoselas, lleno de infantil contento, a su mamá. Estas tres clases de violetas, aunque no son tan raras como te crees, pueden constituir para ti un gran descubrimiento, si procuras no olvidar nunca que la violeta ordinaria, en su color azulado casi morado, es una imagen de la más alta espiritualidad; la violeta blanca, el símbolo de la dulzura, la inocencia y el candor, y, en fin, la violeta de encendida coloración roja, deberá decirte siempre a tu conciencia:

— ¡Mantén constantemente en tu corazón el más ardiente amor a lo bello, a lo bueno, a lo justo y a lo verdadero!

XXX

## La prueba

(Del artículo de Aimée Blech con este título.— Soplín, 1908)

A la sombra del árbol sagrado reposaba el Señor Buddha... De pronto, la cierva que bajo las ropas del Bienaventurado cobijaba a su cervatillo, irguió la cabeza y husmeó el aire, sorprendida. Un rumor sordo y lejano se escuchó; después, el galope de muchos jinetes a cuyo frente se mostró un joven caballero de tez de oro bruñido, con riquísimo traje bordado de piedras preciosas. El joven detuvo con ademán imperioso a su cohorte y se postró ante el Buddha en actitud de adoración. Una irradiación dulcísima brotó de la mirada de éste.

—¡Oh Bhagavad! —dijo humildemente el joven príncipe—. Soy Djêta, el príncipe heredero de Kasamba. Tu fama llegó hasta mí y desde entonces no hallo punto de sosiego. Nada, ni mujeres, ni amigos, ni poder, ni tesoros, tienen ya encanto para mí. Sólo ansío una vida superior. ¡Acéptame, pues, por discípulo, oh Bendito!

El Bienaventurado prosiguió sin pronunciar palabra contemplando al príncipe.

—¿Desdeñas responderme? —insistió éste—. Desde mi in-

fancia he llevado una vida pura; he hecho el bien y cumplido la Ley; me he nutrido en los sagrados libros... ¿No me basta todo ello?

— ¡No! —respondió el Buddha.

— ¿Cuándo, pues, me permitirás volver a ti?

—Siete lunas después de la estación de las lluvias.

Djêta inclinó, resignado, la cabeza; volvió a adorar al Santo, y luego se perdió con su escolta en las sombras de la noche.

Siete lunas más tarde, el Sol de aquel día se había traspuesto entre rojas nubes. La tempestad estalló; una lluvia torrencial caía de las nubes; el bosque gemía bajo el embate del viento; los pajarillos se refugiaban en el sagrado árbol que cobijaba al Bienaventurado y al que no mojaba una gota, y una joven pantera se agazapaba como un perro fiel bajo los pies del Santo. Venciendo a todos los elementos desencadenados y sin escolta alguna, llegó a postrarse segunda vez el joven príncipe. -

—¡Oh Bhagavad! —exclamó aquél suplicante—. He aquí la anhelada hora. He sufrido toda clase de pruebas crueles; he llevado pura y ascética vida y me he sumergido en las más hondas meditaciones: ¿Me aceptarás ahora por discípulo?

—¡No! —volvió a decir el Buddha.

— ¿Por qué así me rechazas?

— ¡Oh noble príncipe! —le dijo el Santo con voz dulcísima que hizo calmar al punto la furia de los elementos—. Cuantas -pruebas hasta aquí has sufrido proceden de, tu karma pasado y dimanan de tu propio carácter. Vuélvete a tu palacio y conténtate con llevar en él la vida de un hombre virtuoso.

—¿Te dignarás, al menos, decirme en qué pruebas flaqueé?

— ¿Te acuerdas —siguió el Maestro— de que en la propia corte de tu padre fuiste acusado por una falta que no habías cometido, y en vez de aceptar cual una deuda fatal semejante humillación, te defendiste?... Quien desee ser mi discípulo ha de soportar en silencio la calumnia y la injusticia y llevar con igual indiferencia la infamia que ‘la gloria. ¿Te acuerdas también de que un advenedizo se interpuso entre ti y tu íntimo amigo Yachas con intento de arrebatarte su amistad y en vez de resignarte también, te sublevaste con los más iracundos pensamientos en lugar de amar al amigo por el amigo mismo y no por el placer que con su amistad sentías? El que desee seguirme en el Sendero de la liberación ha de renunciar a sus más caros afectos, arrancando de su corazón toda raíz de egoísmo...

— ¡Oh Bhagavad!... Háblame más; sigue cubriéndome de oprobio...

— ¿Te acuerdas, en fin, de que falto de caridad, desfalleciste cuando Nanda, una de tus mujeres, cometió gravísima culpa, y tú, sin compadecerte de su juventud e ignorancia la arrojaste de palacio?... El hombre simplemente virtuoso puede defender su honor, castigar y repudiar, pero el sabio ya no juzga, sino que comprende y perdona. Su mirada está más atenta a descubrir la disculpa del error que el error mismo y hay en su corazón más piedad y ternura para sus hermanos que gotas de agua atesora el seno de los mares...

—Ya sé, ¡oh Señor! lo que me mías —exclamó el Príncipe arrasado en lágrimas—. Concédeme, pues, al menos, intentar de nuevo la prueba.

—Consiento —respondió el Señor brillando una estrella en su mirada que iluminó el bosque hasta sus confines.

\* \* \*

Apenas estuvo de regreso Djêta en Kasamba se vio precisado por muerte de su padre, a empuñar las riendas del gobierno y su primer cuidado fue colmar de honores a Yachas y reintegrar a la princesa Nanda en su palacio. Con ello estallaron las iras y censuras contra él en todo el reino, pero Djêta permaneció impasible.

Un tal Arada, de la casta de los guerreros o kshattryas, se decidió a libertar el reino de lo que se creía locura y tiranía del joven rey, y blandiendo un puñal se arrojó sobre éste de improviso, dispuesto a traspasarle. Pero en el momento supremo Arada fue sorprendido y llevado a la presencia real.

Arada, con los brazos cruzados, miró al joven rey en actitud retadora. Djêta, sin parar en ello mientes, le puso tranquilamente las manos en los hombros y le miró de hito en hito “con ojos más atentos a descubrir la disculpa del error que el error mismo”, según el Maestro le había dicho. Entonces sintió como si el corazón mismo del Bendito Bhagavad se infundiese en el suyo, y viendo en el pasado de las vidas del agresor la cadena de tristes e ignorantes existencias, creía ver detrás a la humanidad entera con sus errores y sus culpas. Invadióle entonces una oleada de infinita ternura y hubiera querido estrechar en su corazón aquella alma pecadora en la suya tan pura...

— ¡Hermano! —le dijo, abrazándole—. Yo te amo porque yo no sé otra cosa que amar. ¡V-en y comparte conmigo la gloria de mi triunfo como yo comparto contigo la pena de tu oprobio!

Cuando los guardias llegaron, vieron a Arada llorando amargamente sobre los hombros del Príncipe...

\* \* \*

En la soleada plazuela del bosque sagrado seguía meditando con las piernas cruzadas el Bhagavad, a la sombra de su árbol predilecto. Había esperado toda la noche al Príncipe, porque sabía que el Príncipe cumpliría su palabra. Había llegado ya la aurora y tras ella el ‘Sol a quien las avejillas del árbol saludaban con sus trinos; la cierva cariñosa le había traído al Santo su cervatillo; los leones y los tigres llegaban a olfatearle humildes sus plantas y a lamérselas. En aquel bendito bosque el despertar de la Naturaleza era siempre el despertar del amor.

El Bienaventurado abrió al fin los ojos; Djêta estaba ante él solo, sin escolta y vestido con ropas de mendicante. Después de adorar largo rato al Santo Buddha, se levantó como el que llega de larguísimo viaje, alargando hacia él sus manos en actitud de súplica.

El Maestro no le dio tiempo a más, e irradiando de todo su ser la gloria entera de que estaba lleno, le dijo, al fin, con divina dulzura:

— ¡Sí! ¡Sé bien venido, oh Djêta, mi amado discípulo!...

Nunca como entonces fue augusta y solemne la paz que reinaba en el bosque, como si se hubiesen unido para siempre el Cielo y la Tierra...

## COMENTARIO

Todo cuanto pudiera decirse glosando los inefables pasajes anteriores, se encierra en esta sola idea genuinamente cristiana y budhista: la de la Renunciación; el dar a los demás por encima de lo que quisiera para sí mismo.

Djêta, el hombre santo y bueno según el mundo, para llegar a la perfección de ser discípulo del bienaventurado Taltaghata, tuvo antes que renunciar a sí mismo...

¡Sólo de este modo y a costa de una tal renuncia se puede ser, aun pisando en esta miserabk Tierra un habitante de los cielos excelsos!

## XXXI

### El sermón en Benarés

1. Los cinco bhiksus o monjes mendicantes vieron venir a su antiguo maestro y convinieron en saludarle, pero sin dirigirse a él como a tal Maestro, tratándole sólo lisa y llanamente, “pues que dijeron —él ha quebrantado sus votos monásticos y faltado a la santidad de los mismõs-. No es, por tanto, un efectivo bhiksu, sino simplemente Gotama, es decir, un hombre que vive en la abundancia y está entregado a los placeres del mundõ”.

2. Pero cuando lleno de dignidad se les acercó’ el Bienaventurado se levantaron inconscientemente, a pesar de su resolución. Sin embargo, se limitaron a llamarle por su nombre, y diciéndole “amigo”, no “hermano”.

3. Cuando el Bienaventurado se vio acogido de tan duro modo, les dijo: “No ilaméis al Tathagata por su nombre ni le digáis ‘amigo’, pues él es Buddha el Santo. El Bienaventurado mira a todos los seres vivientes con suprema e idéntica bondad de corazón,- y por eso es siempre llamado ‘Padre’. Faltar al respeto a un padre es acción mala; y censurarle, grandísimo pecado”.

4. El Tathagata además no busca la salvación en las austeridades, pero esto no es razón para que penséis que se entrega a los placeres del mundo ni que vive en la abundancia. El-Tathagata ha encontrado, en efecto, el sendero medio.

5. Los hombres que aún no se han librado de sus viejos errores, no se llegan a purificar ni absteniéndose de comer pescado o carne, yendo desnudo y con la cabeza rapada, ni llevando los cabellos trenzados ni cubriéndose de polvo y ceniza, ni vistiéndose con hábitos toscos, ni siquiera sacrificando a Agnĩ.

6. El leer las Vedas; hacer ofrendas a los sacerdotes o sacrificios a los dioses, mortificarse con el frío o el calor u otras penitencias semejantes con el fin de obtener la inmortalidad, no purifican en modo alguno al que de errores no está libre.

7. La impureza no está, en verdad, en comer carne, sino en la cólera, la embriaguez, la’ - terquedad, la hipocresía, la propia alabanza, la arrogancia, el calumniar a otro y el abrigar malas intenciones contra él.

8. Permitidme, pues, ¡oh bhiksus!, que os hable de ese sendero medio, que permanece equidistante del uno y del otro extremo. Si, según el mundo, la mortificación no conduce ni aun a la ciencia, ¿cómo va a conducir a la virtud y al triunfo de los sentidos? Por el sufrimiento, el devoto extenuado sólo logra producir en su mente la confusión de pensamientos enfermizos.

9. El que con agua llena su lámpara, jamás logrará disipar con su lámpara a las tinieblas. Tampoco conseguirá encender el fuego, quien para ello emplee sólo maderas podridas.
10. Toda mortificación en sí es dolorosa, yana y sin provecho alguno. Aunque se lleve una vida miserable, ¿cómo podrá uno libertarse del yo, si antes no consigue extinguir en él el fuego de la concupiscencia? -
11. La mortificación, sea cual fuere, resulta inútil, mientras el yo continúe apeteciendo, ora los placeres de este mundo, ora los de los cielos. Unicamente aquel hombre en quien semejante yo se ha extinguido libertándose de la concupiscencia, es el que ya no desea ningún placer ni mundano ni celeste. Este tal, aunque coma o beba según las naturales necesidades de su cuerpo, jamás se verá ya manchado por semejante hecho.
12. El agua que rodea a la flor del loto no por eso moja sus pétalos.
13. Por otra parte, toda sensualidad es enervante. El hombre sensual es esclavo de sus pasiones, y la persecución del placer es degradante e indigna.
14. Pero satisfacer las necesidades de la existencia no es un mal, El conservar nuestro cuerpo en buena salud es un deber, pues de otro modo no seríamos capaces de conservar encendida la antorcha de la sabiduría, que presupone el mantener fuerte y lúcida nuestra mente.
15. Tal es el sendero medio, el que siempre equidista de, los dos extremos, ¡oh bhiksus!
16. El Bienaventurado, compadeciendo los errores de éstos, les habló bondadosamente como a discípulos. La insignificancia de sus esfuerzos y el hielo de la malquerencia que helaba los corazones de los bhiksus, comenzó a cambiar y a derretirse al dulce calor de la predicación del Maestro.
17. Entonces el Bienaventurado puso en movimiento la Rueda de la Buena Ley y comenzó a predicar a los cinco bhiksus, abriéndoles la puerta de la inmortalidad y enseñándoles la felicidad del Nirvana.
18. Y la sublimidad de cuanto habló el Bienaventurado conmovía a los Esferas.
19. Los devas dejaron sus moradas celestes para recibir las mieles de la verdad; los santos que habían conseguido una vida mil veces más feliz que la de aquí abajo se aglomeraron invisibles en torno del gran Instructor para recibir con su palabra una felicidad aún más excelsa, y aun los animales y plantas de la Tierra sentían en su inconsciencia el raudal de dichas que fluía de las palabras del divino Tathagata. Todas las criaturas, en fin, al escuchar el Mensaje de la liberación le comprendían cada cual según su capacidad y en su propio y respectivo lenguaje.
20. El Buddha dijo:
21. Los rayos de la Rueda de la Ley parten todos del centro de la Suprema Verdad e irradian en todas direcciones pasando por todos los puntos del círculo y de la circunferencia que al círculo limita. La justicia es el área de ese Círculo que comprende en sí todos los inextensos puntos del mismo. Cuando el Círculo gira en el espacio sobre cualquiera de sus diámetros con arreglo al divino Símbolo de lo Recto y lo Curvo, es engendrada la Esfera, símbolo de lo perfecto. El universo es la Esfera de radio infinito cuyo Centro de Suprema Verdad está en todas partes y cuya Superficie exterior no está en ninguna...

22. Todo cuanto ha tenido un principio o comienzo habrá de disolverse al fin en la nada. Todo de donde salió. Por eso todo cuidado acerca de la personalidad es vano, asemejándose el yo a un mero espejo. Cuantas tribulaciones le alcancen, pues, son pasajeras y habrán de desvanecerse cual la pesadilla, así que el durmiente despierte.

23. Quien así llegue a estar despierto de la ilusión de la personalidad, queda ya libre por siempre de todo temor; conoce ya la vanidad de todos sus falsos cuidados anteriores y de sus penas y ambiciones. Entonces se convierte en un Buddha.

24. Cuando, por ventura, regresa un hombre de baflarse y tropieza con una cuerda mojada, deputándola en su fantasía como una serpiente, el miedo y el horror le embargan, sufriendo mentalmente de antemano todas las angustias que causa una mordedura venenosa. ¡Y qué consuelo no experimenta este hombre cuando comprueba al fin que aquello que le aterrara era una cuerda mojada y no una serpiente! La causa de su espanto estribó en su error, en su ignorancia, es decir, en una ilusión, pero al reconocer la verdadera naturaleza del objeto retorna la tranquilidad a su alma sintiéndose aliviado y feliz.

25. Tal es el estado mental de aquél que ha reconocido al fin que el “yo personal” no existe y que semejante causador de todas sus angustias, dolores, vanidades y cuidados es un mero espejismo, una sombra y un ensueño. -

26. Quien así reconoce la existencia del dolor, su causa verdadera y el eficaz remedio que le extingue, ése ha penetrado ya en el fondo de las Cuatro Verdades Excelsas y de aquí en adelante marchará por el camino recto.

27. Las opiniones sensatas serán la antorcha que iluminará su camino. Las rectas intenciones serán su guía. Las palabras justas y los hechos puros serán su morada en el Sendero. El caminará derechamente hacia la meta; ganárase honradamente su vida; la justicia presidirá a sus pasos; los buenos pensamientos serán su respiración y la Paz le cobijará, doquiera que fuese, con su manto augusto.

28. El yo es una fiebre, una visión pasajera, un ensueño o un relámpago, pero la Verdad es saludable, sublime, perdurable. Sólo la Verdad es eterna. La inmortalidad no existe sino en ella. ¡Feliz aquel que venciendo todo egoísmo, ha obtenido la Paz y con ella la Verdad! La verdad es noble y dulce y nos liberta del mal. No hay ni ha habido ni habrá en el mundo otro salvador que la Verdad.

29. Tened, pues, confianza en la Verdad, aun cuando os sintáis incapaces de comprenderla; aun cuando os parezca que su dulcedumbre es amarga, y aun cuando en el primer momento retrocedáis ante ella. ¡Confiad siempre en la Verdad!

30. Los errores, en cambio, no harán sino extraviaros, porque la ilusión, como la bebida fermentada, embriaga y engendra el mal, acabando al desvanecerse por dejar al hombre enfermo, hastiado y marchito...

31. Y cuando así fue expuesta la Verdad por el Bienaventurado, el venerable Kaundinya, el más anciano de los cinco bhiksus, comprendió y vio con el ojo espiritual de la intuición, exclamando prosternándose: ¡Oh Buddha, Maestro y Señor nuestro, perdónanos, que bien vemos como tú has encontrado por ti mismo la Suprema Verdad!

32. Y los devas, los santos, todos los buenos espíritus de las generaciones muertas y de las que habían de venir, al escuchar gozosos la doctrina del Tathagata, prorrumpieron a una, diciendo: “¡El Bienaventurado ha reestablecido el primitivo reinado de la Justicia y la Paz, pues que ha revolucionado a la Tierra entera, haciendo

girar la Rueda de la Verdad de un modo tal, que ya nadie en lo sucesivo, sea dios, demonio u hombre, podrá hacerla retroceder!...”

## COMENTARIO

“No penetrarás en el Sendero de la liberación si antes no te has transformado en el Sendero mismo”, dice el viejo aforismo ocultista, y el Tres veces santo enseña igual doctrina en su Sermón de Benarés.

Ese Sendero medio, distante por igual de todos los excelsos, que Horacio diría, no es otro que el Sendero de la Justicia, que pondera y contrapone los pares de opuestos como la balanza en su fiel equilibra los pesos de sus dos platillos.

Porque, no hay que olvidarlo: sólo el Justo, el ponderado, el sensato que hace uso de la luz espiritual de su razón es el que puede dirigirse con seguro paso por el Sendero medio...

## XXXII

### Dos apólogos teosóficos

(Santiago Argüello. — Hesperia)

### LA INMUNIDAD DEL MAL

Erase un rey de corazón compasivo y de espíritu reformador.

Había notado desde niño lo muy revuelto que anda el mundo; y habíase dolido del dolor de los hombres. “Cuando sea rey acabaré con el Mal.” Así dormíase tranquilo.

El día de su coronación, hizo llegar a su presencia augusta al jefe de la Policía Real.

—¿Me llamábais, señor?

—Voy a encomendaros una tan noble como difícil tarea.

—¡Ordenad!

—Debéis de conocer el Mal, sembrador de miserias...

— ¡Tantas veces he topado con él...!

—Pues bien, vais a echaros en su busca ahora mismo. Rastread todo escondrijo. Y cuando hayáis dado con él, prendedlo y expulsadlo del reino.

El jefe de la Policía del buen rey compasivo se echó en busca del Mal, para prenderlo y expulsarlo del reino.

Mas a poco de haber salido de palacio, alguien lo detuvo.

— ¿Adónde tan de prisa, señor comandante?

—Voy en busca del Mal.

—¿Qué le quieres?

—prenderle.

—¿Prenderle, dices...?

—Y expulsarlo del reino.

—Pero..., ¿estás loco, acaso...?

— ¿Y por qué había de estarlo, por...? ¿Es algo monstruoso capturar malhechores...?

—¿Y qué te ha hecho el reino, hombre de Dios, para que tanto daño pretendas causarle?

—No os comprendo... ¿Seréis quizás algún hermano suyo?

—Muy su contrario, señor comandante: soy el Bien.

Y el funcionario, que iba creyéndose el agente de Dios, al dirigirse en búsqueda del Mal para expulsarlo, era incapaz de comprender aquel lenguaje, y mucho menos en los labios del Bien.

Que el Mal se defendiera, era cosa muy fundada en razón. Pero que el Bien... Era en verdad de trastornar el juicio, no sólo al jefe, sino a la Policía toda del Estado.

Y el Bien, compadecido de aquella justa perplejidad, explicó:

LTe admira que yo defienda al Mal, yo, su opuesto, porque le consideras mi enemigo. Pues bien, tal es tu error. El Mal, en vez de mi enemigo, es mi agente. Y mi agente único en el mundo, sin el cual yo no alcanzaría a ser yo.

—Es decir, que para que exista el Bien, ha de existir precisamente...

—El Mal —dijo con firmeza el Bien.

—De modo —prosiguió el señor comandante, con ojos inmensamente abiertos— que nunca podrá concluir el Mal...

—Sí, señor, cuando ya sólo haya Bien; cuando el Mal, dirigido por el Bien, haya acabado de matar al Mal.

—Así, pues, tú te sirves del Mal...;

—Para ensanchar mi vida, amenguando la de él.

—¿Usas del Mal contra el Mal?

—Exacto. El es su auto-veneno.

‘El Bien miraba al comandante; y, comprendiendo que aún no veía claro, explicó un tanto más:

— ¿Conoces a aquel agricultor que, a causa de poca previsión, vio arder su huerto?

—Sí, lo contemplé llorando. ¡Pobrecillo!

—No puso la atención debida. La incuria, que es un mal permanente, debía ser destruida con un mal pasajero. De las cenizas de la incuria iba a nacer la previsión. Y mandé al Mal hecho llama. Prendió fuego al huerto. Y la maestra Lágrima le enseñó a aquel huertano lo que antes no sabía. Y el huertano, que era estéril —otro mal de la tierra —, vio surgir en su seno el bien de la fertilidad. Y el hambre de un sólo año fue madre de la abundancia de muchos.

Así, el señor comandante de la Policía del rey se marchó convencido de que la llama que arrancó lágrimas en los ojos del agricultor también sembró en su ser la firmeza de la previsión; que el llanto de hoy sirvió para borrar la miseria de mañana; que el fuego, que asoló el huerto en un año, lo fertilizó para un siglo.

Y se fue pensando que tenía razón aquel Bien que, al despedirse, le había dicho suplicante:

—Si amáis al Bien, no desterréis al Mal.

## EL MAS SABIO DESEO ES NO TENERLO



Dijo él, aquel impúber que ya empezaba a sentir en sus entrañas la quemadura de la brasa humana:

—Yo quisiera ser Dios.

—¿Por qué? —interrogó el viejo barbudo, que le veía tras el parrado de sus cejas largas y blancas.

—¿Que para qué dices, anciano? Para poseerlo todo. Para ser dueño del oro de los cien minerales. Para alcanzar la omnipotencia y gozar.

Y el viejecito:

—Quien anula sus ansias de poder, llega a ser omnipotente. Quien no ha sed de riqueza, Ja ha conseguido toda. Quien no busca los goces, vivirá gozoso. Niño, no desees ser Dios. Mata el deseo, y lo serás.

Y el viejo barbudo, que ya era omnipotente, porque había despreciado el poder; que ya vivía en Ja opulencia, porque no queriendo nada lo poseía todo; que ya era dueño de ese goce inefable de no ambicionar goce, quedóse viéndole tras el parrado de sus cejas largas y blancas.

## COMENTARIO

La filosofía encerrada en estos dos apólogos es idéntica a la del “Sermón de Benarés”: el Bien y el Mal, que diría un matemático, no son sino dos variables conjugadas que, por su misma conjugación determinan una constante integradora por siempre desconocida, ya que lo que llamamos bueno o malo es perfectamente relativo.

Ya lo dijo la sabiduría popular en aquel famoso adagio de “no hay bien que por mal no venga” y viceversa. Simples términos de una escala evolutiva sin límites, todos los bienes son males relativos, y a la inversa.

Por eso también, el más sabio deseo es ya el de no tener deseo alguno, dejando a la Ley o karma que obre por sí mismo.

## XXXIII

### El patito feo

(Célebre cuento de Andersen)

Y aconteció que un chiquillo travieso llevó al nido de los patos el huevo de una cisne.

De allí a pocos días un pajarito, de plumaje más blanco que la nieve del Himavat, batió sus alas entre las plúmbeas y terrosas coloraciones de sus supuestos hermanos, los vulgares patitos del pantano.

—¡Horror de horrores! —se dijeron entre sí estos últimos en el acre graznar de gansos y patos—: Este ha nacido entre nosotros, pero ¡no es de los nuestros!

Y picotearon a porfía al desdichado, que no acertaba a explicarse ni el misterio de su origen, ni la causa de aquella su culpa, de la que se consideraba inocente, sin embargo.

Hasta los mismos padres, viéndole “tan feo”, casi se resistían a darle de comer. El pato-cisne quiso huir, pero aún en su huida misma le perseguían sus supuestos congéneres. No había para él nido, ni hermanos, ni padre, ni siquiera tierra natal!... ¡Era “tan feo”!

Mas, he aquí que cierta tarde, cuando el crepúsculo creciente forzaba a todas las aves o recogerse en sus nidos, acertó a pasar volando por sobre el pantano una gallarda bandada de cisnes, camino de la sublime altura.

Al verlos, el joven cisne sintió latir bajo su divino plumaje un algo, para él desconocido. Sin ser parte a evitarlo, agitó sus alitas, alzándose sobre las cenagosas aguas, y, bien a diferencia de sus obtusos hermanos, incapaces de remontar el vuelo más arriba de las últimas copas fronteras de los árboles, hallóse él también volando, como aquellos otros individuos de la regia bandada.

Voló, pues, y voló tanto que pronto fue uno más entre los de célica cohorte del espacio azul.

La banda entera, a s llegada, entonó un cántico de alegría, viendo en el nuevo miembro que se le incorporaba ja uno de los suyos, a quien reconocieron en seguida!...

### COMENTARIO

Es el evangélico dicho de que “nadie en su patria es profeta”, fue glosado por Napoleón cuando añadió que ‘lamás hombre alguno fue grande a los ojos de su camarero’.

- ¿Qué misteriosa ley es ésta, en efecto, que se cumple en España como en China, y en nuestros tiempos como en los tiempos de los griegos?

—Una my sencilla: Ja de que, cuando todo se gasta y envejece en un suelo, llámese Peloponeso antiguo, o Inglaterra de Carlos I el Stuardo, la semilla sana es siempre llevada a otro lugar por los vientos de la Historia. Así, los perseguidos en las discordias civiles de la Hélade, volaron, cual ci “patitocisne” del cuento, a Italia, para allí hacer la Magna Grecia, y a España para seguir en Sagunto siendo héroes. Así también Los perseguidos puritanos de fines del siglo XVI, infamantemente desorejados y ro’bados y escarnecidos, como nos los pinta Guirot en su Historia de la revolucián ‘de Inglaterra, fueron, allende los mares, a echar las raíces del pueblo norteamericano, que es hoy el más poderoso, rico y apto de todos los pueblos de la tierra.

¿Qué habría seguido siendo, por ejemplo, el conquistador del Perú, si no hubiese volado de con sus congéneres de la tierra natal?

—Un guardador de cerdos...

### XXXIV

¡Es para mí!

(Ramiro Blanco. —El primero y el último)

Una rata campesina asomó la cabeza por la entrada de su madriguera y vio, no lejos de ella, una hermosa manzana madura.

—¡Es para mí! —chilló, apoderándose de la fruta.  
Pero un mono, descendiendo rápidamente de un árbol, aproximóse de un par, de saltos a la rata, le arrebató la Manzana y ganó de nuevo la copa del árbol, gritando triunfante...  
- —¡Es para mí! “ -

Entonces, un hombre que se dedicaba a cazar por aquellos parajes se echó la escopeta a la cara, y con certera puntería, atravesó de un balazo al ave, que cayó a sus pies.

—Soy el primero entre todos los seres de la tierra, y pues ME denominan “el rey de la creación”, ¡la manzana es para mí!

El hombre la clavó al punto el diente, pero notó con gran disgusto que el fruto estaba casi hueco y que del centro salía un repugnante gusano que triunfante le decía:

—¡La manzana, como tu propio cuerpo algún día, sera sólo para mí!...

## XXXV

### Los perros del camino

Dos famosos corredores se disputaban un gran premio en las carreras públicas. El esfuerzo que para vencer tenían que realizar era grande y la distancia larga.

Uno de ellos, el que desde el principio había tomado gran delantera al otro, se vio detenido de improviso por unos perros de ganado que, con su agresiva actitud, trataban de cortarle el paso.

Nuestro hombre, indignado ante tamaña contrariedad, se detuvo a hacer frente a los perros, y comenzó a perseguirlos a pedradas, haciendo, por lo que se ve, demasiado caso a sus ladridos.

Pero el otro rezagado corredor, en lugar de pararse a ahuyentar a los perros, los dio de lado, echando un gran rodeo, con lo cual pudo llegar el primero a la ansiada meta. Cuando volvía triunfador, aún tuvo tiempo de ver a su contrincante luchando a pedradas con los perros del camino.

En la persecución de un ideal cualquiera, ¿quién que sea sensato hace caso de los ladridos de la envidia? Si los atiende, estará perdido...

No hay necesidad de comentario. Estas dos fabulitas se comentan por sí mismas.

## XXXVI

### Los dos hermanos

(Lama rtine.— Leyendas orientales)

Hace ya muchísimos siglos, era un campo cultivado la colina en la que más tarde hubo de alzarse el Templo de Jerusalén.

Sus virtuosos cultivadores, eran dos hermanos: casado el uno, y soltero el otro.

Cuando ya tenían partidas entrambos por igual las gavillas, y se preparaban para hacer sus respectivas eras, el soltero se desveló una noche, pensando:

—Mi hermano es casado; gravita sobre él la fuerte carga de una numerosa familia, mientras que yo soy soltero y tengo muchas menos necesidades que él. No es justo, por tanto, que yo perciba igual porción de mieses. ¡Voy, sin que se entere, a trasladar a su hacina unas cuantas gavillas de la mía!

Así lo hizo.

Pero, momentos después, el hermano casado, despertó pensando también:

—Mi hermano es más joven y, como soltero, está sometido a manos mercenarias, que le salen más caras. No es, pues, justo que yo reciba igual parte que él, y voy a llevarle al punto unos cuantos haces a su hacina. Y como lo pensó, lo puso por obra.

A la mañana siguiente, y a pesar del trasiego de haces, los dos montones de los respectivos hermanos estaban iguales, con gran sorpresa de uno y de otro.

Creyendo entonces ambos que aquello era casual, repitieron sigilosamente la hazaña durante las siguientes noches, encontrando iguales siempre, a pesar de ello, las hacinas al amanecer,teniéndolo casi a milagro.

Por último, acabaron por encontrarse una noche en plena tarea y se abrazaron, dándose cuenta cada uno de la generosa acción que el otro proyectó...

Sobre el lugar así santificado por el fraternal amor de dos hombres, prototipos de lo que debiéramos todos ser cuantos constituimos .parte de la pobre y pecadora Humanidad, Dios mismo quiso se le alzase un Templo.

Tal fue el origen del Templo de Salomón, la Maravilla de Israel.

## COMENTARIO

El verdadero espíritu de fraternidad que haría un cielo de la tierra es el representado en la leyenda que antecede.

¡El Templo de Dios-Vivo, del que fuera imagen del tempio material de Jerusalén, no puede cimentarse sobre otra idea que ésta: la de querer para los otros más aún de lo que deseáramos para nosotros mismos, .según repetidamente va dicho!

## XXXVII

### Una vez hubo un rey...

(Rabindranath Tagore.— Traducción de Z. Camprub( de Jiménez)

“Una vez hubo un rey...”

Cuando niños, no nos hacía falta saber quién era el rey de los cuentos de hadas. Poco importaba que se llamase Shiladitya o Shaliban, que viviera en Kashí o en Kanauj. Lo que hacía palpar, gozoso, el corazón del niño de siete años, era esta sola verdad soberana, esta realidad de realidades: “Una vez hubo un rey...”

Pero los lectores de hoy son más escrupulosos y exigentes. Si algún cuento se comienza ahora de este modo, se ponen en el acto críticos y suspicaces, y enfocando con su ciencia la neblina legendaria, preguntan: “¿Qué rey?”

A su vez, los cuentistas se han hecho mucho más precisos. No se contentan ya con el viejo e indefinido “Una vez hubo un rey...”, sino que tomando un aire sabihondo, comienzan:

“Una vez hubo un rey llamado Ajatasatru...”

Sin embargo, la curiosidad del lector moderno no queda satisfecha con esto. Pestañea el cuentista tras sus espejuelos científicos, y le pregunta: “¿Cuál Ajatasatru?”

“No hay niño de escuela que no sepa —sigue el cuentista—, que hubo tres Ajatasatrus. El primero nació en el siglo XX antes de Cristo, y murió a la edad de ochenta y dos años y ocho meses.

“Deploro profundamente que sea imposible encontrar de fuente fidedigna un relato preciso de su reinado. El segundo Ajatasatru es bastante mejor conocido por los historiadores. Si consulta usted la nueva Enciclopedia Histórica...”

Llegando aquí, las sospechas del lector moderno han desaparecido. Siente que puede confiar en su autor, y se dice a sí mismo: “¡Vamos a oír un cuento edificante e instructivo a un tiempo!”

¡Ay, cómo nos gusta que nos engañen! Por un secreto temor de que se nos crea ignorantes, acabamos por ser ignorantes después de todo: sólo que lo hemos conseguido de un modo prolijo e intrincado.

Dice un proverbio inglés: “No me preguntes y no te engañaré”. Todo niño de siete años que oye un cuento de hadas comprende esto perfectamente, y no pregunta mientras el cuento dura. Así, la pura y bella falsedad sigue inocentemente desnuda como un recién nacido, transparente como la verdad misma, límpida como una fresca fuente borbotante. Mas la pesada y copiosa mentira de los modernos no puede perder su verdadero carácter velado y envuelto. Y si en cualquier instante la más leve sombra le decepciona, el lector deja el cuento con una repugnancia mojigata y el cuentista queda desacreditado.

De jóvenes comprendíamos todas las cosas dulces, y podíamos discernir la dulzura de un cuento de hadas con infalible intuición. Nada nos daba de esa cosa inútil que se llama la sabiduría. Nos bastaba con la verdad. Y nuestros corazoncillos sin sofisma, sabían bien dónde estaban el Palacio de Cristal de la Verdad y por donde se iba a él. Hoy nos piden que escribamos cosas sucedidas, pero la verdad es sencillamente ésta: “Una vez hubo un rey...”

¡Qué bien recuerdo aquel anochecer de Calcuta en que comenzó el cuento de hadas! La lluvia y la tormenta habían sido tales, que toda la ciudad estaba inundada, y por el camino el agua llegaba a las rodillas. Yo tenía la esperanza, casi la seguridad, de que mi maestro no podría venir aquella noche. Sentado en la banqueta del último rincón de la galería, miraba sendero abajo, inquieto de corazón. Observaba sin parar la lluvia y cuando flojeaba un poco, rezaba a Dios con toda mi alma. “¡Te suplico, Señor, que llueva más, hasta que hayan pasado las siete y media!” Porque yo estaba segurísimo de que el agua caía solamente para proteger aquella noche a un niño indefenso, en un rincón de Calcuta, de las garras de su maestro.

No sé si en respuesta a mi plegaria, por lo menos, de acuerdo con alguna más burda ley de la Naturaleza, la lluvia no faltó: pero, ¡ay, tampoco faltó mi maestro!

Con la exactitud de siempre, ví en la vuelta del sendero su paraguas que venía. La gran pompa de mi esperanza estalló en mi pecho, y mi corazón se vino abajo. Si hay castigo, después de la muerte, para el crimen, mi maestro volverá a nacer hecho yo, y yo hecho mi maestro.

En cuanto vi su paraguas, corrí todo lo deprisa que pude al cuarto de mi madre. Mi madre y mi abuela estaban sentadas frente a frente, jugando a las cartas, a la luz de la lámpara.

Yo entré corriendo y me tiré sobre la cama, que estaba al lado de mi madre, gritando:

“¡Madre, ahí viene el maestro, y me duele más la cabeza! ¿No podría hoy dejar la lección?”

Espero que no se le permita leer este cuento a ningún niño, y confío sinceramente en que no se usará como “libro primero” de las escuelas. Porque lo que yo hice estaba muy mal; y no me castigaron, sino que mi perversidad fue coronada por el éxito más completo.

Me dijo mi madre: “Bueno”. Y a la criada: “Dile al maestro que puede irse”.

Era evidente que mi madre no creyó grave mi mal, porque siguió jugando sin pensar más en el asunto. Yo metiendo mi cabeza en la almohada, me reía con toda mi alma. ¡Qué bien nos entendíamos mi madre y yo!

Pero todos sabemos lo difícil que le es a un niño de siete años sostener el engaño de una enfermedad por mucho tiempo. Después de un rato, me eché en los brazos de mi abuela y le dije:

—¡Cuéntame un cuento, abuelita!

Mi abuela y mi madre jugaban sin hacerme caso, y tuve que repetir mi súplica muchas veces. Por fin, mi madre me

riñó: “¡No seas fastidioso, hijo! ¡Espera que terminemos este juego!” Pero yo seguía:

“Anda, abuelita, cuéntame un cuento”. Y a mi madre le dije que el juego podía terminarse al día siguiente: que dejara a abuelita contarme al instantito el cuento.

Mi madre acabó por tirar las cartas, y le dijo a abuelita:

“¡Más vale que cuentes el cuento! ¡No puedo con este niño!” Quizás estaba pensando que ella no tendría ningún maestro cargante al día siguiente, mientras que mi obligación era volver a las estúpidas lecciones.

En cuanto mi madre dijo que sí, me abracé de nuevo a mi abuelita. Y la cogí por la mano y, bailando de alegría, la llevé hasta meterla debajo del mosquitero de mi cama. Me agarré con las dos manos al rodillo, y me puse a saltar, patas arriba, como un loco, en un frenesí de júbilo. Luego, ya más tranquilo, dije a mi abuelita: “Anda, abuelita, cuéntamelo ya”.

La abuelita siguió: “...Y este rey tenía una reina”. El cuento empezaba bien; porque el rey no tenía más que una reina.

Es costumbre que los reyes de los cuentos de hadas se permitan un gran lujo en materia de reinas. En cuanto oímos que hay dos reinas, nos da un vuelco el corazón, porque es seguro que una de las dos será desgraciada. En el cuento de mi abuela no existía ese peligro. El rey no tenía más que una reina.

Supe, punto seguido, que el rey no tenía ningún hijo. A los siete años no creo que valga la pena de preocuparse porque un hombre no tenga un hijo, que a lo mejor sólo habría servido de estorbo. Tampoco me interesó mucho oír que el rey se había ido a una selva a

practicar la austeridad, con el fin de tener un hijo. ¡Sólo una cosa me hubiera hecho a míirme a la selva: esconderme de mi maestro!

Pero el rey había dejado con su reina a una niña, la cual llegó a ser bellísima princesa. Pasan doce años. El rey sigue en la práctica de sus virtudes, sin pensar nunca en su hermosa hija. La princesa está ya en plena flor de juventud, y se le pasa la edad de casarse. Pero el rey no vuelve. La reina se mustia de pena y dice: “¿Mi niñita de oro ha de morir soltera? ¡Ay, qué destino el mío!”

Y manda hombres al rey, que le rueguen hasta que vuelva, siquiera por una noche y coma una sola vez en el palacio. En lo que consiente el rey.

La reina guiso por su propia mano y con el mayor esmero sesenta y cuatro platos, le levantó al rey un sitial de sándalo y le sirvió la comida en fuentes de oro y tazas de plata. La princesa estaba en pie detrás del trono, con su abanico de plumas de pavo real en la mano. Entró el rey en su casa, que hacía doce años que no veía, y la princesa mecía su abanico, iluminando todo el salón de hermosura. Y el rey, mirando la cara de su hija, olvidaba su comida.

Al fin, preguntó a la reina: “¿Puedes decirme quién es esta doncella, cuya hermosura reluce como la imagen de oro de la Diosa? ¿Quién es su padre?”

La reina se golpeaba la frente y decía: “¡Ay, qué triste destino el mío! ¿No conoces a tu hija?”

Y el rey se quedó pasmado. Luego dijo: “¡Mi niña pequeñita hecha una mujer!”

— ¿Pues qué querías que fuera? —replicó la reina suspirando—. ¿No sabes que hace doce años que te fuiste?

—¿Pero cómo no la has casado? —preguntó el rey.

—Tú no estabas —contestó la reina—. ¿Cómo iba yo a buscarle marido digno de ella?

El rey gritó colérico: “¡El primer hombre que me encuentre mañana cuando salga del palacio será su marido!”

La princesa seguía abanicándose con su abanico de plumas de pavo real, y el rey acabó su cena.

A la mañana siguiente, saliendo el rey, vio al hijo de un Bramín, que estaba cogiendo leña en el bosque, fuera de los muros del palacio. Tendría siete u ocho años. Y el rey se dijo:

“¡Casaré a mi hija con él!”

¿Quién podrá contrariar los designios de un rey? El niño fue llamado en el acto, y se cambiaron las guirnaldas nupciales entre él y la princesa.

Al llegar aquí el cuento, me arrimé más a mi sabihonda abuelita y le pregunté ansioso:

“¿Y qué pasó entonces?”

Yo sentía en el fondo de mi corazón un ardiente anhelo de ser aquel afortunado leñador de siete años. La noche seguía lloviendo y el agua golpeaba sonora. Junto a mi cama, la lámpara de barro ardía mortecina. Mi abuela contaba y contaba, con voz monótona, el cuento. Y todo esto iba filtrando en el fondo de mi corazón crédulo la idea de que yo en la aurora de un tiempo infinito, había estado cogiendo leña por el reino de algún rey desconocido. Y en un momento, las guirnaldas habían sido cambiadas entre mí y la princesa, bella como Ja Diosa de la Gracia. Ella llevaba un cupido de oro, en el pelo, pendientes de oro en las orejas, un collar de oro en la garganta, brazaletes de oro, cadena de oro alrededor de la cintura y dos ajorcas de oro repicando en los tobillos.

Si mi abuela hubiese sido un escritor, ¡cuántas explicaciones habría tenido que dar por este cuentecito! Ante todo, le preguntarían por qué estuvo el rey doce años en la selva; luego, por qué se quedó tanto tiempo sin casar la princesa, una cosa tan absurda. Y si hubiese podido llegar hasta aquí sin tropiezo, con lo de la boda se hubiese armado una buena; primero, porque nunca ocurrió; segundo, porque ¿cómo podía casarse una princesa de la Casta Guerrera con un niño de la Casta Bramín Sacerdotal? Los lectores se hubiesen figurado al momento que el cuentista predicaba contra nuestras costumbres sociales de una manera solapada, y escribirían cartas a los periódicos.

Por todo esto pido a Dios con toda mi alma que mi abuela pueda volver a nacer abuela otra vez, y que no permita un funesto destino que torne al mundo en la forma de su desdichado nieto.

Bueno; pues, anhelante de alegría y encanto, pregunté a mi abuelita: “¿Y qué pasó entonces?” Mi abuelita siguió:

“Entonces la princesa se llevó afligidísima a su maridito, y fabricó un gran palacio de siete naves y se puso a quererlo allí con todo esmero”.

Yo echaba mis pies por alto en la cama, apretando el almohadón, más loco que nunca. Y dije otra vez: “¿Y qué pasó entonces?”

La abuelita continuó: “El niño empezó a ir a la escuela y aprendió muchas lecciones con sus maestros. Y cuando iba siendo mayor sus compañeros de clase empezaron a preguntarle: ‘¿Quién es esa señora tan hermosa que vive contigo en el palacio de las siete naves?’

“El hijo del Bramín ardía en ansias de saber quién era. Sólo recordaba que un día había ido a buscar leña al bosque y que se armó un gran escándalo. Pero hacía ya tanto tiempo de todo aquello, que apenas si podía recordarlo.

“Pasaron así cuatro o cinco años. Sus compañeros no dejaban de preguntarle: ‘¿Quién es esa señora tan hermosa del palacio de las siete naves?’ Y cuando volvía de la escuela el hijo del Bramín, le contaba tristemente a la princesa: ‘Mis compañeros me preguntan todos los días que quién es esa señora tan hermosa del palacio de las siete naves, y yo no sé qué contestarles. ¡Dime, anda, ‘dime quién eres!’

“La princesa respondía: ‘¡Hoy no, ya te lo diré mañana!’

Y al otro día el hijo del Bramín le preguntaba: ‘¿Quién eres?’

y la princesa volvía a contestarle: ‘¡Hoy no, ya te lo diré mañana!’

“Al otro día, apenas volvió de la escuela, el hijo del Bramín le dijo a la princesa: ‘¡Ahora, dime quién eres!’ La princesa le contestó: ‘Te lo diré esta noche, después de cenar, cuando estés acostado’.

“El hijo del Bramín contestó: ‘Bueno’, Y se puso a contar las horas que faltaban para la noche. La princesa, por su parte, esparció flores blancas sobre la cama de oro, encendió una lámpara de oro con aceite perfumado, se adornó el cabello y se vistió un precioso vestido azul. Y se puso a contar las horas que faltaban para la noche.

“Anocheciendo, su esposo, el hijo del Bramín, cuando había terminado de cenar, tan emocionado que no comió casi, y se había ido a su cama de oro, en su alcoba regada de flores, se dijo: ‘¡Esta noche sin falta sabré quién es la hermosa señora del palacio de las siete naves!’

“La princesa comió la comida que había dejado su marido y se fue despacio a la alcoba de él, porque aquella noche tenía que responder a la pregunta suya: ‘¿Quién es la hermosa



señora que vive en el palacio de las siete naves?’ Y al acercarse al lecho para decírselo, vio que una serpiente, que había salido de las flores, había picado al hijo del Bramín. Y su esposo niño yacía sobre el lecho florido muy blanco, porque estaba muerto.”

Mi corazón se paró de repente. Y pregunté a mi abuela con voz ahogada: “¿Y qué pasó entonces?”

La abuelita dijo: “Entonces...”

Pero, ¿a qué seguir más adelante, de imposible en imposible? El niño de siete años no ignoraba que si había algún “ay qué pasó entonces?” después de la muerte, ninguna abuela de abuelas podría contárnoslo.

Mas la fe de un niño no admite derrotas, y se cogería al manto de la misma muerte para que se volviera atrás. Sería un ultraje para él que este cuento de una velada sin maestro pudiera terminar tan repentinamente. La abuela tuvo que sacar su cuento de la sala siempre cerrada del gran Fin. ¡ Y lo hizo tan sencillamente! Sólo con echar el cuerpo muerto río abajo, en una rama de plátano, y con hacer que un mago le leyera encantamientos, estuvo todo arreglado.

Pero aquella noche lluviosa, a la luz vaga de la lámpara, la muerte perdió todo su horror en el pensamiento del niño, y no era más que el sueño profundo de una noche. Cuando el cuento acabó, sus ojos, cansados, se cerraban ya de sueño...

Así es como echamos a flotar el cuerpecito del niño a espaldas del sueño por las aguas quietas del tiempo. Y en la mañana, con unos versitos mágicos lo volveremos al mundo de la vida y de la luz.

## COMENTARIO

El sublime poeta hindú Rabindranath Tagore, premio Nobel de la Literatura, muestra en el cuento precedente, igual que en todas sus obras, la raigambre parsi de Las mil y una noches, burlándose de paso con la más delicada de las ironías de todo nuestro sistema pedagógico contemporáneo, este que empieza por atormentar al niño, desde sus primeros pasos, en la escuela, con los textos más insoportables y antiestéticos, para acabar con los sabios “a la alemana”, cerrados positivistas que se fijan en todas las minucias más increíbles, abandonando las miras sintéticas y amplísimas del arte verdadero.

“¿Qué rey fue Ajatasatru?” “¿LA cuál de los tres de este nombre se refiere el cuento?”

“¿Cuáles son las fuentes históricas de su reinado y la bibliografía del mismo?” Se pregunta festivamente el literato oriental para hacernos ver una vez más que “la letra mata y el espíritu vivifica”, como dice el Evangelio.

No. Hora es ya, ciertamente, de que hagamos las cosas de otro modo y que procuremos con mayor esmero que hasta aquí unir lo bello a lo verdadero, con arreglo al pensamiento del gran Ruskin, cuando enseñaba en sus Siete lámparas de la Arquitectura, que “no edificamos hoy nada durable porque lo hacemos meramente para salir del paso, con la mirada puesta siempre en la alabanza del amigo, en la crítica del enemigo y en la tacañería del interés.

¿Qué hombre de estudio no reconoce paladinamente, después de los penosos años de su carrera, las mil tonterías que se ha visto obligado a aprender durante ésta, para olvidarlas luego? ¿Qué instrucción educativa es la instrucción moderna, al dirigirse únicamente a la razón y poco o nada a la imaginación y al sentimiento, dándose el caso en repetidas ocasiones de que personas harto discutibles moralmente, escalen los más altos puestos

directivos de hombres y pueblos, merced sólo a su ciencia sin virtudes? ¿Qué esperar políticamente de la gobernación de esos hombres escépticos, positivistas, verdaderos “cadáveres vivientes”, que dejan que desear tanto, a veces, en su vida privada? Semejante manera de despreciar la parte espiritual, para atender al yerto intelectualismo, ha sido una de las características sociológicas europeas, evidenciada en la Gran Guerra; pero hoy la Humanidad, escarmentada con el desastre, va ya abriendo los ojos y huyendo de sus pasados errores, y de aquí el renacimiento espiritualista que doquier se advierte ya y que, lejos de fijarse como antaño en una religión positiva determinada, va acercándose más a las altas miras científico- religiosas sintéticas, preconizadas por la Teosofía. El hombre, en efecto, ni es sólo razón, ni sólo sentimiento, sino una síntesis, una integración de los tres elementos: físico, intelectual y espiritual, y de aquí la necesidad de seguir aquel Sendero medio, ponderador preconizado por Buddha en su Sermán de Benar4s. que expuesto queda eu anterior capítulo.

La Edad Media se perdió por atender a la parte espiritual, olvidando la razonadora. Perdióse por la razón inversa la Humanidad de 1914, y hoy amanece, sin duda, un nuevo día de ponderación entre los opuestos platillos de “La gran balanza”. ¡La simbólica balanza kármica de la Justicia!

## XXXVIII

### El hombre y la oruga

C. W.D. — (De The Helper, Philadelphia P.)

Platicaba cierta vez un hombre con una oruga a la sazón en que ésta se regalaba con un almuerzo de refrescantes hojas sobre la tierna rama de un árbol, y entre otros asuntos le hacia comprender lo feliz que sería cuando tuviese alas para volar y se alimentase, no de hojas insípidas, sino de dorada y dulcísima miel.

—Hum —hacia la oruga, ¿qué son “alas” y qué es “miel”?

—Hombre, “alas” son ciertos apéndices que os saldrán en vuestro cuerpo con los que podréis elevaros y moveros por el espacio, y no tendréis ya que arrastraros penosamente entre las ramas, ni que permanecer constantemente suspendidas por los pies. Y “miel” es la cosa más dulce y exquisita que para comer hay en el mundo.

—Apártate de mí en este mismo instante, yana y presuntuosa criatura, semejantes entidades no han existido jamás.

—Sí que existen, las he visto innumerables veces. Se llaman mariposas, y...

—¡Basta! Deja libre el espacio que ahora ocupas, y que tu ausencia inmediata sea la recompensa que des a la atención con que hasta este mismo momento te he escuchado — replicó la oruga, moviendo su extremidad posterior en señal de impaciencia extrema—, me estás reduciendo a un estado de miseria excesiva, y no deseo quedarme en ayunas esta mañana.

## XXXIX

## El hueso de cereza

(Bossuet)

Un muchacho puso entre sus labios una cereza, la mondó y expelió el hueso. Un viejo lo recoge y lo siembra en un terreno labrado, a la vista del chicuelo, que se ríe de semejante cuidado.

Al cabo de algún tiempo, el chico pasó por aquellos mismos lugares, y vio cómo el hueso había originado un arbusto. El viejo sigue allí, lo poda, lo injerta, defendiéndolo de todo atentado.

— ¿Para qué tantos cuidados? —se pregunta el adolescente. Mas cuando llegó a ser hombre, paseando por el polvoriento camino halló el árbol cubierto de frutos, los cuales apagaron su sed, y entonces comprendió la prudencia del anciano.

¡Cuántos proyectos abandonados al principio y que uno más prudente que nosotros aprovecha! La mayor parte de los hombres viven a ciegas, sin pensar que todo germen recogido puede llegar a ser el origen de una cosecha, y que el más insignificante de nuestros actos es el hueso de una cereza.

## XL

### El pájaro en el mástil

Un pájaro descansaba posado en el extremo de un mástil cuando el barco se hizo a la mar. Como el barco iba de prisa, el avecilla bien pronto se encontró lejos de tierra y sin divisar ya árbol alguno al que refugiarse. Preso de angustia al verse así aislado de su mundo, recorrió volando un gran trecho sobre las aguas en todas direcciones, sin hallar más rama en que posarse que el mástil sobre el que había partido del puerto... Comprendiendo que no tenía otro remedio, volvió resueltamente al mástil, como último refugio, y así, de allí a pocas horas vióse felizmente en otro puerto y escapó a la selva...

Tal es nuestra triste condición humana una vez que, al nacer, abandonamos el celeste mundo del que hemos caído. En vano pretendemos aturdidamente buscar un refugio aquí o allá en el rápido viaje de la vida: ¡Nuestro único refugio se halla sólo en el latir de nuestro corazón! A él no puede llegar- se sin el célebre *gnoscete ipsum* socrático, pero una vez que en él y sólo en él aposentamos nuestra conciencia, él se encarga de conducirnos, como el mástil al ave, a seguro puerto de salvación.

## XLI

### El yogui y la serpiente

En un campo vecino a la ciudad había una gran serpiente venenosa que a nadie dejaba cruzar por allí temeroso de su mordedura.

Un día, cierto santo yogui atravesó por allí camino de su retiro. La serpiente, enfurecida, arrancó veloz hacia él para morderle, pero subyugada por el divino efluvio de poder que

irradiaba del santo, se sintió deponer inconscientemente en su ferocidad y cayó sugestionada e inerte a los pies del santo.

El sabio, al verla, le ordenó con su poder omnímodo que en lo sucesivo se abstuviese de morder a nadie.

Obedeció al punto la serpiente confinándose resignada en su agujero desde aquel día, pero aconteció lo que tenía que acontecer, es, a saber, que el vecindario entero de la ciudad. se dio bien pronto cuenta de que la temida serpiente había. perdido su veneno. Seguidamente se dieron a perseguirla, acosarla y tirarle piedras todos.

Entonces, la serpiente, viéndose en trance de morir, recurrió en queja al sabio, por el perjuicio que le acarreaba el practicar su consejo.

—¡Ya veis, señor! —le dijo la serpiente postrada a sus pies—, cuando hacía el mal era respetada y temida por todos, pero ahora que no lo hago, todos a una, me desprecian.

—Amiga mía —le replicó el sabio—, yo te aconsejé simplemente que no mordieras a nadie, pero no te dije que no les asustases lo que fuera preciso para tu propia conservación y tranquilidad. Aunque sigas, pues, no mordiendo, haz por mantener a tus perseguidores a la debida distancia, espantándolos con tus silbidos.

No hay, en efecto, daño alguno en “silbar” o amenazar a los malvados, nuestros enemigos, mostrándoles que contamos con medios para protegernos contra sus agresiones, siempre que, en definitiva, no vertamos el veneno de nuestra venganza sobre ellos.

## XLII

### El hombre y las Escrituras

Los libros sagrados indican todos el sendero de la Religión, pero, una vez hallado el sendero, ¿de qué utilidad pueden serle ya al hombre tales libros, cuando sus teorías de nada le sirven al hombre que no se decide a practicarlas con energía de voluntad?...

Una persona recibió una carta de su familia ausente en la que le hacían varios encargos de interés. Al ir a efectuar tales encargos, el buen hombre se encontró con que no los recordaba bien y, además, al ir a echar mano de la carta, vio con dolor que ella se le había extraviado. Contrariadísimo en el grado que es de suponer, buscó pacientemente la tal carta, hasta encontrarla, y una vez que se hubo empapado bien de su contenido ya pudo romperla tranquilo, porque la carta quedaba en él.

Del mismo modo que la carta al hombre, las Escrituras Sagradas nos sirven de guía y de tutela para buscar el Sendero de la Liberación de nuestras cadenas, pero una vez que de su contenido nos hemos dado cuenta perfecta, ya nuestra salvación no está en ellas, sino en nosotros mismos y en nuestra conducta.

## XLIII

### El buen jardinero

(Schmid)

Un viejo y honrado hortelano hacía todo el bien que podía a los pobres. En vez de procurarse comodidades con sus pequeños ahorros, los daba a los necesitados, añadiendo invariablemente esta frase extraña:

—Esta es una manzana más echada por las bardas de la huerta.

Tanto repetía la frase que alguien le preguntó, al fin, qué era lo que con ella quería significar, a lo que el hortelano contestó:

—Recuerdo simplemente una gran lección que cierta vez me dio, sin saberlo, un chicuelo. Héla aquí:

“Era un verano en que mis manzanos se venían abajo de fruta, por lo que permití a todos los chicos del pueblo que entrasen en la huerta y comiesen cuantas manzanas pudieran, pero prohibiéndoles terminantemente que se llenasen también los bolsillos al salir. El más avisado de entre ellos, luego que se hartó de fruta, fue arrojando más y más del otro lado de la tapia, para recogerla al salir. Viendo la picardía del chico, iba seriamente a reñirle, cuando me hube de decir a mí mismo:

“ ‘¡ Chico y todo, este rapaz me ha dado la mejor lección! El, mientras está en el huerto, tiene el cuidado de arrojar fuera una fruta que luego podrá recoger al salir. ¿Por qué no hacer yo lo mismo mientras viva en este mundo con mis buenas obras para luego, allende la tumba, poderlas encontrar todas juntas en la eternidad? La ley, en efecto, ha escrito: ‘¡Sólo aquello que siembres aquí abajo, es lo que, bueno o malo, arriba habrás de recoger!’”

## XLIV

### El ratero, hecho santo

Muy de callada se deslizaba un ratero en el parque del palacio de un príncipe, cierta oscura noche, con objeto de robarle los peces del estanque.

Al ruido que no pudo menos de hacer con las redes, un guarda despertó y llamando a los demás, se pusieron a recorrer todo el parque sin encontrar a nadie, porque el ratero, disfrazado como iba de mendicante asceta, había corrido cautelosamente al lado opuesto del parque, fingiendo que se ponía a meditar debajo de un árbol corpulento.

Amaneció, y al tropezar con él los guardas, olvidados un momento de la alarma de horas antes, cuya verdadera causa no había llegado a precisar, se llegaron a él reverentemente y hasta avisaron al Señor, quien no tardó tampoco en bajar a postergarse ante el asceta.

El pícaro ratero, así que le dejaron de nuevo solo y sumergido en sus supuestas meditaciones, se dijo para su coleteo:

“Si con sólo la apariencia de un hombre santo me he salvado de ir a la cárcel y recibir unas docenas de azotes por mano de la justicia, ¿de qué no me libraría y a dónde no podría llegar si me hiciese, por la práctica de la virtud, santo de veras?...”

No necesitó más nuestro hombre. Su corazón dio un cambio completo en aquel instante, y andando los años, llegó a ser famoso por su saber y sus virtudes en la comarca entera.

## XLV

## La paciencia

(El swami Vivekânanda.— Filosofía yogui)

Así como existen sabios entre los hombres, esto es grandes yoguis, del mismo modo existen grandes yoguis entre los dioses. Narada era el principal de ellos.

Cierta día en que Narada recorría solitario el bosque, vio a un hombre entregado a la yoga o contemplación. Tan largo tiempo hacía que se hallaba en posición semejante, que las hormigas blancas habían tenido tiempo para construir una enorme valla de tierra en su derredor y las lianas se le habían enroscado en su cuerpo ni más ni menos que si fuese un tronco de árbol. Este santo y paciente yogui, al conocer que el gran Narada iba camino de regreso hacia el Devachán o Cielo, le dijo entono suplicante: -

— ¡Oh Bienaventurado! ¿Podrías preguntar en el Cielo cuándo alcanzaré al fin mi ansiada liberación de la cadena de los nacimientos?

Poco más allá encontró Narada a otro hombre que mostraba gran tranquilidad y contento mientras que se preparaba su haz de leña para el hogar. También hizo este último al sabio la misma pregunta:

—¿Cuánto podré retornar al Cielo, mi patria nativa, y cuántos nacimientos tendré que tener antes de que tal con siga?

De allí a algún tiempo regresó Narada por los mismos lugares. El segundo hombre, hacía contento y fuerte su carga de leña, y el primero, o sea el yogui, continuaba sus meditaciones mientras que la liana se había enroscado más aún a Su cuerpo y las hormigas habían duplicado la altura de su vallado.

Narada dijo a este último:

—En el Cielo se me ha dicho que para tu liberación final te quedan aún cuatro nacimientos más.

El yogui, al saberlo, se entregó a la mayor desesperación, pues que se imaginaba que de un instante a otro iba ya a obtenerla.

Del mismo modo, el Bendito dijo al leñador alegre:

—En el Cielo se asegura que antes de liberarte en definitiva de las cadenas de mâya, habrás de renacer en este miserable mundo un número de veces igual al de las hojas que tiene ese gigantesco tamarindo que estás cortando con tu hacha.

—¡Oh, y cuán poco me queda ya para ser libre! —exclamó el leñador, triplicando su contento—. Trabajaré, pues.

Entonces, el celeste Bienaventurado le dijo amoroso:

— ¡Oh; bendita sea siempre tu fe! Ves que te esperan luengos siglos de tortura corporal en las cadenas de mâya y, sin embargo, te aprestas confiadamente a la lucha... ¡Pues bien, sabe que tu tamaña decisión te ha conquistado la libertad ahora mismo!

Y Narada le llevó en aquel punto a la Mansión Celeste, en premio de su gran fe, esa fe que remueve las montañas y hace hablar a los sordomudos y ver a los ciegos.

## XLVI

## El estornino ingenioso

Un estornino sediento encontró en el suelo una botella con agua y con gran ansia se acercó a beber, pero la botella no estaba llena más que a medias y el pico del avecilla no alcanzaba a su nivel.

Entonces el estornino trató de romper la botella picoteándola, pero el cristal le resultó demasiado duro y tuvo que desistir de ello.

En vista de la nueva dificultad tentó a derribar la botella, mas sus escasas fuerzas no pudieron lograrlo.

Por último, decidido a beber a todo trance, fue trayendo en su pico piedrecillas que fue echando una tras otra dentro de la botella, hasta que el agua, en consecuencia, alcanzó el nivel apetecido.

El astuto estornino pudo así beber a su completa satisfacción, pero no sin dejarnos eternamente escrito con su hazaña el aforismo de  
¡Más vale maña que fuerza!

## XLVII

### Las cuatro clases de almas

Hay cuatro clases de Jivas o almas individuales, dice el Maestro: Primero, las de los bhaddhas, o ſea las terriblemente encadenadas a la ilusión de la materia; segundo, las de los mumuksams, quienes, aunque ligados todavía, anhelan y buscan la liberación de sus cadenas materiales; tercero, las de los muktas o emancipados, que aún pueden volver a caer, y cuarto, las de los nityamuktas, que son ya eternamente libres...

Este mundo es como una red de pescar; el Señor del mundo fenomenal es el pescador y las almas, los peces.

Cuando el pescador echa sus redes, caen en ellas los peces en gran número: ellos son los bhaddhas, quienes neciamente se dejan así coger en la red y, resignados con su gran desgracia, se entregan, no tardando en morir. Otros de los peces presos en las redes no se resignan, sin embargo; así, antes bien, se esfuerzan por romper las mallas y escaparse: ellos son los mumuksams o gente de la clase segunda. Algunos de los peces, en cambio, no sólo luchan rebeldes, sino que como no han llegado a enredarse fuertemente en las mallas, logran, gallardos, escapar. Tales son los muktas, las almas que por sí mismas han conseguido ya su libertad. Hay, en fin, aunque

pocos, algunos peces astutos y aleccionados ya por las más dolorosas experiencias, que nunca se deja coger en la red de la m̐ya o ilusión. Ellos son los nityamuktas, quienes, como el gran Narada, no sólo no encarnan jamás sino que tienden su mano misericordiosa a las infelices almas que, recordando al camello, que gusta morder acá y allá en los arbustos espinosos, nó obstante saber que han de ensangrentarle los labios, se hunden más y más en la materia en cada encarnación.

## XLVIII

## El primer impulso

(Julio Lemaitre.— El Liberal)

Era Turin un acaudalado vecino de Bagdad, muy renombrado por sus virtudes. No sólo socorría a los pobres, hasta el punto de reducir su lujo para multiplicar sus limosnas, sino que daba pruebas de extraordinaria paciencia al escuchar las quejas de los necesitados y fortalecerles con palabras de consuelo.

Turin sufría con resignación todos los contratiempos que constituyen la trama casi completa de la vida humana.

Era en extremo tolerante y no se molestaba cuando alguien no era de su misma opinión, virtud rara y difícil, porque el deseo secreto de todo hombre consiste en que todos los demás seres le sean a la vez inferiores y semejantes.

Casado con una mujer de muy mal carácter, le era fiel, le perdonaba sus intemperancias y no la menospreciaba, porque distase mucho de ser joven y hermosa.

Además, siendo como era muy aficionado a componer versos y a escribir fábulas dialogadas para el teatro, complacíanle los buenos éxitos de sus rivales, a los que felicitaba por sus triunfos.

En una palabra, toda su vida no era más que caridad, dulzura, lealtad, desinterés y, en fin, por tantas perfecciones tenía fama de santo.

Sin embargo, no poseía la serenidad que generalmente resplandece en el rostro de los santos. Parecía, por el contrario, que era víctima de violentas pasiones o de ocultas angustias. Y con frecuencia se le veía bajar un momento la vista ya para reconcentrar el pensamiento, ya para evitar que alguien pudiese leer en sus ojos.

Pero nadie se fijaba en estos detalles.

No lejos de Bagdad vivía un asceta llamado Maitreya, que hacía muchos milagros y al cual solían visitar en peregrinación los devotos.

Ajeno a las condiciones comunes de la vida humana, tenía - tal inmovilidad que las golondrinas anidaban sobre sus hombros. La barba le llegaba hasta el vientre y su cuerpo se asemejaba al tronco de un árbol añoso. Y así vivía hacía noventa años, porque tal era su voluntad.

Un día le dijo un peregrino:

—Turin parece, por su bondad, una encarnación de Ormuz. Indudablemente no habría sufrimientos en la Tierra si ese hombre pudiese realizar todos sus deseos.

La inmovilidad de Maitreya se acentuó aún más, toda vez que el asceta se puso en comunicación con Ormuz.

A los pocos instantes dijo Maitreya al peregrino:

—No puedo obtener de Ormuz que Turin tenga poder para realizar todos sus deseos porque entonces sería el mismo Dios. Pero Ormuz permite que “el primer deseo” concebido por ese hombre en varias circunstancias de su vida sea inmediatamente realizado.

—Para el caso es lo mismo —contestó el peregrino—. El primer deseo de Turin será igual a sus otros deseos, y nuestro santo será, como siempre, caritativo y generoso.



Acabáis, venerable Maitreya, de anunciar la felicidad de todo un pueblo, y os doy las gracias por ello.

Si la barba de Maitreya no hubiese sido tan impenetrable, el peregrino habría podido sorprender un amago de sonrisa en el asceta.

El peregrino regresó a la población, pensando en las maravillas que iba a realizar Turin. Al amanecer del día siguiente, el santo varón miró a su esposa, que dormía a su lado, y la mujer, movida por una fuerza misteriosa, se levantó bruscamente, se arrojó por una ventána y se estrelló el cráneo contra las baldosas del patio.

Al salir Turiri de su casa, rodeáronle infinidad de mendigos. No les dijo palabra dura y, como de costumbre, abrió la bolsa para socorrerlos; pero, de pronto, todos los mendigos cayeron muertos en presencia de su bienhechor.

A los pocos momentos fue detenido el santo por varios carruajes, y comenzaba ya impacientarse, cuando de repente todos los cocheros, cuyo desfile le cerraba el paso, cayeron de sus pescantes, y los corvejones de los caballos fueron cortados por una hoz invisible.

Turiri se dirigió después al teatro y allí tuvo una discusión con el escritor Carvilaka con motivo de un verso que éste atribuía a Nisani y que el santo creía que era de Saadi, el poeta de las rosas. Pe pronto, el escritor cayó a tierra y tuvo un vómito de sangre.

La comedia que aquella tarde se representaba tuvo un gran éxito y fue acogida con frenéticos aplausos. Pero antes de que Turin se decidiese a aplaudir, el autor de la obra cayó muerto repentinamente.

Turin regresó a su casa lleno de terror en vista de aquella matanza, y desesperado al cerciorarse de que no podía comprender la causa de tanto desastre, se mató dándose una puñalada en el corazón.

El asceta Maitreya murió también aquella noche.

Los dos santos comparecieron ante Ormuz.

El asceta pensaba:

“No sentiré que traten como se merece a este hombre,

cuya falsa virtud fue admirada durante mucho tiempo, casi tanto como la mía; pero que al mostrarse tal como era, cometió en un mismo día innumerables crímenes y pecados.”

Pero Ormuz, sonriendo a Turin, le dijo:

—Virtuoso Turiri, hombre verdaderamente bueno y humilde servidor mío, entra en mi paraíso.

— ¡ La broma es algo pesada! —exclamó el asceta.

—En mi vida he hablado con tanta seriedad —dijo Ormuz—. Has deseado, Turin, la muerte de tu mujer porque no era ni buena ni hermosa; la de los mendigos porque te importunaban con su desagradable aspecto; la de los cocheros y sus caballos porque te cerraban el paso; la de Carvilaka, porque no era de tu parecer, y la del autor de la obra porque obtenía un éxito más ruidoso que los tuyos.

“Todos estos deseos eran muy naturales. Los crímenes que Maitreya te echa en cara fueron, a pesar tuyo, efecto de

- ese primer impulso, de ese deseo tan difícil de dominar.

“Se odia fatalmente lo que molesta y fatalmente se desea el aniquilamiento de todo cuanto desagrada. La naturaleza es egoísta y el egoísmo es sinónimo de destrucción. El

hombre más virtuoso empieza por ser un malvado en el fondo de su corazón, y el poder concedido a un mortal de realizar en toda ocasión su primer deseo involuntario, despoblaría en muy poco tiempo el mundo. Eso es, Turin, lo que he querido demostrar por medio de tu ejemplo. Yo juzgo a los hombres con arreglo a su segundo deseo, que es el único que de ellos depende. Sin el don misterioso que te hizo cometer tantos crímenes, habrías seguido haciendo una vida ejemplar. No debo, pues, apreciar en ti la naturaleza, sino tu voluntad, que fue buena, y que se consagró siempre a corregir tu natural y a perfeccionar mi obra. Y por eso, mi querido colaborador, te abro hoy las puertas de mi paraíso. -

—Pues, en ese caso —dijo Maitreya— ¿qué recompensa me darás a mí?

—La misma —contestó Ormuz—. -, aunque no la merezcas

por completo. Fuiste un santo; pero no fuiste un hombre. Lograste sofocar en ti el primer impulso; pero si todos los hombres viviesen como tú, la Humanidad se aniquilaría antes que los hombres tuviesen el maravilloso y funesto poder que un día otorgué a mi servidor Turiri.

“Para terminar, te diré que acojo a Turiri en mi seno, porque soy justo, y que te admito a ti, Maitreya, porque soy bueno.

—Pero... —exclamó Maitreya.

—She concluido!

## COMENTARIO

Este apólogo del eximio Jules Lemaitre, evidencia hasta qué punto en el hombre más evolucionado late todavía la Bestia interior, la Fiera bramadora y astral, que encontrara en el Kameloc o Kama-loca hindú el rey Artús antes de lanzarse a sus heroicas empresas., porque, como dicen las enseñanzas herméticas, el Hombre es la gran maravilla del mundo al estar constituido por la unión hipostática de un devao ángel, nuestro Ego o Tríada superior, y de una bestia pasional y nada razonadora, que constituye el llamado Cuaternario inferior en la clasificación teosófica de los “siete principios humanos”. Por eso, el apólogo-en cuestión es todo un curso de psicología, digno de ser meditado por los verdaderos filósofos.

## XLIX

### Placer fugaz

(Del Libro de Judasaf y Balanhan, novela griega, comentada  
por Gastón Paris

Huyendo un pobre hombre de un rinoceronte furioso que le perseguía, cayó por el borde de una sima que, en su precipitación, no había podido advertir. Al caer, pudo asirse a la rama de un seco arbusto que colgaba del talud, evitando así el caer al fondo, donde un dragón, vomitando fuego por sus fauces, le aguardaba con ellas abiertas creyendo ya segura su presa. Para colmo de la angustia, sintió el cuitado que dos carcomas roían

afanosamente la ramita de la que pendía su vida, y que cuatro serpientes asomaban las cabezas por la boca de sus cercanas madrigueras prontas a lanzarse sobre él. Pero en aquel momento vio también pendiente de otra ramita que se hallaba al alcance de su boca una gota de miel que las abejas habían dejado allí caer. Entonces el infeliz olvidó como por encanto cuantos peligros le amenazaban, y sin haber cuenta con el rinoceronte furioso, ni con el dragón hambriento, ni con las carcomas, ni con las serpientes, en fin, alargó su cuello, tomó con su lengua la gota y... ¡se sintió

feliz, entregando a la dulcedumbre del goce de aquel instante su alma y su cuerpo!

## EPILOGO

Este libro, a bien decir, podría hacerse interminable, porque el inundo del apólogo y del símbolo no tiene más límites que los de nuestra deficiencia mental en reducir a ideas concretas lo que es abstracto, en hablar de lo que es inefable y en abarcar lo que es inabarcable.

Quédese, pues, aquí por hoy, pero no sin dejar consignado que el campo de la Parábola y del Mito, encierra en sí a toda la Ciencia, al Arte todo y a cuantas religiones exotéricas se han repartido desde que el mundo es mundo, el dominio de las conciencias.

Todos los Grandes Instructores del mundo han enseñado, en efecto, lo mismo: la innata divinidad del Hombre; su origen planetario y solar; su triste condición actual de caído y la promesa cierta de mundos mejores a los que se llegará sucesivamente por la Evolución, ora la evolución que subsigue a la muerte, ora la vastísima que a lo largo de su vida va operando la Humanidad como conjunto.

El estudio de tantos problemas y su aplicación a la felicidad del Hombre es ciertamente el objeto de la Filosofía.



INDICE	
Prólogo	9
I. Origen de la Parábola	19
II. El hombre que buscó la Verdad	23
III. El tesoro escondido	27
IV. El Simbolismo del Círculo	39
V. Los cuatros ciegos y el elefante	43
VI. Los sabios resucitados	49
VII. Los siete durmientes de la caverna	55
VIII. El joven Buddha ante sus maestros	63
IX. Los siete puntos cardinales	69
X. El poder de las palabras	75
XI. Micrómegas	85
XII. Thor en el Jardín de Utgard	93
XIII. La Iniciación de Moisés	101
XIV. El Velo de Isis y DhulKamein el Maestro	111
XV. Los genios	121
XVI. Harut y Marut	127
XVII. El verdadero Señor	129
XVIII. Arriba como abajo o Los doce trabajos de Hércules	131
XIX. Los dos creyentes de Hieraim	137
XX. Brillante y Flor de Amores	141
XXI. El Conde de Partinuplés	147
XXII. Diálogo entre Hermes y Asclepios	155
XXIII. Cristo, solo	159
XXIV. El Sembrador	169
XXV. El Señor y sus siervos	173

XXVI. Las bodas	.17 7
XXVII. Lázaro	.17 9
XXVIII. Historia de la cortesana Vasavadatta y del comerciante Upagupta	197 201
XXX. La prueba .....	205
XXXI. El sermón de Benarés	211
XXXII. Dos apólogos teosóficos	217
XXXIII. El patito feo	221
XXXIV. ¡Es para mi!	225
XXXV. Los perros del camino	227
XXXVI. Los dos hermanos	229
XXXVII. Unavezhubounrey	231
XXXVIII. El hombre y la oruga	243
XXXIX. El hueso de cereza	245
XL. El pájaro en el mástil	247
XLI. El yogui y la serpiente	249
XLII. El hombre y'las Escrituras	251
XLIII. El buen Jardinero	253
XLIV. El ratero, hecho santo	255
XLV. La paciencia	257
XLVI. El estornino ingenioso	259
XLVII. Las cuatro clases de aimas	261
XLVIII. El primer impulso .	263
XLIX. Placer fugaz	269
Epilogo	271